Cp-VII
NAR-B/0012
4613620 54x

EXCELENCIAS

DE LA

MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

EXCELENCIAS

DE LA

MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

COLECCION

de leyendas, historias y tradiciones
sobre apariciones y milagros

DE LA

INMACULADA VIRGEN MARIA

REDACTADA

por una Sociedad literaria

SEGUNDA EDICION

LÉRIDA
IMPRENTA MARIANA
1897

Con licencia eclesiástica

A nuestro Santísimo Padre Pio IX

Beatísimo Padre:

¿A quién sinó á Vuestra Santidad pudiéramos dedicar con más justos títulos las EXCELENCIAS DE LA MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES? *A Vuestra Santidad que tantas pruebas ha dado de su profundo amor y ardiente devocion á la Inmaculada Reina de los Cielos.*

Como católicos, consideramos un deber rendir homenage al sucesor de Pedro, al Vicario de Jesucristo en la tierra.

Como españoles querémos dar una débil muestra de gratitud al que, con la definicion dogmática de la Purísima Concepcion de Maria, ha dado un dia de gloria al Catolicismo, y dispensado un singular honor á

nuestra España, que bajo ese hermoso misterio la reconoce por su especial Patrona.

Dignaos pues, Beatísimo Padre, admitir benigno esta pequeña señal de sumision y respeto, que os ofrecen vuestros más humildes y reconocidos hijos

Q. B. L. P. D. V. B.

Beatísimo Padre;

Rogelia Leon

Aurora de Cánovas

Ana Maria Franco

Mariano Alvarez y Robles

José M. de Espadas y Cárdenas

Mariano Batanero

Ricardo Gomez Montero

I

Despues que la suprema voluntad de Dios hizo que de la nada brotase el cielo y la tierra, que dividió las aguas, y que en él primero colocara los dos grandes astros luminares del dia y la noche, los planetas y las estrellas, y en la segunda apareciesen como cosa de sí misma los minerales, las plantas, los reptiles que alientan en las aguas, las aves que hienden los aires y los demás animales de todas especies que habitan la superficie; despues que Dios con su omnipotente sabiduria marcó á los astros el espacio y ruta que habian de correr, á las aguas señaló sus límites, encadenó los vientos é imprimió á toda alma el género de vida que habia de seguir segun su especie, ordenando su multiplicacion; despues que Dios hizo reinar en lo que por El fué creado, la armonia universal, tendió una mirada infinita y viò que todo lo que germinara de su deseo, era bello, hermoso, sublime.

Los ángeles vieron la obra del que tambien era su Hacedor, y admirados del portento, entonaron cánticos de alabanza en honor del Dios potente y sábio, y estendiendo sus brillantes, blancas y doradas alas, recorrieron el espacio en que la suprema voluntad se dignara colocar los prodigios del universo.

Posáronse luego sobre la faz de la tierra, y la tierra regocijada de sustentar tanta gracia y ventura, unió sus ecos misteriosos á los himnos de dulce melodia que los querubes esparcian en pos de sí.

Las auras dejaron sentir sus murmurios, con los de las verdes enramadas, el movimiento de las aguas de los mares y las serpenteadoras corrientes de los arroyos de límpido cristal.

Las aves lucieron sus brillantes y variados plumajes, dando á las brisas vagarosas las primeras notas de sus deliciosos trinos y gorjeos.

Las plantas en aquel instante dieron á luz sus delicados y vistosos frutos y las flores del más hermoso y variado colorido, que abriendo sus delicados pétalos embalsamaron la más pura de las atmósferas, con la fragancia de sus aromas.

Los séres vivientes que pululaban en la tierra, en amorosa confusion mezclados, espresaban con

carreras, saltos y juegos no interrumpidos, el placer de la vida que les habia sido regalada.

Los peces, sobre la superficie de las aguas, tambien hicieron alarde de sus ágiles movimientos y contínuas evoluciones, embellecidas aun más y más por los reflejos mil que lanzaban sus plateadas y relucientes escamas.

El sol apareció radiante y magnífico por Oriente, y la luna absorviendo sus rayos vivificadores, que amorosa devolvia á la tierra, detuvo un momento su carrera al Occidente, acompañada de su innumerable cohorte de bellísimas estrellas.

La magestad de Dios apareció en la tierra orlada con refulgentes rayos de fuego celeste, tendió su poderosa diestra, y de una porcion de tierra roja húmeda por la evaporacion cristalina de fuente cercana, brotó una figura á su imágen y semejanza hecha.

Sin duda en aquel mismo instante la mente del Señor profirió las sublimes palabras, que escritas están en el Génesis: *Hagamos al Hombre.*

Su imponente mirada irradió sobre aquel cuerpo inanimado, dióle un soplo, y el cuerpo prosternóse á las plantas de Dios, haciendo oir ecos desconocidos hasta aquel entonces, que todos los séres creados saludaron como á la voz poten-

te del que con solo su voluntad los formara de la nada.

—Levanta, Adan, dijo el Señor; y el hombre obedeció.

—Fija tu mirada sobre mi vista.

—Señor, tu bondad no tiene término.

—Eres mi semejanza: tienes un soplo de mi aliento.

—Gracias, Señor.

—Esparce, estiende tu vista hácia todo lo que existe sobre la tierra, tuyo es: dominio tendrás en los peces del mar, en las aves que cruzan el espacio, en todos los animales que alienten espíritu de vida. Te doy yerbas y árboles que producen frutos y simientes que tú comerás y los demás vivientes que á tu voluntad sujetos son. El lugar en que estás reune las bellezas todas que posee el mundo. Este lugar está henchido de mi gracia, es el Paraiso terrenal.

Esto dijo Dios al primer hombre, y Adan, hermoso en su figura como nada habia, expresó su alegria y reconocimiento, con el alborozo y juegos propios de un alma inocente, pura, exenta del pecado.

Dios contemplò al hombre y quedó satisfecho.

Démosle una compañera, se dijo, una hembra con quien haga partícipe las delicias que le con-

cedo; y volviendo su mirada hácia Adan, quedóse dormido: tomóle entonces una costilla de su cuerpo, la hizo henchir de su gracia y fué hecha la mujer.

Adan volvió de su sueño, contempló á la que habia de ser su compañera, y preguntó:

—Señor, ¿quién es, quién siendo á mí semejante, reune en su forma, sinó líneas tan correctas, más gracia y hermosura?

—Eva, tu inseparable, la carne de tu carne, el hueso de tus huesos, tú mismo: amaos.

Y Adan aproximóse á la mujer, tomó entre sus manos su bellísima cabeza, y depositó en su frente pura, que ella inclinò instintivamente, el primer ósculo de amor.

Y al dar este ósculo Adan, expresó su agradecimiento á Dios, que le ordenó amar á Eva. Ambos recibieron despues la bendicion del Eterno, con estas palabras:

—Reyes sois del mundo, todo lo que en él se encuentra bajo vuestro dominio estará; tal como llameis á las cosas, llamadas serán; vivid, que en mi gracia estais. Sólo un precepto os impongo, y es, que no probeis del fruto que produce el árbol que en medio del Paraiso está, y que titularéis el de la *Ciencia del bien y del Mal.*

—Será, Señor, respetado por nosotros el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

—Si tal no hicieseis, tendréis entendido que sujetos quedaréis á la muerte con los que han de nacer de vosotros.

Y el Dios potente, creador de tantas maravillas, volvió á las mansiones de gloria.

II

Antes que á la tierra, creó Dios los espíritus celestes.

Y al crearlos, los hizo perfectos.

Y al hacerlos perfectos, les dió en primer lugar el libre albedrio, como despues hizo con el hombre.

Entre los ángeles dió el Señor, más luz, más resplandor al que por ello fué llamado Luzbel.

Y al nacer de la mente del Señor, se miró á sí mismo, vióse radiante de hermosura y encontróse más bello que ninguno.

En él nació la vanidad.

El orgullo.

Vióse con un poder grande y creyòse tanto como su Hacedor.

Quiso crear, y no pudo.

Encendióse su cólera y rebelóse contra el que lo formara por su propia voluntad.

Y al rebelarse, le siguieron el coro de ángeles que él presidia.

Fuego brotaban sus ojos.

Presentóse ante el Trono del Señor, seguido de su falange, y dijo:

—Yo tengo tanto poder como Tú, quiero estar donde Tú estás.

—¿Y quién eres tú, que así te presentas delante del que le plugo fueses?

—Luzbel, el ángel más bello, el que vá á ocupar tu trono.

—Soberbia grande es la tuya; y si eres tanto como tu Dios, crea, veamos tu poder.

Y Luzbel quiso crear, más no pudo.

La ira aposentóse en su sér.

Rugió como despues en la tierra la tempestad; quiso subir las gradas del Trono de la Suprema Justicia, siguiéndole en pos los demás ángeles rebeldes; más la mirada de Dios les detuvo.

Sin embargo, Luzbel no quiso aún reconocer su impotencia.

Su impiedad no tuvo límites.

Dios quiso castigar al que creara tan bello, y que tan ingrato le fué.

Miróle, y con voz cuyo poder los humanos no pueden ni aun concebir, le dijo:

La envidia, el orgullo, la vanidad, la ira, la impiedad y todas las malas pasiones, serán tu mismo martirio; húndete para siempre en los abismos infinitos, habítalos por toda la eternidad, y reina sobre aquellos y tus compañeros.

La cohorte de ángeles rebeldes precipitóse à los abismos sin poder ni aun lanzar un grito de venganza.

Y allí viven para siempre sin que encuentren más alimento que el fuego de las malas pasiones que les devora sin que dejen de existir jamás.

III

Luzbel quiso vengarse de su caida al báratro.

Vió la hechura del hombre, y al contemplarle con los dònes que le concedió su Hacedor, muy semejantes á los que antes diera á sus compañeros los ángeles, dejó pasar por sus inmundos lábios una infernal, horrenda y sarcástica carcajada.

—Te concede tu Dios y Señor el libre albedrio, dijo amenazante levantada su vista hácia la tierra; y yo, al que lanzò del cielo, yo, destruiré la obra de que tan satisfecho está. ¡Ay del hombre!

Y rastrero, lanzando fuego por sus órbitas y en figura de serpiente, animal astuto y ponzoñoso, presentóse donde Adan con Eva se encontraba.

Detúvose un momento ante la obra maestra del Hacedor, é instigado más su orgullo y envidia, quiso inspirar sobre aquellos corazones, vírgenes aún, la impureza que su espíritu abrigaba; mas, la inocencia rechazó los rudos ataques del ángel rebelde, que viéndose vencido, vomitó un torrente de horrorosas imprecaciones.

Sin embargo, no desmayó en su propósito.

Enroscóse en el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y volvió desde allí á contemplar á los primeros padres de la humanidad.

Desde allí quiso empezar sus nuevos ataques.

Infiltró en aquellas nuevas almas el veneno del orgullo, el mismo que á él convirtió en el más detestable sér del universo.

Observó que en la mujer hizo más impresion su inoculadora ponzoña, y á ella dirigió sus palabras disfrazadas con los más dulces sonidos.

—Mujer, le dice, ¿es verdad que Dios os ha privado de comer los hermosos frutos del Paraiso? Dudoso me es creerlo.

—De los frutos del lugar de nuestra vida podemos comer; solo de los que produce el árbol que me señalas y en que estás, nos preceptuó no tocarle, porque no dejáramos de vivir.

—No dejaréis de vivir, no moriréis, yo os lo aseguro: si Dios os ha privado gustar del fruto del árbol asentado en medio del Paraiso, es porque entonces serán abiertos vuestros ojos, la ciencia irradiará en vuestras frentes, las sensaciones de vuestros espíritus os serán más agradables, y vuestro poder será tanto, que seréis iguales al mismo Dios.

El amor propio, el amor á sí misma hizo á Eva dudar del sagrado mandato de la Divinidad y dar crédito á las palabras de Luzbel.

—Toma, le dice este, alarga tu mano y gusta de este hermoso y delicado fruto.

Y Eva, la ingrata Eva, olvidó en aquel momento al que debia el sér, por instigacion de la maldita serpiente.

Toma la fruta, la gusta, y volviéndose á Adan, en quien tambien habian hecho efecto las promesas del ángel caido, le habla de esta manera:

—Come de este fruto, es muy gustoso, muy dulce, y luego nos ofrece para despues, igualarnos á Dios.

Y Adan comió tambien de la fruta prohibida.

Y Adan y Eva faltaron á su Dios.

Y en Adan y Eva reinó lá ingratitud, el orgullo y la envidia.

Y desde entonces notaron su desnudez y se cubrieron, pero no de la impureza en que habian caido.

La serpiente lanzò terrible, histérica y profunda carcajada y desapareció gozosa.

Los primeros séres humanados, suspensos y fija la mirada de uno en el otro, estuvieron largo rato.

Reconocieron su falta.

Su temor fué grande, y á fin de ocultar su delito de inobediencia huyeron sin rumbo fijo.

Ocultáronse en los verdes ramajes que ahora apartaban con cuidado, porque les punzaban las espinas.

Allí lloraron su desgracia.

Sangre brotaban sus ojos que hacian escandecer sus mejillas.

Dios apareció rodeado de una aureola de fuego, seguido de un Angel con la espada de la justicia en la mano.

—Adan, ¿dónde estás?

—Señor, soy culpable; mi desnudez es grande para estar en tu presencia.

—Adan, ¿quién te ha hecho conocer tu desnudez sinó el haber comido del fruto del árbol que te mandé respetar? Adan, preséntate á mí.

Y Adan apareció confuso, anonadado, lleno de temor.

—Adan, tu has faltado al precepto de tu Dios, has querido despojarte del magnífico ropaje de la inocencia, de la felicidad eterna con que me plugo adornarte.... Adan, ¿por qué pecaste? Adan, ¿quién te sedujo?

—La mujer me ofreciò del fruto, y como era hermoso, lo comí.

—Y á tí, ¿quién te hizo faltar á los deberes que te impuse?

—Señor, la serpiente que en el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal se hallaba enroscada, me incitó á faltarte, diciéndome seria semejante á tí.

—Orgullo grande hubo en tí, mujer, tuyo lo fué tambien Adan. Con que ¿queriais ser iguales al que de su deseo nacísteis? ¿Vosotros en quien me complací en haceros á mi semejanza, á quienes dí una vida inmortal llena de delicias y de venturas comparables á las que disfrutan mis ángeles?

—Señor, perdonadnos, nuestro arrepentimiento es sincero.

—Perdonados estais; pero mi justicia es inmutable. La serpiente maldita será: vosotros moriréis. Tú, mujer, parirás con dolores infinitos; y tú, Adan, regarás con el sudor de tu frente la tierra de que fuistes hecho, para poder alimentarte tú y los tuyos, que sufrirán igual castigo hasta que la mujer quebrante la cabeza de la serpiente que hizo que cayeses en el pecado mortal. Hasta entonces no podréis ser lavados de vuestra culpa, y hasta entonces desde vuestra muerte corporal ocuparéis el lugar de la espiacion. Angel de la Justicia, desterrados son el hombre y la mujer del paraiso.

Y el Angel arrojó del Paraiso á Adan y á Eva.

IV.

Han pasado muchos siglos.

Adan y Eva murieron dejando muchos hijos.

Y sus hijos tambien, y dejaron hijos.

La raza humana llegó á ser grande y se repartió por toda la tierra.

Y volvió á olvidar los preceptos impuestos por Dios.

Y Dios castigó á los hombres esceptuando á Noé y los suyos, con un diluvio universal.

Y los descendientes de Noé se estendieron por la tierra.

Y el tiempo en que la mujer debia quebrantar la cabeza de la serpiente fué llegado.

En Nazareth ha nacido de los ancianos Joaquin y Ana una hermosa niña, á quien han puesto por nombre MARIA.

Esta niña, nacida en la gracia como la primera mujer, era hermosa como inspiracion divina, bella como emanacion del cielo, y pura é inmaculada como los rayos de luz que á Jehová circundan.

Y creció, y sus padres la depositaron en el Templo en cumplimiento de voto ofrecido.

Y allí vivió hasta que por permision de Dios le fué entregada por esposa á José.

Y su alma alegróse cuando éste despues, le hizo entender habia hecho de su castidad ofrenda á Dios.

Porque ella tambien habia ofrecido su virginidad.

Y vivieron ambos esposos amantes y amados.

Su virtud fué reconocida de todos.

Y sin embargo, los que habian hecho voto tan sagrado debian llegar á ser padres.

MARÍA, la concebida en gracia, la hermosa rosa de Jericó, la blanca azucena, emblema de

su misma pureza, habia sido elegida por el Dios de Israel para Madre del Dios hecho hombre anunciado por la voz de los Profetas.

Y llegó el momento de cumplirse las profecías, y el espíritu de Dios se encarnó en su santo seno, anunciándoselo antes el Arcángel Gabriel.

Y en Belen, en un establo, dió á luz al Rey de Reyes.

Y los ángeles descendieron de su mansion de gloria á adorar al Dios humanado.

Y los astros celestes anunciaron á los pastores y á los reyes la venida del Mesías prometido, y su nacimiento de una Vírgen pura y hermosa como el primer albor de la primera mañana.

Y creció aquel Niño, Redentor del mundo.

Y fué hombre.

Y predicó la palabra del Dios de las misericordias y la caridad.

Y llamó hácia sí á los niños.

Y enseñó á perdonar y á ser perdonado.

Y los hombres todos no comprendieron que al que le seguian tantos prodigios era el Dios de Jacob.

Y le persiguieron, le prendieron, le maltrataron y le entregaron á un tribunal.

Y aquel tribunal impío permitió fuese escarnecido hasta lo sumo, y despues le entregó á sa-

yones aun mas infames que él, para su crucifixion entre los ladrones.

Y los sayones le llevaron al Gólgota, lugar designado para el sacrificio, en medio de un pueblo bárbaro que se gozó en aumentar sus dolores y los de su Santísima Madre que le seguia, partido el corazon y llena de angustias.

Los dolores de la Vírgen María no pueden compararse á ningunos.

Su santísimo Hijo fué crucificado.

Su sangre fué vertida para lavar la mancha del primer hombre.

Y antes de entregar su espíritu á Dios, su Padre, perdonó á los hombres y les dió una Madre, una segunda Eva, la regeneradora del mundo, la ofrecida al espedir la sentencia Divina que les desterró del Paraiso, la que habia de hollar con su virgínea planta la asquerosa frente de la serpiente tentadora y maldita.

Jesus murió y MARÍA llamó á los hombres sus queridos hijos, y les amó.

Y desde entonces, la que holló con su delicada planta la cabeza de la astuta serpiente, la vencedora del ángel desterrado, fué la Madre más cariñosa del género humano.

Y desde entonces el género humano, los hombres todos tienen una intercesora constante en

presencia de Dios, creador de lo visible é invisible, de lo palpable é impalpable, de lo corpóreo é incorpóreo.

Por esta Señora, el pecador consigue el perdon, si le eleva suplicante su arrepentimiento.

El afligido, consuelo.

El menesteroso, el alivio de sus penas.

En ella se cifran todas las esperanzas.

El viajero, espera un término feliz al que emprendió.

El guerrero cristiano, escudado con su favor, confia salir victorioso del enemigo que levantò sus pendones en contra de la verdad y la justicia.

La madre cariñosa que perdió á su hijo, el hijo que llora la falta de un padre querido, el que lamenta la de un hermano, el que la de un pariente, el que la de un amigo, en la bondad de tan magnánima Señora, esperan el lenitivo que ha de calmar su verdadera afliccion.

El mendigo, el enfermo, el menesteroso, el niño abandonado, todos, todos los mortales confian en ella y esperan de su misericordia infinita el ser amparados bajo su escelso manto, refugio donde se olvidan las desdichas de este valle de lágrimas, y las almas se elevan hasta la glorificacion.

Tierna Madre, siempre está dispuesta á prestar á los hombres, sus hijos, todo el auxilio que han menester en sus infortunios.

Como esencia de lo grande, de lo bello, alimenta é inspira el númen del poeta, del músico, del pintor, del arquitecto y escultor.

A su inspiracion, fueron cubiertos de colores esos magníficos lienzos, admiracion del mundo.

A su inspiracion, fueron escritos ese conjunto de sonidos armonizados, melodia sublime que dulcifica y hace amansar las fieras más embravecidas.

A su inspiracion, han sido elevadas las altas columnatas que á semejanza de elegante palmera rematan estendiendo sus brazos bordados de encajes, y en su union quedan constituidos esos magníficos Templos, esas suntuosas Basílicas, donde constantemente se elevan preces al Dios de la Creacion.

Y á su inspiracion, se deben esas bellísimas esculturas en que la verdad es tal, que á la humana razon no le es dado muchas veces, aun despues de poner sus manos sobre el mármol, el bronce ó madera en que están esculpidas, comprender como aquello ha podido ser obra del hombre; aquello á que solo falta la voluntad y el soplo de vida.

Como depósito de la sabiduría del Eterno, hace donacion de un rayo de su divina inteligencia al génio fecundo que su saber emplea en bien de la humanidad.

La Vírgen María, fué la que llevó á Colon á las Américas.

La que despues fortaleció y dió valor á los padres misioneros que fueron á enseñar la verdad de la religion del Crucificado entre los feroces habitantes de aquellos remotos paises.

La que hizo que los muros de Granada cayesen bajo el poder de los Reyes Católicos, y con ella abandonasen para siempre nuestra querida pátria los hijos del falso profeta.

La que iluminó al sabio y docto S. Agustin.

La que inspiró á los Santos Vicente Ferrer, Vicente Paul y Juan de Dios, en el establecimiento de los asilos de beneficencia y misericordia.

La que al abate L'Epee en la educacion de sordos-mudos.

La que revelándose á nuestro Santo Padre Pio IX, hizo declarar dogma de fé la pureza inmaculada de su Concepcion.

La que hizo brotar del inspirado númen de Zorrilla sus magníficos poemas.

A su nombre las ciencias y las artes reciben nuevo impulso.

Lo volvemos á repetir, la Virgen Maria, la Virgen sin mancilla es la más cariñosa Madre de los hombres.

El refugio de todos los pecadores, salvados del borrascoso mar de las pasiones humanas.

Incansable en dispensar mercedes, no desea otra cosa que estrechar á todos sus hijos con los dulces lazos de su proteccion.

¡Qué alegria no sentiria su hermosa alma formada por Dios para sí mismo, si tuviese que dispensar una gracia por cada uno de los mortales!

Su dicha no podria ser comparada, puesto que además de pertenecer al cielo, no tendria igual en el mismo.

Su bondad es inmensa, infinita.

Los beneficios repartidos entre los hombres no tienen número.

De estós, hay muchos de que la generalidad no tiene conocimiento.

Los unos por estar escritos en lenguaje antiguo y rudo, casi desconocido en nuestros tiempos.

Otros por lo mal pergeñados en su estilo é impresion, que hace no ser apreciados cual debieran.

Aquellos por no ser sabedores de su existen-

cia ni aun de los que los guardan en los recintos en que se conservan.

Estos por no pertenecer más que á la tradicion, ya guardada con religiosidad por los habitantes de una poblacion, ya solo siendo depósito querido de una familia que de padres á hijos procura trasmitirse.

Grave falta es esta, descuido inaudito.

Nosotros, llenos de entusiasmo y como hijos de España, pais favorecido con su predileccion, vamos á emprender la noble tarea de dar á conocer en lo posible y con el auxilio que le demandamos, á fin de que nos preste fuerzas é ilumine nuestro pensamiento, todos los beneficios que ha reportado á la humanidad entera, y principalmente en nuestra provincia, explicando en rimas y variedad de metros, forma la más adecuada para tan bello asunto, sus apariciones y milagros, historia particular de las Imágenes más veneradas, y la de aquellos hombres que más se hubiesen distinguido por su acendrada devocion à la Reina de los Angeles, contando para ello con los datos y documentos que pensamos solicitar, y que no dudamos nos serán facilitados del Clero y Ayuntamientos, como depositarios de los archivos parroquiales y de los pueblos.

No queremos dejar de consignar que con un éxito grande en este trabajo, ya nos ha precedido un ilustre escritor, el conde de Fabraquer, publicando en lujosos volúmenes, si bien en prosa, la historia de las Vírgenes aparecidas en España.

Nuestra obra vá á titularse: EXCELENCIAS DE LA MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES.

La Virgen Santísima guie nuestras plumas.

En tu honra es, Madre nuestra.

Ilumínanos, danos, concedénos un rayo de tu sacrosanta inspiracion. = *Ricardo Gomez Montero.*

No basta tener fe: es necesario conocerla, analizarla y comprender lo grande y sublime de nuestra religion.

Los cristianos saben que la Virgen Maria llama hijos á los pecadores, que es la medianera entre Dios y el hombre, que ruega por ellos constantemente, y que con su amor y lágrimas, rescata las almas, que descarriadas marchaban por la senda de la perdicion.

Todos los católicos la llaman en sus afliccio-

nes. Desde la cuna sabe el niño que la Virgen Maria ha de ampararle, si la invoca con fervor; pero no basta esto: es necesario conocer las excelencias, los sacrificios que esta bendita Madre ha hecho por la humanidad, y las veces que en distintos lugares ha sido aparecida, ya para dar la salud á un enfermo próximo á la agonia, ya para protejer al niño huérfano, ya para salvar una poblacion de alguna calamidad horrorosa, ó bien para aplacar la guerra y las epidemias.

Maria, está en todas partes. Ella es el escudo de la doliente humanidad. Ella tiene lágrimas para todos, é indulgencia y bondad y amor infinito.

¡Maria...! ¡Virgen Sagrada...! á tu dulce nombre se enternece el corazon y asoman lágrimas á los ojos, admirando tu grandeza sin límites...!

¿Y por qué cuando tu nombre llena el universo, cuando tu imágen se adora en los altares, cuando todos te reconocen como Divina Inmaculada, no ha de brillar tu historia, dando á conocer al mundo, y sobre todo á la dulce infancia, lo mucho que te deben, y lo escasamente que pagan tus beneficios?

¿Por qué cuando circulan multitud de libros, que solo sirven para viciar las costumbres y despertar de su sueño de felicidad la apacible

inocencia, no ha de hacerse popular é imprimirse en todos los corazones, el sencillo relato de tus dolores y lágrimas en bien de los mortales?

¿Por qué tantos poetas y escritores para lo profano, y tan pocos que se dediquen á lo divino?

Si hubiese podido nacer una Santa Teresa en cada siglo, hoy seria el mundo un semi-cielo por las virtudes y la ciencia, que encerraria en su alma, todo el que estudiase sus leyendas piadosas y sublimes.

Pero, por desgracia, nacen pocos genios privilegiados, que se dediquen al espíritu antes que á los sentidos.

Sin embargo, no faltarian libros en que estudiar la religion sagrada, si las madres quisiesen buscarlos para sus hijos; pero desatendiendo este deber, en lugar de proporcionarles máximas saludables, doctrinas piadosas y amor al bien y la caridad, les ofrecen novelas inverosímiles, dramas sangrientos ó epígramas que encierran historias profundas y dolorosas, que el mundo en su estóica indiferencia, toma para juguete de sus risas y placeres.

¡Pobres niñas, que como azucenas cándidas embalsaman el espacio, y no hallan un sér que procure conservar su aroma y el rosado velo de

la inocencia, que es el emblema de la felicidad!

¡Pobres niños, que sueñan en brazos del bien y la dicha, que aman con entusiasmo cuanto les rodea, y mañana han de convertirse en seres llenos de tédio y hastio, víctimas del influjo de las malévolas costumbres! ¿Qué han hecho entonces los hombres de genio y de ciencia, cuando no han podido evitar estos males? ¿De qué sirve el ingenio si no se emplea en algo que sostenga el edificio social?

¿De qué sirven mil volúmenes escritos, si no hay en ellos un consuelo para el corazon...?

La inexperta juventud de hoy deberá hacer mañana responsable de sus hechos á los que no supieron dirigirlos por la senda del bien.

Una niña que solo lee la Traviatta, la Pecadora ú otras novelas en que es la celebrada heroina una mujer sumergida en el lodo de las malas pasienes, se inclina hácia ella creyendo hacer en el mundo el interesante papel que aquella representaba.

Como el aroma se impregna en los sentidos con su frescura agradable y su delicioso perfume, así las pasiones exageradas, esos amores desordenados, esa vehemencia, ese fnego que se pinta con los más alarmantes colores, inflama

el inocente pecho de la cándida juventud, y atrae sobre ella una virilidad adelantada, una vejez prematura.

Entonces el alma empieza á sufrir: el ángel inocente se convierte en ángel caido, y halla los campos y las flores mústias y ajadas, cuando hace poco las veia llenas de colores y perfumes.

¡Qué despertar tan sombrio debe tener aquel espíritu que dormia en el oloroso valle de la virtud y la pureza, y al despertar encuentra eriales cercados de ruinas y escombros! ¡Qué opaco mira el sol, que pavorosa la luna, que aislada la creacion!

. . . . . .

¡Qué horrible, qué triste es aprender lo que se debe ignorar!

¡Y llorar una inocencia perdida!

¡Y abrigar un corazon desolado!

¡Y buscar amor puro, y hallar almas gastadas

¡Y suspirar por dulces sentimientos, y encontrar egoismo y falsía!

Triste espejo, donde las madres debieran dirigir su vista, para encontrar en su oscuro fondo la desgracia que su poca reflexion ha causado.

La principal mision en este mundo, para los que tienen almas que guiar, son las máximas

saludables. Con ellas se forma la criatura dispuesta al bien, que es lo que proporciona la paz de la conciencia y la tranquilidad de la vida.

Si aprende el niño desde pequeño á conocer lo que debe á Dios y á su Santísima Madre; si sabe las muchas misericordias y bondades que le han dispensado, será religioso y agradecido. Aprenderá á amar por conviccion, lo que sólo ama por rutina, y sabrá tener fe, resignacion y esperanza, que son los sólidos cimientos de la tranquilidad y el bien.

Hé ahí por qué al tratar de publicar un libro, nos hemos propuesto que sea de leyendas piadosas, donde se dé á conocer cuanto vale nuestra religion bendita, y lo que debemos á Maria Santísima y su excelso Hijo.

Nuestro libro no será una de esas borrascas que arrebatan las almas ardientes, que se lee con avidez, ó mejor dicho se devora, por que alhaga las pasiones humanas; será un manantial dulce y sonoro, que como el arroyo apacible refresque las almas doloridas y despierte la mansedumbre y la tranquilidad, en los pechos que lloren y sufran.

Excelencias de la Madre de Dios y de los hombres, es el título que damos á nuestra obra.

¿Qué título mejor que llevar al frente el nom-

bre de la amorosa Virgen, asilo y consuelo de los pecadores?

Sus productos serán dedicados á la Beneficencia, pues al escribir no nos guia otro interés que el bien de la humanidad.

Creemos que el público corresponderá á nuestros sacrificios, por el objeto que nos guia, si no por el mérito de la obra.

El cielo guie nuestra pluma.
La caridad aliente á los que nos lean.
La paz del alma adormezca sus dolores.
La dicha circunde sus corazones.

ROGELIA LEON.

LA ESTRELLA DEL MAR

Leyenda histórico tradicional sobre la aparicion de la Imágen de "Maria Santísima del Mar,, patrona principalísima de Almeria y sus arrabales Huercal y Viator

INVOCACION

Casta azucena, celestial MARIA,
Tú de los mundos inmortal Señora;
Tú, que viertes torrentes de armonía,
Tú, que inflamas la mente del que ora;
Tú, que consuelo prestas siempre pia
Al que consuelos de tu amor implora,
Un rayo de tu luz presta á mi aliento,
Para alumbrar mi pobre pensamiento.

—

Por qué ¿quién si no tú darme pudiera
De santa inspiracion la llama pura,
Tú, que brillando en la celeste esfera,
Del hombre alumbras la mansion oscura?
¿A quién si no es á tí yo le pidiera
Que diese acentos á mi lengua impura...?

A tí que eres mi vida, mi esperanza,
Y la gloria que miro en lontananza?

—

Si; tú me los darás, Madre querida;
Tú darás formas á la mente inquieta:
Tú inundarás de luz enrojecida
El alma entusiasmada del Poeta;
Tú darás á mis cantos nueva vida;
Tú á mis creaciones ilusion completa,
Y dulce entonacion á mi garganta
Para cantar tu IMÁGEN sacrosanta.

—

Bien sabes, Madre, que ambicion mezquina
No me seduce de mundana gloria:
Basta á mi anhelo, de tu faz divina
Bello recuerdo hallar en mi memoria.
Sólo un afan mi corazon domina:
Quiero narrar la peregrina historia
De tu IMÁGEN que vino en fausto dia
A arribar á las playas de ALMERÍA.

—

Ven, santa inspiracion, baja á mi mente;
Prende en mi pecho llama creadora;
Baña en tu luz mi enardecida frente;

Envuélveme en tu lumbre protectora....
Ya el entusiasta corazon la siente:
Ya diviso su faz encantadora....
Ya me arrebata.... ¡Gracias, Madre mia!
Yo cantaré tus glorias ¡Oh MARIA!

Introduccion

I

Del *seno virgitano* en la feraz rivera,
Cual reina soberana que cstenta magestad,
Así se asienta ufana, radiante y placentera
Sus galas esparciendo riquísima Ciudad.

De torres coronada, de almenas circuida,
Ceñida de jacintos su esplendorosa sien,
Reclina su cabeza al ruido adormecida
Con que las olas bullen en plácido vaiven.

Y es de fragantes rosas su perfumado lecho,
Y de brillantes perlas su casto ceñidor,
Y cúbrela de estrellas un azulado techo,
Y arrúllanla las auras con desigual rumor.

La ilustre *Puerto Magno* un tiempo la llama-
Los fieros negociantes de la Fenicia audaz, [ron
Y ufanos con su presa de muros la cercaron,
Haciendo de ella, avaros, mansion de dulce paz.

Y fué por sus riquezas de todos codiciada;
Y fué rival altiva de Tiro y de Sidon.
Y vió por sus victorias, triunfante y respetada
Flotar con noble orgullo, su noble pabellon.

Mas la soberbia Roma miró con saña fiera
De *Puerto Magno* el brillo, tenaz, deslumbrador
Y de ambicion henchida, apréstase ligera,
Y á la *Ciudad* asesta un golpe aterrador.

Y llora *Puerto Magno* su cautiverio insano,
Y arrastra las cadenas de negra esclavitud,
Y ansioso de tesoros el vencedor romano
Convierte sus vergeles en hórrido ataud.

II

Ya no es *Virgi* la romana
lo que *Puerto Magno* fué:
si ayer se vió soberana,
hoy por su suerte tirana
esclavizada se vé.

Y el romano vencedor
tras los tesoros que encierra,
va arrancando con furor
cuanto guarda con amor
en sus entrañas la tierra.

¡Pobre Ciudad despojada!
¡Pobre reina envilecida!
Tu magestad tan preciada
en horfandad desgraciada
hoy se mira convertida.

Ya de tu Puerto nombrado
no saldrán naves veleras,
cruzando el golfo salado,
á enriquecer el mercado
de naciones estrangeras.

Que esas ricas mercancias,
y esos metales preciosos,
pasaron en pocos dias
á ser viles granjerías
de romanos codiciosos.

¡Pobre *Virgi* desolada!
¡Pobre reina sin corona!
Ya te ves desmantelada,

y esa gente despiadada
tus muros ¡ay! desmorona.

III

¿Qué turbas son aquellas que jiran bulliciosas
Cual tromba que en los mares agita el aquilon,
Y en ráudo remolino se acercan presurosas
Y por do quier se lanzan en ruda confusion?

¿Qué gentes son aquellas de la mirada torva,
Cubierto el negro rostro con cándido alquicel,
Blandiendo en son de guerra su cimitarra corva?
¿Qué gentes son aquellas?... Los hijos de Ismael.

Sectarios del Profeta que el árido desierto
De la tostada Libia cruzaron sin temor,
Son los que en *Virgi* buscan el suspirado puerto
Y de ella se apoderan con bárbaro furor.—

Cedió al impulso *Virgi* de la feroz canalla;
Pasó pronto su enojo; su llanto fué fugaz;
Que en pos de la sangrienta y desigual batalla,
Tranquila ya disfruta las dichas de la paz.

Y gentes la poblaron ansiosas de ventura,
Que al verla despojada de todo su esplendor,

Quisieron revestirla de mágica hermosura,
Como mansion divina de virginal amor.

Y renacer se vieron sus plácidos vergeles:
Y arroyos murmurantes llevaron hasta allí,
Y entre las frescas rosas brotaron los claveles,
Y juntos se mecieron el nardo y alhelí.

Ciudad de los espejos los moros la llamaron
Al verla revestida de púdico cendal;
Y al darla nuevo nombre, por Dios que lo acerta-
Pues despejada brilla cual límpido cristal. (ron

Y vierte allí su lumbre el sol de medio dia;
Y en hebras se desata de mágico color,
Y á su caliente influjo se llenan de alegria
El árbol con sus frutos, las flores con su olor.

Y en sus amenos prados se aduerme recostada
Y alháganla las brisas con blando murmurar,
Y vienen á besarle su planta descuidada
Las ondas cristalinas del bullicioso mar.

Risueña está ALMERIA, alegre la sultana
Que *Perla de los mares* el árabe llamó,
Y allí tranquila apura su juventud liviana
La copa de los goces que en ella atesoró.

IV

Tal es, lector, Almeria:
tal es la bella Ciudad
que al árabe sonreia,
y nombre tal merecia
por su hermosura en verdad.

Y por cierto le faltaba
para brillar con más luz,
ver en su roja Alcazaba,
que tanto el moro guardaba,
alzarse la Santa Cruz.

Y alzóse al fin victoriosa
esa enseña misteriosa
para hundir la media luna
mas quiso negra fortuna
fuese con suerte azarosa.

Que el musulman atrevido
cuando perdida la vió,
su ciudad reconquistó,
tras un combate reñido
que diez años le costó.

Y otra vez se vió abatida,
despues de sangrienta lid,
la Cruz que se alzaba erguida
en la torre defendida
por el Rey Abú-Said.

Y año tras año pasó
en que Almería se viò
por los moros ocupada,
y la Ciudad olvidada
por el cristiano quedó.

Y de la paz deliciosa
bajo el benéfico arrullo,
se alzó de nuevo briosa,
dominando victoriosa
con su despótico orgullo.—

Goza, Ciudad descreida,
de tus invictos blasones;
pasa gozando tu vida
mientras te ves guarecida
tras tus fuertes torreones.

Sigue con inquieto afan
de tus goces la corriente;
que ya aprestándose van

los que sobre tí caerán
como asolador torrente.

Ya se sienten los bridones
de los bravos campeones
que echa á tus puertas Castilla,
afilando la cuchilla
que ha de cortar tus blasones.

Y vénse ya por la sierra
como descienden ufanos
en áspero son de guerra
los peones castellanos
que van á ocupar tu tierra.

Goza Ciudad descreida,
tus conquistados despojos;
Que presto triste, abatida,
has de pedir por tu vida
secos de llorar tus ojos.

Goza, goza en tu locura,
con tu mirada avarienta;
dále á tus goces hartura:
que muy pronto tu ventura
has de trocar en afrenta.

¡Ay! si: que sino fatal
presidió para tu mal
desde aquel infausto dia,
que fué tu Rey Almería,
el desgraciado Zagal.

V

Así estaba escrito, los moros dijeron,
y el Rey abatido la frente humillò,
sus fuertes guerreros las armas rindieron...
así estaba escrito, y así se cumplió.

Que el ejército cristiano
con sus bravos campeones
avanza ya por el llano
al aire flotando ufano
los castellanos pendones.

Y entre el confuso monton
de tanta lanza que brilla,
se adelanta el escuadron
de Fernando de Aragon
y de Isabel de Castilla.

Ya por el viento mecida
y de laurel coronada,

se alza la Cruz bendecida
que pronto ha de verse erguida
en los muros de Granada.

Y la rendida Almeria
contempla con hondo afan
y grave melancolia,
la confusa gritería
de los moros que se van.—

Goza ya, Ciudad cristiana,
y no pienses en tu ayer;
porque te espera mañana,
en vez de la pompa vana
un verdadero placer.

Goza, goza con holgura,
y depon todo temor;
que tus dichas asegura
y tu completa ventura
la Cruz de tu Redentor.

Y si algun inquieto anhelo
viene á turbar tu alegria,
aleja el vano recelo;
que escudo será en tu suelo
LA ESTRELLA DEL MAR, MARIA.

Aparicion

I

Hay al Este de Almeria
allá en la desierta playa
una vetusta atalaya
llamada TORRE-GARCIA.

Quien dióla nombre se ignora;
mas se puede asegurar
que la vino á edificar
sin duda la gente mora.

Y aunque de poca importancia
por estar medio arruinada,
siempre fué considerada
cual punto de vigilancia.

Que eran tiempos inseguros
aquellos tiempos pasados,
y era preciso guardados
tener aún los viejos muros.

Por eso *Torre-Garcia*
por sus guardas custodiada,

con razon era mirada
como el ojo de Almeria.

Y más de una vez se oyó
desde la Torre que vela
el grito del centinela
que la playa ensordeció.

Y acaso más de una vez
al oir aquella voz,
algun pirata feroz
se alejó con rapidez.

Que era entonces muy frecuente
ver de noche el blanco bulto
de algun moro audaz que oculto
acecha traidoramente.

Para ir el aviso á dar
á la morisca galera,
que acaso un descuido espera,
observando desde el mar.

Y hubo ocasion repetida
que de un descuido á favor,
gente mora sin temor
saltó en tierra decidida;

Y brazo con brazo ataron
como perros en trailla
cuantos del mar en la orilla
inadvertidos hallaron.

Y á los que se resistieron
á aquel ataque traidor,
muerte con negro furor
alevosamente dieron.

Y despues que así sembraban
el luto y desolacion,
amarrados en monton
á los cristianos llevaban.

Y por esclavos vendidos
en sus más ricos mercados,
eran los hombres tratados
como séres maldecidos.

Y las mujeres hermosas
eran con fiero desden
conducidas al harem
afligidas y llorosas.

Por eso impotente era
en aquellos malos dias,

confiar de los vigias
en la custodia severa.

Que en la gran fidelidad
que á cada paso probaban,
descuidadas descansaban
las gentes de la ciudad.—

Tal es la Torre-Garcia,
tal es la vieja atalaya
que allá en la desierta playa
de centinela servia.

—

¡Cuántas noches en la almena
de esa Torre derruida
miró la ciudad dormida
su vigilante con pena.

¡Cuántas noches al sentir
las horas ¡ay! resbalar,
dió el cuitado en meditar
sobre su pobre existir!

Allí *solo* se veia,
y nadie de él se acordaba,
y él allí *solo* velaba
mientras la ciudad dormia.

Allí en el recinto honrado
de su triste pensamiento,
daba sus quejas al viento
al verse tan olvidado.

Allí acaso al recordar
á la familia querida,
sintió lágrima perdida
por sus megillas rodar.

Y acaso ardiente plegaria
por sus labios resbaló,
cuando el pobre se fijó
en su vida solitaria.

Que en aquel honrado pecho
jamás encuentra morada
ni la duda despiadada,
ni el miserable despecho.

Y el pobre *Andrés de Jaen*
con su corazon leal,
sabe que sembrando mal
no puede cojerse bien.

Por eso si acaso llora,
halla en su llanto dulzura;

y si su labio murmura,
en vez de quejarse, ora.

Y al cruzar la azul esfera
su fervorosa oracion,
de la celeste mansion
divino consuelo espera.

II

Es de Diciembre una noche
por demás áspera y cruda,
y de mil quinientos dos
el año sus meses cursa.

La vieja Torre-Garcia
envuelta en la sombra oscura,
puede apenas distinguirse
entre las espesas brumas.

Y el guarda Andrés de Jaen
que tras sus muros se escuda,
desde sus rotas almenas
atento vela y escucha.

En vano espera el cuitado,
lleno de terrible angustia,

que algun astro sus reflejos
en su derredor descubra;

Que velada por las nubes
su rostro esconde la luna,
y con los negros crespones
sus resplandores oculta.

En vano la vista tiende
hácia las masas confusas
de los remotos objetos
que la oscuridad abulta.

Y del mar que tiene enfrente
por la movible llanura;
que á distinguir nada alcanza,
por más que afanosa busca.

En vano presta el oido,
por si algun rumor le anuncia
el punto donde dirije
el enemigo su ruta.

Tan solo escucha del viento
débil gemido que zumba,
cuando sus alas arrastra
sobre la yerba menuda.

Es ya mediada la noche,
y Andrés con la frente mustia,
más bien que guarda, parece
estátua inmóvil y muda.

Fijos en la mar sus ojos,
y con atencion profunda,
no se sabe si medita,
ó si algun rezo murmura.

Y cualquiera le tomara
al verle las manos juntas
y sobre el pecho cruzadas,
por aparicion nocturna.

—

¿Qué ha visto Andrés de repente
que así su rostro se inmuta,
y hace que su frente pálida
de frio sudor se cubra?

¿Qué ha visto el pobre *torrero*
que así tímido se asusta,
y le hace sentir un miedo
cual no lo ha sentido nunca?

Vé del lejano horizonte
allá hácia las líneas últimas,

como una llama fosfórica,
pequeña luz insegura.

Vé que esa luz vacilante
se acerca ya más robusta,
y segun se acerca, crece;
y segun crece, deslumbra.

Y los tibios resplandores
de esa luz que así fulgura,
con oscilaciones varias
sobre las olas fluctuan.

Y cada vez más distintos
hácia la playa se agrupan,
formando en su movimiento
mil espirales y curvas.

Absorto está el buen Andrés
con esa luz que columbra,
y no sabe darse cuenta
de lo que así le atribula.

Y en su agitada cabeza
mil pensamientos se cruzan,
y su discurso se pierde
en un mar de conjeturas.

Acaso esos resplandores
como señales los juzga
de la pirata galera
que dar un golpe procura.

Acaso piensa que son
una demanda de ayuda
que pide el roto bagel
que contra las ondas lucha:

Y en la agitacion que crea
en su corazon la duda
más le acobarda y confunde,
más le amedrenta ofusca.

Por que esa luz misteriosa
que á su vista se columpia,
se vá acercando ligera
sin que su marcha interrumpa·

Y al posarse de la playa
sobre las arenas húmedas,
Andrés al fin la distingue
trasparente, clara y pura.

—

Asombrado se queda el buen torrero
Ante esa luz de singular belleza
Que con vivos é intensos resplandores
La vieja Torre á iluminar empieza.
Y aunque temor cobarde le detiene
Y á moverse no alcanza,
Un impulso secreto le aconseja
Aleje la mortal desconfianza.
Y lleno de esperanza
Audaz la Torre deja,
Y hácia la luz avanza,
Que cada vez más pura
Aumenta su esplendor y su hermosura.
Y segun que hasta ella se aproxima,
Un consuelo interior el guarda siente
Que el corazon anima.
Y depuesto el temor que le aquejara,
Ya con planta ligera
Corre veloz del mar á la rivera.
Y al fin llega animoso
Hasta tocar el punto luminoso
que tan vivos destellos difundia,
Y un grito de sorpresa
Dejó escapar del pecho congojoso:
Que el buen Andrés atónito miraba.
Cual estrella del Cielo desprendida,
Y por las olas de la mar traida,

La hermosa luz que en torno circundaba
De una Sagrada Imágen de MARIA
Que en la desierta playa se encontraba.
Absorto Andrés ante la Imágen queda,
Y una mirada atenta, escrutadora,
A todos lados afanoso lanza;
Y á penetrar no alcanza,
Como la Virgen que á sus ojos brilla
Pudo aportar del mar hasta la orilla.
Y no ilusion la juzga,
Hija tal vez de loca fantasia,
Ni de sueño creacion engañadora:
Que allí la vé radiante encantadora:
Y es ella, sí, la celestial MARIA,
Que al Hijo de su amor, al Niño amado
Ostenta entre sus brazos estrechado.
Y al fulgor que despide
La que es del Mar esplendorosa estrella,
Mira tambien el suelo entapizado
De blancas y fragantes azucenas
Que para prepararle rica alfombra
Brotaron de las áridas arenas.
A tanta maravilla,
El corazon de Andrés agradecido
Se siente conmovido;
Y rueda hasta su pálida megilla
El llanto desprendido

Que en copioso raudal vierten sus ojos:
Y ante la Imágen santa
Postrándose de hinojos,
Con respeto filial y reverencia
Besa su régia planta,
Y para conducirla hasta la Torre
Humilde le demanda la licencia.
Así fortalecido
Con la oracion sencilla y fervorosa,
Y de santo placer el pecho henchido
Al mirarse con carga tan preciosa,
A la Torre, ligero
La hermosa Imágen lleva el buen Torrero,
Allí deja guardado
Un tesoro para él tan apreciado.
Y observando que el dia
Su esplendor por doquiera difundia,
A la Ciudad camina presuroso
Cuenta á dar del suceso portentoso.

III

Quien viera á Andres de Jaen
aquella misma mañana
cruzando de la Ciudad
por las calles y las plazas;

Quién á su inquieto semblante
atentamente mirara,
que de su estado intranquilo
presenta pruebas exactas;

Y viera sus negros ojos
arrasados por las lágrimas,
que algo sucede al Torrero
prudentemente juzgara.

Y en verdad, si se examina
de su disgusto la causa,
acaso puede decirse
que razon para él no falta.—

¡Ay! el pobre Andres ha visto
burladas las esperanzas
que hace poco concibiera
cuando á la Ciudad llegara.

El, henchido de entusiasmo
y fé rebosando el alma,
vino de Torre-Garcia
á buscar mansion sagrada

Do dignamente estuviera
la Imágen Divina y Santa

de la Virgen amorosa
que á sus playas arribara.

El, á la Iglesia Mayor
espuso ya su demanda
para que la augusta Imágen
allí fuese venerada;

Pero el Clero le escuchó
con grave desconfianza,
escudando su reserva
tras de precaucion no estraña:

Juzgò que en negocios tales
nunca hay prudencia sobrada,
y crédito dar no quiso,
del Torrero á las palabras.

Por eso Andres de Jaen
mústio y abatido marcha,
favor implorando al Cielo
en silenciosa plegaria;

Y de la Ciudad cruzando
las anchas calles y plazas,
al convento de Dominicos
al fin dirije su planta.

Llega al santo Monasterio
donde de Prior se halla
el Padre Juan de Baena,
y congojoso le habla.

Allí le pinta el prodijio
que asombrado presenciara
del hallazgo portentoso
de la Virgen Sacrosanta.

Allí le suplica humilde
conceda digna morada
en su Templo, á la que el mundo
saluda *llena de gracia.*

Y tal fuego comunica
el Torrero á sus palabras,
que la conviccion profunda
llevan del Prior al alma.

Al punto á los religiosos
venir á su lado manda
para que escuchen de Andrés
la relacion detallada.

Y de amor hácia la Virgen
sus almas embriagadas,

para recibir la Imágen
todo al punto lo preparan.

—

Apenas por el oriente
el sol sus luces derrama
dorando las altas cimas
de las enhiestas montañas;

Y apenas el buen Prior,
segun convenido estaba
desde el dia precedente,
dijo la misa de alba,

La Comunidad reunida
veloz á la Iglesia baja
á disponer de concierto
del Padre Prior la marcha.

A Fray Andres de Padilla
eligen para compaña,
con dos mozos del Convento,
provistos de sendas lanzas;

Precaucion que aquellos tiempos
hacian muy necesaria,
para evitar un peligro
si acaso se presentara.

Y estando en este sentido
las prevenciones tomadas,
hácia la Torre-Garcia
emprenden la caminata.

—

Ya el guarda Andres de Jaen
en aquel punto esperaba,
ansiando el feliz momento
que para él tanto tarda.

Momento feliz que busca
lleno de afanosas ansias;
momento feliz que debe
restituirle la calma;

Pero momento terrible
que cual flecha emponzoñada
aguda el pecho penetra,
y en el corazon se clava.

¡Ay! si: que lentas las horas
muy perezosas resbalan
para el cuitado que espera
llena de dudas el alma.

Y en el alma del torrero
va ya labrando morada

duda que al nacer la punza,
y que, creciendo, la mata.

Por eso hácia la Ciudad
su penetrante mirada
dirije; por eso fija,
de aquel punto no la aparta.

Y al fin distingue á lo lejos
la pequeña caravana,
y si está despierto ignora,
ó si sus ojos le engañan.

Mas advierte que se acerca,
y entonces las manos alza,
cual si con ellas pudiera
á la Torre aproximarla.

Y al ver al Padre Baena
el gozo en su pecho estalla,
por que al fin van á llenarse
sus ardientes esperanzas.—

En el fèrvido entusiasmo
que arde de Andres en el alma,
siglo eterno le parece
cualquier instante que pasa.

Y es tal el placer que siente,
y es ya su impaciencia tanta,
que aunque el Prior está cerca,
y aunque el gozo le embriaga,

Veloz á la Torre trepa,
y asoma por la ventana,
para que todos la admiren,
la dulce Imágen Sagrada.

Los religiosos al verla
doblan humildes sus plantas,
y su proteccion invocan
con fervorosas plegarias.

Y de la torre desciende
Andres con la Virgen Santa,
y del Prior en los brazos
depone la hermosa carga.

Y éste montando en su mula
y sobre ella colocándola,
la vuelta del Monasterio
todos toman sin tardanza.

—

IV

Allá vá la Virgen, la Imágen gloriosa
Que el pobre Torrero feliz contempló;
Y al verla alejarse, mirada radiosa
De júbilo henchida al Cielo lanzó.

«Allá vá tu Imágen, divina María:»
Estático esclama Andres de Jaen:
«El alma me dice que tú, Madre mia,
Unida á tu Imágen caminas tambien.»

«Yo veo tu rostro brillar á lo lejos
Cual brilla en los cielos la luz zodical,
Y de esos tus ojos los vivos reflejos
Que vida le prestan al pobre mortal.»

«Y llega á mi oido la dulce armonia
De angélicos coros que van de tí en pos..
DICHOSA POR SIEMPRE CIUDAD DE ALMERIA,
Que vá á visitarte la Madre de Dios!»

«Dichosa, pues siempre tendrá protectora
En tí, Virgen Santa, la casta niñez;
Y dulce consuelo tu faz bienhechora
Hará que disfrute la triste viudez.»

«Y el pobre mendigo que gime afanoso,
Alzando á los cielos su justo clamor,
Si á tí, suplicante, te invoca lloroso
Tú harás que se calme su acerbo dolor.»

«Si al náufrago triste con furia traidora
Las olas le envuelven en rudo tropel,
Y allí reluchando tus gracias implora,
Tú harás que allí cese su angustia cruel.»

«Tú, Madre piadosa, serás la ambrosia
Que vierta en el justo la dulce quietud:
Tú, aquel que batalla con lenta agonia,
Si tierno te ruega, darás la salud.»

«Y al mísero esclavo que en torpes pasiones
Con férreas cadenas ligó el corazon,
Tu harás que se rompan sus negras prisiones,
Si humilde y contrito demanda perdon.

«Del triste que llora, serás la alegia,
Del débil que cae, serás el sosten;
Y en noche de duelo, serás claro dia
Que inundes el mundo de dicha y de bien.»

«Dichoso, Señora, quien siga tu huella,
Pues rumbo seguro le habrás de marcar:

Tu rostro divino fulgores destella.....
Dichoso quien busque *la Estrella del Mar*.»

Así habló el Torrero, su pecho embriagado
De gozo inefable que el alma inflamó;
Y en llanto deshecho, de hinojos postrado,
Tributo de gracias al Cielo rindió.

III

Triunfo de Maria

I

Alegre está la Ciudad:
todo júbilo revela,
y sus habitantes todos
viva animacion presentan.

Todo es placer en los ojos;
todo contento en las lenguas,
y movimiento en las manos
que saludan y se estrechan.

Las mujeres y los hombres
en confusion placentera

hácia las calles se lanzan
olvidando sus faenas.

Los bulliciosos muchachos,
pesadilla de las viejas,
entregados á la holganza,
abandonan las escuelas.

Y aquí corren, allí gritan,
acá una anciana atropellan;
allá se injurian de chanza,
y de veras se aporrean.

Y los hombres los separan
para evitar una gresca,
sin ver que otra vez se juntan
para volver á emprenderla.

Alegre está la Ciudad;
y segun lo que se observa
en la animacion que cunde,
algun suceso se espera.

Las gentes entusiasmadas
se apresuran y se estrechan,
y en sus risueños semblantes
la satisfaccion demuestran.

Y van cruzando las calles
hasta buscar las afueras
de la poblacion que goza
como en las mejores fiestas.

Y allí es de ver la algazara
con que se empujan y aprietan
para conquistar un puesto
los que están y los que llegan.

El que tuvo la fortuna
de lograr una eminencia,
desde su punto elevado
con todos se enseñorea.

Y se cruzan las preguntas;
y él á ninguna contesta;
y así vá pasando el tiempo
aburriendo á los que esperan.—

Hay entre estos algunos
que con la mirada atenta,
los ojos jamás apartan
de la despoblada vega.

Y á juzgar por sus semblantes
y por su apostura inquieta,

más bien que aguardar, parece
que preparados acechan.

Pero nadie para mientes
en lo que no le interesa,
y allí todos se confunden
en la apiñada caterva.

Que cada cual sólo atiende
á ocupar la delantera,
para ser de los primeros
que lo que se espera vean.

El sol hermoso de invierno
ya en mitad de su carrera,
sobre la impaciente turba
arroja su luz espléndida.

Y en los cielos agitando
su caliente cabellera,
aliento y vigor infunde
á toda la concurrencia.

De pronto un rumor se escucha
que á cada instante se aumenta,
y hace que todos los ojos
hácia el camino se vuelvan.

Y entre el confuso murmullo
que á un enjambre se asemeja,
de las voces que se pierden
nadie el sentido penetra.

Pero entre todas hay una
robusta, sonora, hueca,
que en los oidos de todos
percibir clara se deja;

Y se comprenden las frases
de *¡Ya vienen! ¡Ya se acercan!*
Y esa voz que hace que todos
en un sentido se muevan.

Y vuelven los apretones,
y se agitan las cabezas,
y las mujeres se estiran,
y los muchachos codean.

Al cabo por la llanura,
levantando polvoreda,
se vió la trotona mula
que monta el Padre Baena.

Y como todos los rostros
se vuelven fijos á ella,

en un instante las gentes
fijas en su puesto quedan.

Y la agitacion concluye,
y los apretones cesan;
y cada cual en su puesto
con trabajo se conserva.

Y entonces todos distinguen
al Padre Prior que llega,
y con respeto se apartan
y franco paso le dejan;

Que sobre la mula trae
con gran cuidado cubierta
la IMÁGEN *aparecida*
que entre sus brazos estrecha.

Y aunque acaso algun devoto
ó algun curioso quisiera
descubrir la *Santa Virgen*,
su curiosidad refrena.

Que todos al buen Prior
le acatan y le respetan,
y á su dignidad atienden,
y á lo que en sus brazos lleva.

Por eso todos le miran,
y gustosos se contentan
con saludarle de paso
inclinando la cabeza.

Y afable el Padre Prior
á sus saludos contesta,
y paso entre ellos se abre
mostrando la faz risueña.

II

Apenas de la Ciudad
á las puertas se acercó
la comitiva que trae
la Santa Madre de Dios,
seguida de los curiosos
que incita la devocion,
y á quienes allí reune
su religioso fervor;
un hombre de faz severa
que viste negro ropon,
saliendo de entre la turba
al paso se presentó:
y sujetando la mula
dó monta el Padre Prior,
con frases no muy corteses

así al religioso habló:
—¡Alto, buen padre! No hagais
vuestra mula ir tan veloz,
por que os esponeis sin duda
á dar un tropezon.
Aligeradla de carga
y dadme esa Imágen Santa
que en la playa apareció.
—Y ¿en qué derecho fundais
tan estraña peticion?
—En el que asiste á quien obra
por mandato superior.
Yo obedezco á quien me envia
obedeced tambien vos,
y al punto dadme esa Imágen
para conducirla yo.
—¿A donde?—A la Catedral;
por que es la Iglesia Mayor,
y su Clero la reclama.....
—No hay en su Clero razon:
si del pobre Andrés Jaen
la demanda no escuchó,
que sufra las consecuencias
de su escasa prevision.
—¿Y quién al fraile le ha dado
el oficio de censor?
—¿Y quién es el que así insulta

con tanta desatencion?
—El que os dice que la Imágen
venga presto, pues sinó
lo que de grado no hiciéreis,
lo hará con vos el rigor.—

Y esto diciendo, hácia el Padre
con ímpetu se lanzó;
y lucha fuerte trabóse,
y empezó la confusion.
Y como el Prior resiste,
se aumenta más el rencor
del enviado del Clero
por conseguir su intencion.
Más Fray Andrés de Padilla
que á duras penas logró
separar á los que ayudan
al del oscuro ropon,
al Padre Prior se acerca,
y con el gesto y la voz
le alienta para que esquive
aquel ataque traidor;
más viendo que sus esfuerzos
todos inútiles son,
al Cielo el Padre Baena
le demanda su favor:
y tales fuerzas le presta

su fervorosa oracion,
que aunque enfermo, nuevos brios
recobra y nuevo vigor.
Y asegurando la IMÁGEN
con un brazo al rededor,
y de la VIRGEN pidiendo
la constante proteccion,
el acicate á la mula
en los hijares hundió,
gritando firme: *¡Adelante!*
puesta su esperanza en Dios.
La mula al sentirse herida
por el agudo aguijon,
con empuje tan violento
al escape se lanzó,
que al hombre que la sujeta
con siniestra precaucion,
el despedazado freno
en las manos le dejó.

Así atravesando calles
hasta el convento se acerca,
cual si una mano invisible
su camino dirigiera.

Y al ver que al paso le estorban
las paredes de la huerta,

dando un buen salto las salva,
y en el convento se entra.

Y el Prior que de cansancio
con honda fatiga alienta,
la *Imágen Santa* á los *padres*
llenos de placer entrega.

En sus brazos la reciben:
con veneracion la besan,
y con respeto profundo
la conducen á la Iglesia.

Y en un altar colocándola,
ante ella se prosternan,
y rendidos le suplican
que los salve y los proteja.

III

Hermoso brilla el dia:
el rojo sol sus rayos reverbera
desde la azul esfera,
y la bella Almeria
ceñida con su luz la blanca frente,
su faz ostenta de placer riente.

Es del invierno la estacion sombría;
mas su rostro severo
el aterido Enero
oculta tras de velo trasparente;
y al verle tan risueño y despejado,
con razon se dijera
que su traje ha cambiado
por el de alegre y fresca Primavera.

Y así es verdad; que el ojo acostumbrado
á contemplar el árbol despojado
de su grata verdura,
sensible á la impresion del cierzo helado
que arrebató su mágica hermosura,
hoy con placer constante se recrea
á la vista del prado que se orea
por el aura suave,
que blandamente agita los sembrados,
con sus besos de amor acariciados.

Y vense en los verjeles
mecerse bulliciosas,
su aroma derramando,
con los rojos y cándidos claveles,
las purpuradas y tempranas rosas
el aire embalsamando.

Y se escuchan los trinos y gorjeos
con que cantan sus plácidos amores
los tiernos y pintados pajarillos,
en sus tonos sencillos,
agradables al par que encantadores.

Y de la mar las ondas cristalinas,
reflejando el azul del claro cielo,
hasta la arena móvil se deslizan,
y en blancas fajas de bullente espuma
se deshacen y tímidas se rizan.

Y en la salada espalda
de ese mar azulado
formando vistosísima guirnalda,
se ven los barquichuelos
luciendo sus preciosas banderolas,
mansamente arrullados
al tierno empuje de agitadas olas.

Hermoso luce el dia;
y con brillantes joyas se engálana
la dichosa Almería.
La sonorosa voz de la campana
que en la alta torre con afan voltea,
con metálica lengua el aire hiende,
y sus ecos estiende

de la Ciudad por todos los rincones;
y sus gentes se mueven presurosas,
y corren bulliciosas
henchidos de placer sus corazones
al Santo Monasterio
de los Padres Dominicos, que ostenta
cual para régia fiesta preparado,
su templo de mil galas adornado.

Y vense en él las ricas colgaduras
que forman pabellones,
coronando las santas esculturas.
Y allí brillan de cera los blandones
con hábil profnsion distribuidos:
y es tanto lo que alumbran
sus vivos esplendores repetidos,
que los ojos deslumbran
cuando van á posarse en los dorados
de los altares llenos de primores,
trasparentes de luz y de colores.

Y al pié de esos altares,
y en la estension del ancho pavimento,
los fieles se prosternan humillados
ante el Dios que sostiene el firmamento.
Y con grave actitud sus manos alzan;
y en su divino amor embriagados,
humildes le bendicen y le ensalzan.

Si: que dulce consuelo,
y gracias mil derrama desde el cielo
sobre el débil mortal que así le adora:
y tierno y amoroso como Padre
de los que arrastran mísera existencia,
les dá su hermosa y bienhechora Madre,
que los cubra piadosa y compasiva
con el manto imperial de su clemencia.

Tal es el religioso pensamiento
que inspira á aquellas gentes
que en el templo se postran reverentes:
pensamiento de santa poesía
que en sus almas infunde la alegria;
y que cual nube de rosada aurora
que el crepúsculo dora,
les envuelve en su luz vivificante,
y la mente á otra vida se levanta,
tanto más celestial, cuanto más santa.

Así en tal pensamiento enardecidos,
y con delicias tales trasformados,
se creen trasladados
á otra region más pura
llena de inestinguibles resplandores,
donde reinan la paz y la ventura.
Y sólo aguardan el feliz momento

que el corazon ansía,
en que el tupido velo se descorra,
dó se oculta la IMÁGEN DE MARIA.

Llegò el ansiado momento
con impaciencia esperado;
el instante suspirado
al cabo se realizó;
y al alzarse el blanco velo
sobre el altar suspendido,
ante el pueblo allí reunido
la Virgen apareció.

Grito unánime se exhala
de todos los circunstantes,
y sus miradas radiantes
se fijan en el altar;
y al ver el divine rostro
de la celestial Maria,
llanto sienten de alegria
de sus pupilas brotar.

Y en éxtasis delicioso
por un instante arrobados,
se sienten arrebatados
á otras esferas subir,
donde los puros espíritus

en acordes melòdías
dejan dulces armonías
á los mortales oir.

Y en esa ilusion divina
en que el alma se recrea,
con la cual un mundo crea
lleno de inmenso placer,
nuevas bellezas descubren
con nueva luz y colores,
haciendo entre sus fulgores
sus formas aparecer.

Y en el centro de ese cuadro
deslumbrante de hermosura,
tras de esa luz que fulgura
su esplendente claridad;
y en medio de aquellos séres
que creó la fantasía,
la Santa Virgen Maria
ostenta allí su beldad.

Hermosa, pura, radiante
como la flor que en el prado
de su cáliz matizado
deja el aroma correr:
como la alegre sonrisa

del niño que en blando sueño
mira un objeto halagueño
de los cielos descender.

Y en el trono donde asienta
su Magestad soberana,
de tal manera se hermana
el poder con el amor;
que es como Reina, imponente,
como Madre, cariñosa;
y atiende siempre piadosa
al que implora su favor.

Por eso al verla se postran
ante ese trono de hinojos,
y llanto vierten los ojos,
y placer brota la faz:
que el delicioso perfume
que desde él se difunde
consuelo en el alma infunde
y en el corazon la paz.

Por eso al oir los ecos
con que el órgano sonoro
acompaña en dulce coro
la religiosa cancion,
de todos aquellos labios

un himno santo se eleva,
que á todos los pechos lleva
agradable conmocion.

Y con los cantos sagrados
sus acentos confundidos,
y embriagados sus sentidos
con tan intenso placer,
oyen angélicas voces
de celestial armonía,
encomiando de Maria
el benéfico poder.

Y frenéticos la aclaman
por su especial protectora,
cual de los mundos Señora,
cual prenda de salvacion.
Y le ofrecen en tributo
cual Reina de los amores,
en vez de olorosas flores,
las flores del corazon.

IV

Ya está la Virgen en su régio trono
por la acendrada devocion labrado,
Y allí se encuentra siempre rodeado

de fieles mil que ansiosos
se acercan presurosos
á rendir á sus plantas
las ovaciones santas
de amor, de gratitud, de fe sincera;
bendiciendo el feliz dichoso dia
en que la vieron por la vez primera,
cual astro rutilante
esparciendo do quier su luz brillante.

Ya tiene el triste quien su llanto enjugue:
ya tiene el pobre quien le dé consuelo:
y el huérfano infeliz y desgraciado
tiene quien calme su angustioso duelo.
Y el que desesperado
perdió sus ilusiones,
y remedio á su mal jamás alcanza,
en la Madre de amor y de esperanza
un bálsamo hallará de tal dulzura,
que volverá á su alma la ventura

Si el Hacedor supremo,
castigando á los fieros pecadores,
niega á los campos su eficaz rocio:
Si, irritado, acrecienta sus rigores,
y ruge el ronco trueno,
y el rayo cruza la region estensa;

y tempestad sañuda
ecos deja sentir aterradores:
Si el brazo vengador de su justicia
airado se levanta
para acallar del hombre la malicia;
y la peste que asola,
y la guerra que espanta,
lanza sobre los míseros mortales;
tiene ya en Tí, si humilde te suplica,
para calmar sus males,
una Madre amorosa,
que el brazo airado detendrá clemente
del Dios, que, aunque ofendido
perdona al pecador arrepentido.

Tú, Virgen adorada,
piadosa, dulce, tierna Madre mia,
eres la flor del campo perfumada,
que embriagas con tu aroma
al dichoso mortal que en tí confia.
Tú eres la luz que por oriente asoma;
y que en Torre-Garcia
tanto irradiaste con tu lumbre pura,
que el resplandor llegó de tu hermosura
á los felices hijos de Almeria.

Desde entonces el pobre peregrino
que cruza de la vida

el áspero desierto;
y el que en barquilla débil, afanoso
el suspirado puerto
busca anhelante para hallar reposo,
en Tí se fijan cual brillante faro;
por que esa luz que límpida destella
les señala á los dos seguro amparo.
Y esa luz es tan bella,
que el que sigue su huella,
no puede naufragar cuando le guia
tu augusto nombre, celestial MARIA,
que eres DEL MAR ESPLENDOROSA ESTRELLA.

Conclusion

Pasaron algunos dias,
no muchos, en que gozó
el Monasterio sagrado
la dulce satisfaccion
de tener en su recinto,
á costa de su valor,
la Imagen, tan codiciada
que en la playa apareció.
Ya el Padre Fray Juan Baena
del Monasterio Prior,

repuesto de las fatigas
que el viaje le causó,
olvidado casi habia
el desusado rigor
que para tomar *la Imagen*
en el camino sufrió;
y ya tranquilo el Convento,
y depuesto su temor,
de la VIRGEN disfrutaba
la segura posesion;
cuando una fatal mañana
á las puertas se agolpó
del Padre Prior en busca,
una ilustre Comision.
Compónese del Dean
y del Teniente mayor
de la Ciudad, á quien siguen
otras personas de pró.
Y apenas introducidos
en la celda del Prior,
le requieren en justicia
entregue sin dilacion
la *Imagen aparecida*
que en su templo colocó;
pues derecho para ello
tiene la Iglesia Mayor.
Al oir Fray Juan Baena

esta notificacion.
toda su sangre agolpada
en el corazon sintió.
Mas reponiéndose al punto
de su justa turbacion,
y componiendo el semblante,
que un momento se alteró,
serenidad afectando
en el rostro y en la voz,
así al Dean y al Teniente
el buen religioso habló.

—Perdonad, si la estrañeza
que siento en esta ocasion,
pudo alterar mi semblante
enronqueciendo mi voz;
mas por mucho que me esfuerze,
no hay en mi pecho valor
para que escuche sereno
vuestra notificacion.
¡Queréis llevaros *la Imagen!...*
Podeis pedírsela á Dios,
que para darla morada
este Convento eligió.
—Ved, Padre, que os exaltais.
—Y me sobra la razon:
que para lo que exigís

derecho no encuentro en vos.
—Lo véremos.
—Lo véremos:
dijo el Padre con calor.
Someteré al Arzobispo
nuestra entablada cuestion,
y aquello que resolviere,
eso mismo acato yo.
¿Os conformais?
—Me conformo
dijeron ambos á dos.
Y saliendo de la celda
por un ancho corredor,
la Comision del Cabildo
el convento abandonó.

—

Era del siguiente dia
la mañana, y aún el sol
no habia lanzado sus rayos
llenos de vivo fulgor,
iluminando los montes
en su carrera veloz,
por encontrarse velado
por oscuro nubarron,
cuando el Prior en su mula,
menospreciando el horror

de la tempestad que anuncia,
al camino se lanzó.
Hácia Ujijar se dirije
por el sendero mejor,
donde el Señor Arzobispo
de Granada, á la sazon
se hallaba en santa visita,
cual vigilante Pastor.
Allí llegado, le expone
con respeto y sumision
el objeto que le lleva,
rogándole por favor,
dé en negocio tan urgente
la pronta resolucion.

El Prelado Talavera
con calma á Fray Juan oyó,
enterándose de todos
los puntos de la cuestion.
Y ya impuesto plenamente
de todo lo que pasó
por la relacion verídica
que le hizo el buen Prior:
despues de quedar un rato
en grave meditacion,
de esta manera su fallo
en carta escrita dictó:

«Siga el Santo Monasterio
en tranquila posesion
de la IMÁGEN DE MARIA,
puesto que allí se llevó:
Y en adelante no inquieten
al Reverendo Prior
con exigencias que puedan
promover nueva cuestion.»

—

No bien el Prior gozoso
esta carta recibió,
y gracias dió al Arzobispo
con todo su corazon,
el regreso á la ciudad
apresurado emprendió;
deseando que se cumpla
la anciada resolucion.
Llega, y al punto la muestra
al Dean, que la tomó;
y al leer su contenido,
en señal de sumision
segun era de costumbre,
en el sello la besó,
y de prestarle obediencia
puso certificacion.

—

En el pecho de Fray Juan
cuando al Convento volvió,
daba saltos de alegria
su entusiasta corazon.
Y al ver que la SANTA VIRGEN,
á quien rogó con fervor,
quiso quedar en su Templo
como escogida mansion;
ante su Trono se postra
y entre lágrimas de amor,
alzando al Cielo sus ojos
exclamó con efusion:
¡Gracias, gracias, Madre mia!
¡Era voluntad de Dios!»

Epílogo

Siguió la *Sagrada Imágen*
obsesuiada con gran pompa
en el templo donde quiso
se la honrase á todas horas.

Y siguieron sus devotos
recibiendo en sus congojas

los consuelos que prodiga
la Madre de Dios piadosa.

Y como el celo almeriense
en su culto se redobla,
la Santa Virgen MARIA
benigna acoje sus obras.

Por eso Andrés de Jaen
cuando alguna vez asoma
de la Ciudad por las puertas,
y entrar en la Iglesia logra,

Su mirada al punto fija
con entusiasmo se posa
en el altar de la *Virgen*,
y llanto sus ojos brotan.

Y dirigiéndole tierno
palabras afectuosas,
cual hijo que de su madre
en el contento se goza.

Así exclama el buen Torrero,
de placer el alma absorta:
«Cuando os miro, Madre mia,
bajo esas sagradas bóvedas,

Y oigo los dulces acentos
que salen de tantas bocas,
y los cánticos divinos,
y las músicas sonoras,

Que tornan este recinto
en remedo de la gloria,
un júbilo inexplicable
en mi corazon rebosa.

Y una y mil veces bendigo
la dichosísima hora
en que ví tu *Santa Imágen*
flotando sobre las olas.

Gracias, Purísima Virgen,
por que tu luz misteriosa
fué para el pobre Torrero
estrella consoladora,

A cuyos bellos reflejos
hoy se agrupan afanosas
todas las almas sencillas
que tu proteccion invocan.

Sé, Tú, para ellos escudo;
sé de la Ciudad custodia,
y acoge en tu casto seno
al que hoy rendido te implora.»

Así concluyó el Torrero
su humilde deprecacion,
confiando de MARIA
en el benéfico amor.

Y es fama que los favores
que á la Virgen demandó,
todos otorgados fueron
atendiendo á su fervor:

Que la MADRE bondadosa
sobre la ciudad vertió
todas las gracias que caben
en su régia proteccion.

Almeria agradecida
á tales muestras de amor,
por su principal Patrona
Alegre la proclamó.

Y el Pontífice romano
oyendo esta peticion,
de la Ciudad los deseos
benignamente acogió. (1)

(1) Su Santidad Pio VII declaró á *Maria Santisima del Mar* Patrona principalísima de Almeria, Huercal y Viator, por su Breve expedido en Roma en 20 de Mayo de 1806.

Y fué tal el contento de Almeria
esta grata noticia al escuchar,
que entusiasta gritó: ¡VIVA MARIA!
¡VIVA LA ESTRELLA FÚLGIDA DEL MAR!

Plegaria

Divina Madre de los amores,
Dulzura nuestra, vida y salud,
Haz que en mi alma broten las flores
Siempre fragantes de tu virtud.
Eres flor de los campos
por tu belleza
y lirio de los valles
en la pureza.
Haz, Madre amada,
qus en tu candor mi alma
quede embriagada.

—

Divina Reina do los amores:
Tú que nos prestas vida y salud,
Haz que en mi alma broten las flores
Siempre fragantes de tu virtud.

—

De castidad te llaman
blanca azucena,
concebida sin mancha,
de gracia llena.
Haz, Madre mia,
que casta cual tu alma
sea la mia.

—

Hermosa Reina de los amores,
Dulzura nuestra, vida y salud;
Haz que en mi alma brillen las flores
Tan olorosas de tu virtud.

—

Por tu humildad heróica
tan acendrada,
tu alma á la violeta
es comparada.
Haz, mi Señora,
que el orgullo aborrezca
desde esta hora.

—

Hermosa Madre de los amores;
Tú que dulzura dás y salud,
Haz que mi alma guste las flores
Del paraiso de tu virtud.

—

De Jericó, Tú, eres
fragante rosa
por el amor divino
que en Tí rebosa.
¡DEL MAR ESTRELLA!
Haz, Tú, que siempre siga
tu hermosa huella.

—

Lirio purísimo, casta azucena,
Fragante rosa de Jericó;
Violeta humilde, de gracia llena,
Haz que en tu gracia me inunde yo.

—

Piadosa Madre de los amores,
Tú, que ventura dás y salud,
Haz que en mi alma broten las flores
Del Paraiso de tu virtud.

—

Y si te placen ¡oh Virgen Santa!
Los rudos ecos de mi cancion,
Para el poeta que aquí te canta
Pide á tu Hijo la salvacion.

José M.ª de Espadas y Cárdenas.

LA ASUNCION
DE
MARIA SANTÍSIMA

Dormitio

Allí está la Purísima Maria,
en el lecho de muerte recostada,
como mortal sufriendo la agonia
sólo á los pecadores reservada.
¿Por qué siendo tan pura, Virgen mia,
y tan llena de gracia inmaculada
te espones á morir como el profano
entregando tu aliento soberano?

—

Del gran Jerusalen el pueblo ansioso
corre y se agita de dolor transido
y se arrodilla con afan lloroso,
incierto, desolado y afligido.
Un eco igual, unánime, angustioso,
melancólico, amargo, dolorido,
lanza al mirar que permanece inerte
el cuerpo de la Virgen con la muerte.

Blanca como los mármoles brillantes....
inmóvil cual la estátua de un palacio,
sus pupilas de gloria deslumbrantes
ya no reflejan en el ancho espacio.
Ni se dirigen célicas y amantes
á las nubes de rosa y de topacio,
donde siempre Jesus se aparecia
y llamaba á la Virgen—¡Madre mia!

—

Muda está aquella boca sonrosada:
el agitado seno está dormido
y la brisa tranquila y sosegada
en aquel corazon no halla un latido.
La hermosa cabellera destrenzada
de la Madre de Dios, suelta ha caido,
formando un marco en la tranquila frente
que ilumina una gloria refulgente.

—

¡Cuán bella está la angélica Maria!
lleva en sus manos la virgínea palma,
que las doncellas ciñen en el dia
que descansan en paz en dulce calma.
A el angel del Señor se la debia
que al anunciarle la Asuncion del alma,
se la dió cual ofrenda de ternura
como Virgen hermosa, casta y pura.

¡Qué hermosa está la Virgen amorosa!
Blanca paloma sobre el nido blando,
con la calma del justo allí reposa
y el pueblo se arrodilla sollozando.
Aquella multitud tierna y llorosa
enciende luces, su dolor mezclando,
con el que los Apóstoles mostraban
que sumidos en llanto se postraban.

—

El blanco lecho cual altar glorioso
circunda en resplandor de gloria santa
y un suavísimo ambiente delicioso
del suelo como nube se levanta.
No es un lecho de muerte tenebroso,
es la mansion que al que la mira encanta
viendo en ella la Virgen bella y pura
que se aviene á morir como criatura.

—

Ante el cadáver se atropella un mundo
de séres desvalidos sin ventura,
y un grito lanzan de dolor profundo
y raya en desaliento su amargura.
Hasta el ateo, que en su pecho inmundo
encierra la maldad y la impostura
inclina con respeto la cabeza
y en este instante se prosterna y reza.

Y ván allí los niños inocentes,
y los humildes ciegos, que del dia
nunca vieron las luces esplendentes,
ni del hermoso campo la alegria.
Y ván los paralíticos dolientes
conducidos por otros á porfia,
á ver aquella Virgen tan hermosa
y aquella concurrencia dolorosa.

—

Y con sorpresa la salud cobrando
el que era ciego mira en el instante,
el lecho dó la Virgen reposando
muestra gloria en su célico semblante.
Y el impedido de placer temblando
ágil como gacela que vá errante,
la cadena del mal rompe gozoso
y con lágrimas muestra su alborozo.

—

Y vá allí una mujer jóven y bella,
que lleva el rostro de dolor transido,
y tan pálida y triste cual la estrella
que una morada nube ha oscurecido.
Sollozando murmura una querella
y la Virgen sin duda ya la ha oido,
pues se torna aquel pálido semblante
en linda rosa de color brillante.

Esta pobre mujer desde su infancia
llevò en su corazon penas mortales;
la maldad la arrojó con la ignorancia
á unos tristes y oscuros eriales;
mas ella con la fé, que dá constancia,
buscando los consuelos celestiales,
al fin ante la Virgen prosternada
oyó una voz que dijo—«¡perdonada!»

—

Y desde entonces con virtud piadosa,
cual otra Magdalena arrepentida
era la Madre tierna y cariñosa
para la dulce infancia desvalida.
Y buena, y apacible, y religiosa,
en sagrada oracion pasó su vida
enseñando verdad á otras mujeres
que marchaban en pos de los placeres.

. . . . . .

¿Estos milagros, pues, como se obraban,
si Maria muriendo cual criatura,
con sus humanos restos sepultaban
su valor, su poder y su hermosura...?
Así los ignorantes preguntaban
viendo sólo en la muerte noche oscura;
mas aquellos que fe y amor tenian
con la eterna morada respondian.

¡Madre! ¡Madre de amor! abre los ojos,
dijo una triste huérfana angustiada,
que de tanto llorar, círculos rojos
formaba su pupila desolada:
¡Mira, Madre de amor, que sólo abrojos
voy á encontrar si quedo abandonada!
¡Madre! ¡Madre de amor, vé mi agonia!
no dejes á esta niña, ¡Madre mia!

—

Aquella noche cuando diò la una
el blanco lecho de la niña amante
hirió un rayo apagado de la luna
que mostraba su disco rutilante.
Y sin alteracion ni pena alguna
de aquella tierna niña en el semblante,
espiró trasladándose hasta el cielo
envuelta de las nubes con el velo.

—

Un infeliz y desvalido anciano
que en el campo pasó la vida errante,
siempre tendiendo con dolor la mano
para implorar al rico caminante,
y luego esta lismona, como hermano
á otros pobres cual él daba al instante,
quiso llevarse nuestra Virgen pura
á aquel Palacio de celeste altura.

Y tambien en la noche tenebrosa
cuando á Jerusalen miró dormida,
le concedió una muerte tan gloriosa
que fué sólo un descanso de la vida.
El anciano entre nube vaporosa
subió tambien á la mansion querida,
para cantar en mística bonanza
por la Madre de Dios, que es la esperanza.

—

No quedaron milagros que no hiciese
la Madre de Jesus en esta hora,
la que quiso morir como si fuese
una triste y humilde pecadora.
Como si ella en el cielo no tuviese
quien la aclamase Reina encantadora,
y una corte hechicera de querubes
que á recibirla bajan entre nubes.

—

Todo Jerusalen en triste duelo
marcha junto al cadáver sacrosanto,
y es tal su sentimiento y desconsuelo
que son gemidos su sagrado canto.
No así en el puro y esplendente cielo
donde le aguardan con gozoso encanto,
y donde está Jesus que ansioso espera
ver subir á la Madre que venera.

Getsemaní

II

Ya han trasladado á la Virgen
los Apóstoles llorando,
al lugar Getsemaní
desde el piadoso Cenáculo.
Han habierto allí un sepulcro,
en aquel sitio sagrado,
y séres en multitud
están allí arrodillados.
Todas las frentes en polvo
se humillan, y es aquel cuadro
digno del pincel de Apeles
ó el cincel de Alonso Cano.
Hombres, mujeres y niños,
y temblorosos ancianos,
todos llaman á Maria
con doloroso entusiasmo.
—«¡María...! ¡Madre de amor...!
¡Luz de la tierra y amparo...!
¡Estrella que brilla sola
más que los ardientes astros!
¡Flor que encierra más perfumes
que los jardines y campos!

¡Luz inmensa de las almas
que viven por tí gozando!
¡Madre de los pobres niños
que imploran tu dulce amparo!
¡Escudo de las doncellas
que protejes con tu manto...!
¡No te vayas, Madre mia,
de este mundo desolado!
¡No nos dejes, que sin tí
vamos á vivir penando!
Que tú nuestra dicha eres;
nuestro ardiente y puro faro,
y la bella protectora
de todos los desdichados.
Por tí, Dios perdona al hombre;
por tí olvida su pecado,
por tí concede primicias
á los más grandes malvados.
Porque tu dulce palabra
y tu ardiente y puro llanto
redime penosas culpas
y convierte á los culpados.
¡Maria...! por Dios no escondas
en el lecho funerario
esa tu divina frente,
esos tus ojos rasgados.
Mira que son tus pupilas

dos hermosísimos astros,
sin los cuales quedarémos
en la noche sepultados.
¡Maria...! tú que conmueves
los hombres más temerarios:
tú que del ateo horrible
sabes hacer un cristiano.
Tú, que tienes un poder
de tan superior encanto,
que al mirarte todos caen
de rodillas prosternados.
No consientas ¡oh Maria!
quedar bajo el duro mármol,
ni que tus restos preciosos
vayan en polvo volando.
Mira, Maria, estos niños
en tu sepulcro, angustiados
llamándote ¡Madre...! ¡Madre...!
con sus inocentes labios.
Mira estas pobres mujeres
cual se arrodillan rezando
y diciendo ¡Madre mia...!
vuelve.... vuelve á nuestro lado!
Y mira aquí los Apóstoles
llenos de amargo quebranto,
sin el precioso sostén
que iba sus pasos guiando.

Tú que con ellos, Maria,
hiciste tales milagros,
que llegaste á convertir
los séres descaminados.
¡Vuelve! que el mundo te espera
¡Vuelve de ese sueño blando!
Levanta, ¡bella Maria!
¡Madre del Crucificado...!

. . . . . .

¡No hay remedio.... muerta está!
Si viva estuviera.... ¿acáso
pudiera ser muda, inerte,
mientras nosotros lloramos?
¡Muerta está la Virgen pura!
¿Y será fuerza alejarnos
y dejarla en el sepulcro
oscuro, triste y helado?
....¡Esa losa funeraria
que están hora colocando
pesa en nuestros corazones
mas bien cual plomo que mármol.

. . . . . .

¡Maria! ¿ya no nos oyes...?
¿No te apiada nuestro llanto?
Mira que con tu silencio
vas nuestro sér destrozando.
¡Maria...! por Dios despierta,

que sin tí sólos quedamos,
como la gacela errante,
como oveja sin rebaño.

. . . . . .

¡Todo.... todo ha concluido!
¡Adios restos adorados!
¡Maria.... Madre de Dios!
Ya tu sepulcro dejamos...!
Volverémos, no lo dudes:
habrá siempre aquí velando
un pueblo entero que adora
tus restos inanimados.

. . . . . .

La sorpresa

III

¡San Tomé, ven al sepulcro...
y verás allí á Maria,
tan hermosa, que parece
mas bien que muerta, dormida.

Tres dias sólo han pasado
desde que fué sepultada
la Virgen, en el lugar
que Getsemaní llamaban.

La Virgen pura y gloriosa;
la estrella de luz más clara;
la que por la tierra anduvo
enseñando la Ley Sacra.
La rosa de Jericó;
la bella luz de Bengala;
el astro que con fulgores
en Jerusalen brillaba.
La divina por esencia;
la esposa purificada,
la Madre del Rey del mundo;
la llena de amor y gracia.
La más buena y más hermosa
y más sensible y más Santa;
la que la humilde pobreza
con dulce ternura amaba.
La que estuvo perseguida
de peligros y asechanzas
y hambres pasó y duros frios
y amargo dolor sin tasa.
La que en su grande pureza
se vió triste y calumniada;
la que anduvo por las selvas
huyendo pobre y descalza.
La que apuró más angustias
que juntas todas las almas
en cuantas generaciones

encierra la vida humana.
De los martirios la Reina;
de pesares coronada;
con el corazon transido
por las luchas más amargas.
La que para dar á luz
el hijo de sus entrañas
se halló sin socorro alguno,
ni ropa, ni luz, ni cama.
La que vió su tierno hijo
lanzando abundantes lágrimas
sin tener con qué envolver
el niño que tiritaba.
¡Un manso buey y una mula
tan sólo calor le daban!....
¡Qué pobreza al Rey del mundo!
¡Qué Madre tan angustiada!

. . . . . .

¡Con qué amargura infinita
San José la contemplaba!...
¿Quién en la triste existencia
sufrió penas más amargas?
¿Quién cómo María vió
con el alma traspasada
el hijo lleno de heridas,
que en una cruz enclavaban?
¿Quién vió destilar la sangre

que del costado brotaba,
mirándole triste, ansiosa,
y humilde y arrodillada?
¿Quién miró el duro martillo
en las manos despiadadas,
dando golpes horrosos
al hijo que idolatraba?
¿Y quién vió luego el vinagre
y la hiel emponzoñada
en los labios de Jesus
como si le diesen agua?
¿Quién corrió todo el calvario
detrás de la hueste bárbara,
para llegar hasta el Gólgota
en horrible caravana?
¿Quién vió lanzar los insultos
y las más duras palabras,
á los malvados sicarios
que á nuestro Dios escoltaban?
¿Quién vió estampar en su rostro
aquella sangrienta palma,
y acompañar este lecho
con las frases más insanas?
¿Quién sufrió tanto en el mundo?
—La mujer más pura y casta.
La que el Todopoderoso
nombró Reina inmaculada.

La que despues de sufrir
estos tormentos sin tasa,
quedó viviendo en la tierra
por amparar las desgracias.
Y vió subir á su hijo
á las regiones más altas,
quedándose para ser
del hombre la intermediaria.
Veintitrés años pasó
corriendo ciudades varias
y tornando á la verdad
á las más gentiles razas.
Y cuando aquellos ateos
conocieron su ignorancia,
la muerte de su Jesus
lloraron con tiernas lágrimas.
Y adoraron á la Madre,
y entre sentidas plegarias
—¡perdónanos...! le decian,
y á sus pies se arrodillaban.

. . . . . .

. . . . . .

Hora en su sepulcro están,
que há tres dias que les falta
aquel consuelo divino,
aquella Madre adorada.
No pueden vivir sin verla,

y aun á riesgo de enojarla,
de su sepulcro cerrado
la dura piedra levantan.
Y... ¡oh prodigio...! ¡ya no está!
Sòlo las túnicas blancas
encuentran, la Virgen pura
ha abandonado su estancia.
Y un perfume delicioso
tan sólo la tumba exhala,
y espíritus invisibles
que salmos de gloria cantan.

. . . . . .

¡No está...! ¡no está! van diciendo
por la ciudad asombrada.
¡No está...! los ecos repiten.
¡No está...! pronuncian las auras.

. . . . . .

. . . . . .

La nombrada Palestina
se cubre de nubes pardas
y un silencio sepulcral
todos sus hijos guardaban.
Gime el Jordan y se enturbian
sus puras y hermosas aguas,
y por las llanuras corren
vertientes en abundancia.
Y dispersas y en tropel

se pierden cual negra ráfaga,
de los míseros deicidas
todas las impuras razas.
Las cumbres del Sinaí
se envuelven en niebla opaca,
y que suspiran parece
los valles y las montañas.
Y de Sion en la cumbre
el enmudecido Alcázar,
parece un mudo testigo
que acusa la especie humana.

. . . . . .

Ya no está alegre el pastor
al dintel de su cabaña,
cantando como otras veces
al ver la aurora rosada.
Sube triste por las rocas
mientras las ovejas balan
y apenas tiene cuidado
de reunirlas y llevarlas.
Busca arroyos y se sienta
en el junco ó la retama
y allí en triste soledad
suspira y llora con ansia.
Y vá todo el dia incierto
y cuando vuelve á su estancia
no coge las florecillas

ni liba su esencia grata.
Llega pensativo y triste
y al preguntarle la causa,
responde dando gemidos
¿Dó está mi Madre adorada?
La he buscado todo el dia,
la he llamado con el alma
y ¡no está...! el eco responde
que en Getsemaní se alza.

. . . . . .

¡Madre...! ¡Madre...! yo me muero
si no te encuentro mañana.
¡Yo correré por los campos
apenas la aurora nazca!

. . . . . .

¡Pobre Pastor! á otro dia
lo vieron cual sombra vaga,
lleno de aflicciones el rostro,
correr toda la comarca.
Ya no parecia un hombre,
iba cual perdido autómata
á quien presta movimiento
el resorte que le manda.
Y... llegó la noche fria
y no halló lo que buscaba,
y perdió la dulce luz
que dá al hombre la esperanza.

Desde entonces habitó
aquella pobre cabaña,
hecho un piadoso ermitaño
en su region solitaria.
Y otros pastores cual él
buscan, corren y se afanan,
y en pos de la hermosa Virgen
por los caminos se lanzan.
. . . . . .
Todos buscan á Maria,
y todos repiten ¡nada...!
¡No está...! ¡No está en su sepulcro
nuestra Madre idolatrada!
y los montes y los valles,
y los arroyos, cascadas,
y las fuentes y los rios,
y las flores y las plantas.
Todos repiten, ¡no está...!
y se estiende en las montañas
un eco que allí repite
esta voz triste y amarga.

LA ASUNCION GLORIOSA

IV

Concediósela todo poder en los cielos y en la tierra.
San Anselmo.

En tu intercesion colocamos la esperanza de nuestro premio.
San Agustin.

¿Qué mujer es esta? ¿Qué pura criatura igualará jamás la gloria y la santidad de esta mujer que subió del desierto colmada de dulcísimas delicias y apoyada en su mismo amado Hijo?
San Bernardo.

Sobre las bellas nubes de oro y grana
que cuando nace el dia
nos anuncian la célica mañana
de encantos y poesía,
vá una mujer hermosa como el cielo
en un glorioso y refulgente vuelo.

—

Su hermosa cabellera en hebras de oro
vuelan por el espacio
y su traje de sol, que es un tesoro

color rubí y topacio,
se une á un rizado velo trasparente
que acarician las auras blandamente.

—

La corona que ciñe aquella hermosa
tan celestial y pura,
no es de jazmin, ni delicada rosa;
supera en hermosura,
que es tegida de estrellas y luceros
haciendo deslumbrantes reverberos.

—

Las nubes forman concha nacarada
y son sus mil colores
de tanta y tanta forma variada,
que no hay joyas ni flores
ni perlas, ni diamantes, ni corales
que igualen estas nubes celestiales.

—

Que calle Zurbarán, calle Murillo,
y Rubens y el Ticiano
y todos los artistas de mas brillo
y el gran Alonso Cano;
pues no hay cuadro, ni lienzo, ni escultura
que puedan imitar la esfera pura.

—

¿Quién semeja del cielo la alegria?
¿Quién el azul hermoso?

¿Quién los astros que lucen á porfia
con brillo prodigioso,
sin existir un dia ni una hora
que no cambien su faz encantadora?

—

Al hacer Dios el alto firmamento
¿cómo hacerlo pudiera
que otro ser con su audacia ó su talento
imitarle supiera,
para que aquesta tierra transitoria
pudiese convertir en otra gloria?

—

¡Imposible! ¡imposible...! la grandeza,
el poder y el encanto
y la verdad, la dicha y la riqueza,
y tanto goce y tanto
como encierran las arcas eternales
no son para los goces terrenales.

—

Por eso sube allí la fiel María,
y aquellas nubes bellas
son formadas con luz del claro dia
y límpidas estrellas,
y la luna á los piés de la Señora
tambien luce su luz encantadora.

—

Y no es ya un sólo sol el que allí ofrece
su resplandor brillante,

que por todos los lados aparece
otro sol deslumbrante,
pues quiso Dios en la Asuncion gloriosa
inventar una esfera más hermosa.

—

Y hubo á mas de las luces que miramos,
caprichosas y varias,
las que desde la tierra no alcanzamos,
y á más las luminarias
que en las puertas del cielo se ordenaban
para alumbrar la Reina que esperaban.

—

¡Si los Reyes de míseros mortales,
viven entre oro y plata,
joyas de gran valor y arcos triunfales
y mantos de escarlata,
de rico torciopelo y pedrería
y blondas y damascos de valía!...

—

¿Qué tendrán preparado para aquella
que espera en el cielo?
¿Dónde existe una Reina como ella,
que sube con el velo
de mártir, y de Vírgen y de esposa
y de Madre divina y cariñosa?

—

¿Cómo pintar el trono refulgente
que tiene preparado,

á la diestra del Dios Omnipotente,
de arcángeles velado
y de una córte celestial que encierra
goces que no sabemos en la tierra?

—

Los grupos de los ángeles, querubes,
y virgenes y santos,
tienen tronos blanquísimos de nubes,
y túnicas y mantos,
de telas que la vista del profano
tuviera por encanto sobrehumano.

—

Guirnaldas, ramilletes hay de flores;
pero de tal valía,
que no dejan perfumes ni colores,
ni brillo y lozanía,
que allí todo conserva su frescura,
y nada pierde hechizo, ni hermosura.

—

El Arpa de David, acompañando
las cítaras de oro
y millones de voces entonando
un cántico sonoro,
ofrecen una célica armonía
que anuncia la llegada de María.

—

Sale Jesus á recibir ansioso
la Madre de su alma;

pues no tuvo sosiego, ni reposo,
felicidad, ni calma, (1)
hasta verla llegar pura y hermosa
donde será la Reina más gloriosa.

¡Ya está allí!... su hermoso trono
cercado de resplandores
dispensa al mundo favores
por su hermosa intercesion.
Que ella aplaca los decretos
de la justicia divina
y á Dios hácia el hombre inclina
con dulcísima oracion.

—

Y allá en opuestas regiones
donde parece olvidada
aquella raza ignorada
en un lejano confin.
Llega la voz cariñosa
de esta Madre bendecida
que á ningun mortal olvida
para el eternal festin.

(1) Esta hipérbole entiéndase como si quisiera significar el poeta las vivas ansias de Jesus para recibir á su Madre Santísima.—N. de la A.

Que allí quiere hallar reunidos
los míseros pecadores
y colmarlos de favores
en cambio á su ingratitud.
Y enmendar á los culpables,
y á los que su vida abona
darles luciente corona
como premio á su virtud.

—

¡Oh! ¿quién no adora esta Reina
tan dulcísima y clemente,
que lleva sobre su frente
de cielo y tierra el poder?
¿Quién sigue de aqueste mundo
lisonjas ni pompas vanas,
si en las escenas cristianas
está la dicha y placer?

—

¿Si en las grandes EXCELENCIAS
de la sublime María
hay más belleza y poesía
que cuanto el bardo escribió?
Adorar esta señora,
conocer su amor profundo,

la amargura que en el mundo
por nuestras culpas bebió....!

—

Debe ser el sólo anhelo
de aquel que nace cristiano
y conoce el soberano
Señor que murió en la cruz.
¡Madre de mi corazon!
¡Augusta y pura Señora,
al hablarte mi alma llora
por los rayos de tu luz...!

. . . . . .

Rogelia Leon.

EL TRIUNFO DE MARIA

PRIMERA PARTE

I

En figura Luzbel de serpiente
dejó el báratro negro y profundo,
y fijó su mirada, iracundo,
en los rostros de Eva y de Adan.
Ellos son, murmuró rencoroso,
la obra magna del Sér Increado:
que en sus almas germine el pecado,
y los hombres mi herencia serán.

Guerra pues, y que triunfe el que pueda,
nunca el miedo me torne sumiso
adelante, vencer es preciso:
y rastrero la tierra cruzó.
Cabe el hombre llegó diligente,
que en la gracia de Dios existia,
y en un árbol que albergue ofrecia,
cauteloso, Luzbel se ocultò.

Esperando momento propicio
largo espacio se estuvo en acecho;

fermentaba el veneno en su pecho,
rebosaba en sus labios la hiel.
Allí mira con rabia creciente
que en èl hombre su astucia se embota;
roja luz de sus órbitas brota
al notar su impotencia con él.

Tembloroso de rabia y coraje
rugió fiero con voz cavernosa:
pero Eva llegó candorosa
y la sombra del árbol buscó:
en los ojos brilló del maldito
insensata y siniestra alegria;
«el averno, gritó, me la envia,
y veloz por el tronco bajó.»

La primera mujer descansaba
apoyando en su mano la frente,
cuando oyó murmurar dulcemente
en su oido cual grato cantar,
las palabras de torpe mentira
que iba el angel rebelde vertiendo,
cuyo acento la fué seduciendo
y engañada, la hizo pecar.

Cayó Eva en el lazo que astuto
Satanás le tendió con malicia;

mujer frágil prestóse propicia,
y á sus ruegos el hombre pecó;
mas abiertos sus ojos al crimen
su demencia fatal conocieron,
á raudales el llanto vertieron,
y triunfante Luzbel escapò.

El precito sus alas batiendo
del averno en los antros se lanza,
la cohorte infernal se avalanza
á su gefe al mirarle llegar:
«mio es el hombre, Luzbel dice altivo
con un grito terrible y profundo,
la primera mujer pierde al mundo:
desterrados del Cielo, á luchar.»

II

Y envuelto en el pecado
perdió la gracia el hombre en que vivia,
y fué por Dios llamado,
pues gravísima cuenta dar debia,
del Soberano Juez en la presencia,
Supremo Autor á quien debió la vida,
de la reciente falta cometida
y de su imperdonable inobediencia.

—Adan, Adan, gritó con voz de trueno
el potente Señor de lo creado:
al timbre de esta voz latió en el seno
el corazon de Adan acongojado.
Comparece ante mí, Jehová le dijo;
Adan, ¿por qué has faltado?
—¡Señor!—Dí la verdad, yo te lo exijo;
habla, ¿por qué pecaste?
¿por qué así mis preceptos olvidaste?
—Tened piedad de mí, tarde me aflijo:
la mujer me sedujo y yo inocente,
al escuchar su voz, fuí delincuente.

—Se perdió y te perdió; Luzbel en ella
hallò ancha puerta por dó entró el pecado,
y vertiendo del mal una centella,
sin remision al mal os ha lanzado.
Hoy la cerviz triunfante,
esa infernal serpiente,
levanta vengativa y arrogante,
y conmigo luchar osa impotente.
Espíritu del mal, tu fanatismo
desde mi trono te arrojó al abismo;
miserable reptil, turba precita,
á quien me plugo desterrar del Cielo;
vencida gemirás, hueste maldita,
que así emponzoñas con tu aliento el suelo.

Humillaos á mi voz, temblad de hinojos,
no hay poder como el mio:
ved á mi lumbre ciegos vuestros ojos;
miserable Luzbel, ¿dó está tu brio?
Soy tu Dios, tu Señor, el solo dueño
de cuanto abarca la mirada mia;
tu triunfo y tu poder no es más que un sueño
que agita tu soberbia fantasia.
Conoce tu bajeza:
si incauta la mujer por tí ha pecado,
y en ella hicíste presa, pues malvado
torpe lazo tendiste á su flaqueza,
otra mujer vendrà de tal pureza,
tesoro de virtud tan encumbrado,
que hollará con su planta tu cabeza
y el hombre por su amor será salvado.

Esto dijo el Eterno
del maligno apartando su mirada,
y la infernal legion en el averno
entró lanzando horrible carcajada.
El autor de los mundos ofrecia
una mujer tan pura,
tan sublime, perfecta, santa y pia,
que la cabeza del dragon impura
con su pié virginal quebrantaria.
Y cual rayo de sol bello y naciente

del más hermoso dia,
del Supremo Hacedor brotó en la mente
la celestial imágen de Maria.

III

Como un jarron de perfumadas flores
de un fresco valle, en el fecundo suelo,
sombreada por sauces cimbradores
y apacible vecina del Carmelo,
arrullada por tiernos ruiseñores
y surcada por límpido arroyuelo,
estaba Nazaret, lirio escondido,
cual la paloma en su amoroso nido.

Huertas la orlaban, do la vid frondosa
se entrelazaban á las esbeltas cañas,
césped, romero y malva temblorosa,
crecian en sus laderas y montañas.
Alzaba el abedul su copa hojosa,
nacian rosales, juncos, espadañas,
y al soplo de la brisa que corria
la Aldea de Nazaret, en paz dormia.

Allí un varon de santidad modelo
vivia al lado de su esposa anciana,
ambos henchidos de ferviente celo,

él llamado Joaquin y la hembra Ana.
Siervos fieles de Dios, era su anhelo,
cumplir la Ley prescripta y soberana,
obediencia prestando humildemente
con fe en el alma y corazon creyente.

Pero un dolor agudo torturaba
de ambos consortes el doliente pecho;
grave era el mal que así los aquejaba,
y en el recinto de su albergue estrecho
por su esterilidad Ana lloraba;
tambien su esposo en lágrimas deshecho
suspiraba no viendo, entristecido,
por Dios su matrimonio bendecido.

Y nada de Joaquin el ruego alcanza
que con tanto fervor al Cielo envia,
y más la ancianidad de ellos avanza,
y los abate la calumnia impia.
Perdida tienen ya toda esperanza,
nadie allí la amistad de Ana queria,
pues infecunda ser, en la Judea
padron era de infamia y mancha fea.

Y Ana la santa, la prudente y buena,
la mirada del suelo no apartaba,
y sufriendo el rigor de su honda pena

del pórtico del Templo no pasaba.
La jóven madre de ventura llena
á la anciana sin hijos rechazaba,
y Ana el desprecio recibia de hinojos
humilde orando sin alzar los ojos.

Más Jehová, que del bueno siempre atiende
el doliente clamor que exhala el alma,
su mano sabia y poderosa tiende
y al lacerado corazon dá calma;
santo amor de Joaquin el pecho enciende.
Ana mártir, merece digna palma;
un angel lleva su oracion propicia
y el Eterno la acoge con delicia.

Inefable sonrisa de dulzura
brilló en la faz del Dios Omnipotente;
solo una frase el Hacedor murmura,
y el destello creador radió en su frente.
—Id, dijo á los querubes, con premura,
y dad consuelo al alma doliente
de esos castos esposos bendecidos
para supremo bien por mi elegidos.

Y abandonando la region del Cielo
radiantes de ventura y alegria,
tendieron los querubes raudo vuelo,

inundando el espacio de ambrosia.
De Nazaret sobre el fecundo suelo
la esplendorosa tropa se cernia,
cubriendo con sus alas de oro y grana
el aposento de Joaquin y Ana.

Iracundo Luzbel una mirada
dirigiò á Nazaret la enaltecida,
y su melena crespa desgreñada
echó hácia tras con mano entorpecida.
Impotente, con rabia concentrada
sintió en su alma ponzoñosa herida,
cuando la voz de Dios vibró en su oido:
«la esposa de Joaquin ha concebido.»

Y enchida de rencor y en ira ardiendo
del averno salió la turba impia,
y sus alas negrísimas batiendo
el aire hiende con tenaz porfia.
El rebelde Luzbel, blasfemó viendo
la CONCEPCION SIN MANCHA DE MARIA,
y ásperamente á los precitos dijo:
—hé ahí la mujer que el Hacedor predijo.

Brilló aquel dia en el risueño Oriente
el alba como nunca esplendorosa;
el anciano inclinó su calva frente

y murmuró plegaria fervorosa.
Ana su rostro levantó riente,
y al mirarla su esposo tan gozosa,
¿qué hay, mujer, preguntó, que así te cuadre?
—De rodillas, Joaquin, que ya eres padre.

—Padre, ¡padre soy yo! ¡Dios poderoso,
bendita tu divina providencia!
y miraba confuso y amoroso
á la anciana que estaba en su presencia;
ambas manos cruzadas y lloroso,
admiraba la sabia omnipotencia;
y llenos de ventura sin ejemplo
á dar gracias á Dios fueron al Templo.

IV

De la nueva feliz hubo noticias
y á los justos esposos alhagaron,
y en un mar bonancible de delicias
dias de santo placer ambos pasaron.
Recibian sumisos las albricias
y sus pasadas penas olvidaron,
siendo su gozo sin igual profundo
al mostrar de su amor la prenda al mundo.

¡Oh! ¡dia de bendicion y santa gloria
que inundó de ventura Cielo y tierra!

¡Recuerdo celestial! ¡Divina historia,
que en el alma del justo fiel se encierra!
De Ana y Joaquin nació de la victoria
la Virgen palma que el abismo cierra,
y el orbe con torrentes de armonia
cantaba el dulce nombre de MARIA.

Predestinada, porque Dios lo quiso,
para salvar al mundo del pecado
que habido en el terreno paraiso,
de Adan la descendencia habia heredado;
dar el Eterno lo juzgó preciso
á una segunda Eva este legado,
que humilde, pura y mártir redimiera
el pecado fatal de la primera.

Y vino al mundo la elegida niña
más pura que el lucero matutino,
delicada cual flor que en la campiña
perfumes brinda al aire peregrino.
La vecindad en su redor se apiña
viendo su rostro encantador, divino,
y exclaman con la vista en ella fija:
«dichoso el padre que engendró tal hija.»

Luz tomó el Sol de su infantil cabeza,
las estrellas más brillo de sus ojos,

la luna de su frente más belleza,
de sus labios la aurora tintes rojos;
de su mirada el alba más pureza,
su aliento á la azucena daba enojos,
y arcángeles, y genios y querubes,
á adorarla bajaron entre nubes.

Y creció aquella perla misteriosa
de virtud y bondad privilegiada,
pura y sin mancha cual fragante rosa
por hábil jardinero custodiada,
de sus padres al lado, cariñosa
reflejando su amor en su mirada;
pero estaba al Eterno prometida
y cercano el instante de partida.

Y aquel embalsamado y casto lirio,
aquella suave flor, fresca y temprana,
preparar se debió para el martirio
que le habia de costar la raza humana;
la que más tarde en maternal delirio
la sangre de su Hijo, soberana,
desde la enhiesta cruz correr veria;
era la celestial, niña Maria.

Inagotable fuente de dulzura,
mar insondable donde el bien se asienta,

arroyo caudaloso de ventura,
astro de amores que el pesar ahuyenta;
piélago de paciencia y de ternura,
casta paloma que la fe acrecienta,
de gloria y santidad centro fecundo,
obra suprema del Creador del mundo.

V

Tristísimo Joaquin, pero propicio,
vió despuntar el designado dia,
y ahogando su dolor con su juicio,
de Nazaret con Ana y con Maria
dispuesto á consumar el sacrificio,
partieron juntos cuando el sol nacia,
llevando de Salem la ruta fija
donde iban á dejar su tierna hija.

Alguna vez el rostro de la anciana
estaba por el llanto humedecido;
notábalo la Virgen Soberana,
y sobre aquel semblante tan querido
su boca virginal de pura grana
daba uno y otro beso repetido;
y viendo que su padre la miraba,
solícita tambien le acariciaba.

Atravesaron la árida llanura
y esquivaron los cerros y los montes;
luego hallaron terrenos de verdura,
bellos y pintorescos horizontes;
frondosos valles de húmeda espesura
donde anidaban mirlos y cinsontes;
y admiraron la cumbre del Carmelo
envuelta en nieve levantarse al Cielo.

Crecian en las fértiles riberas
el terebinto, el plátano, el granado,
tilos de flor azul y altas palmeras
con su fruto abundante y sazonado;
viejísimas encinas y moreras,
olivos de verdor privilegiado,
el abeto y el nópalo frondoso,
y el cedro jigantesco y oloroso.

Y al pié de estos colosos que se alzaban
cual si las nubes escalar quisieran,
en el suelo feraz dó quier brotaban
flores que encanto de la vista eran.
Azucenas y lirios descollaban,
y rosas que contar no se pudieran;
el clavel rojo, el alelí violado
y el fresco tulipan blanco y rosado.

Por estos campos de feraz natura
su atmósfera aspirando bienhechora,
Joaquin y su familia en derechura
marchaban á Salem la triunfadora.
Aquella bendecida criatura
del cielo y tierra universal Señora,
sagrario de pureza sin ejemplo,
iba á morar de Dios el Santo Templo.

Buscaba amante el divinal esposo
á quien su corazon habia elegido;
mas quedaban sus padres sin reposo
á juzgar por el rostro dolorido
con que uno y otro anciano cuidadoso,
miraban aquel vástago querido,
á quien triste, cercana y larga ausencia,
los privaria de su infantil presencia.

Y con este punzante pensamiento
nada de cuanto miran les recrea,
y con paso caminan asaz lento
por el campo feraz de Galilea.
Páranse á contemplar cada momento,
el valle ó la montaña jigantea,
pues quieren con su marcha interrumpida
retardar la temible despedida.

Así con lentitud continuaron
en apacible y dulce compañia,
y las llanuras de Saron cruzaron,
y una mañana al despuntar el dia
la ciudad los viajeros divisaron:
palmas batió la angelical Maria,
célico fuego iluminó sus ojos,
y ante Salem postráronse de hinojos.

VI

De Efrain, más tarde por la puerta
la escogida familia penetraba,
y por las callles con la planta incierta
en busca de un albergue transitaba.
Posada pobre halló, dó entrada abierta
al tranquilo reposo convidaba,
y ansiando descansar de su viaje
presurosos tomaron hospedaje.

Recordóle á Joaquin la justa Ana,
que familia en Salem ella tenia,
y el anciano salió de buena gana
á visitarlos al siguiente dia.
Infinito placer sintió la anciana
cuando á todos radiante de alegria,

los miraba llegar á su regazo
para estrecharla en fraternal abrazo.

Y fueron mil y mil las bendiciones
con que á la tierna Virgen saludaron,
y tantas y tan dulces emociones
las que sus almas esperimentaron,
que enchidos sus amantes corazones
de ventura rieron y lloraron
diciendo ante Maria: «bendito sea
el lirio virginal de la Judea.»

Y dispuesta la harina y el cordero,
ofrenda en aquel tiempo de costumbre,
juntos marcharon con afan sincero,
cordial solicitud y mansedumbre,
Ana, sus deudos todos y el primero
el anciano Joaquin, que pesadumbre
le daba el separarse de Maria;
pero sumiso á Dios obedecia.

Llegó la comitiva engalanada
á la mansion del Hacedor del mundo
por gente numerosa ya esperada
con amor y respeto el más profundo.
Admiraron la niña presentada
portento de belleza sin segundo,

y matronas, levitas y doctores
dieron el parabien á sus mayores.

De Salomon el pórtico miraron
construido con tal magnificencia,
grandeza y esplendor, que deslumbraron
los ojos de la muda concurrencia.
En las gradas del *chel* sus pies posaron,
y postrándose en digna reverencia
adoraron al Ser tres veces Santo,
con faz humilde y fervoroso canto.

De allí pasar el pueblo no debia;
ningun profano en la mansion dichosa
del Rey de reyes penetrar podia:
de Nicanor la puerta esplendorosa
girar sobre sus gonces se veia
paso ofreciendo á la mirada ansiosa,
y el recinto mostrando diamantino,
donde se honraba al Hacedor divino.

Y los que afuera de rodillas estaban
del santuario Real el fondo vieron,
sus bóvedas de oro destellaban,
fúlgidos rayos que la vista hirieron;
piedras de gran valor las incrustaban,
soberbias columnatas descubrieron,

y ancianos sacerdotes allí habia
la llegada esperando de Maria.

Salvó lijera la broncínea puerta
de Nazaret la joya portentosa;
tambien sus padres con la planta incierta
y los parientes de su digna esposa.
Sacerdote y levitas con fe cierta
de Joaquin recibieron temblorosa
la víctima propicia inmaculada
que al Santo de Israel fué consagrada.

Y ante el Supremo Altar, do el holocausto
cual místico perfume ardió oloroso,
revestido con régia pompa y fausto
el Sumo sacerdote y virtuoso
anciano Zacarías, acogió el casto
corazon de Maria pudoroso,
que discreta ofreció la presentada
al servicio de Dios siendo llamada.

En platos de metales escogidos
del corderillo, víctima inmolada,
fueron los restos todos repartidos
entre los deudos de la presentada;
los cuales aceptaron conmovidos
su gratitud mostrando en su mirada,

y mientras la cabeza de Maria
nevado y virginal velo cubria.

La madre anciana levantó su frente,
y dijo con la voz entrecortada:
«Dios de mis padres, Rey Omnipotente,
á tí ofrecí la prenda idolatrada,
precioso don y celestial presente
con que mi ancianidad por tí fué honrada;
hoy te la entrego con respeto mudo;
consuela mi dolor, y sé su escudo.»

Y al compas de la dulce melodía
que en el recinto còncavo sonaba,
la Virgen con angélica alegria
á sus ancianos padres abrazaba.
Aceptada en el Templo fué Maria;
célico resplandor su frente orlaba,
y los ancianos con cariño estrecho
la retenia sobre el tierno pecho.

La paternal escena contemplando
el Sacerdote habló de esta manera
con dulce afecto y con acento blando:
«Vuestro voto cumplir forzoso era,
Jehová su prometida está esperando;
sus decretos cumplid con fe sincera:

idos en santa paz, no temais nada,
Maria queda á su Dios encomendada.»

Y haciendo una señal de despedida
Ana y Joaquin del pavimento alzaron,
y siendo indispensable su partida,
con sus deudos el Templo abandonaron.
De sus almas la prenda más querida,
en aquel lugar santo se dejaron:
á él tornó Ana la mirada incierta
cerrada hallando la dorada puerta.

VII

En el Templo la cándida Maria
superior á su edad se presentaba,
y entre el coro de vírgenes que habia
ninguna en humildad se le igualaba.
Su paciencia y amor nadie tenia,
su inmensa caridad maravillaba,
era raudal su pecho de consuelo
y su dulce mirar la paz del cielo.

Fiel consagrada de Jehová al servicio,
dulce, apacible, buena, leal, callada,
aceptaba propicia el grato oficio
á que fué al Santuario destinada.

En la fiesta del cruento sacrificio
siempre se halló de hinojos prosternada,
y en los cantos de mística armonia
su voz angelical sobresalia.

Su mano digna, que Jehová formara
para dar bienes y enjugar el llanto
del pecador que arrepentido ansiara
consuelo hallar bajo su amparo santo;
su mano de ventura fuente clara
que trueca el mal en delicioso encanto,
en humildes labores se ejercia
propias del sexo á que pertenecia.

Y la que para Templo del Dios hombre
en la gracia de Dios fué concebida,
y de Dios recibió su santo nombre,
y de Dios en la mente fué elegida,
y la que Dios para que al mundo asombre
la hizo su esposa y madre bendecida;
los linos y la seda hilaba ufana
y tejia la estoposa y blanca lana.

Y aquella pura emanacion del Cielo,
esencia del Eterno misteriosa,
de fe, amor y bondad sin par modelo,
indulgente, sublime y cariñosa,

nave de gracias, puerto de consuelo,
urna sagrada donde Dios reposa;
fué la que en sus entrañas virginales
trajo la salvacion á los mortales.

Rico fanal sellado y cristalino
que tu alma virginal á Dios rendiste,
y que aun sin comprender tu alto destino
amante esclava suya siempre fuiste;
atenta oraste ante su altar divino,
con tu virtud el Templo embelleciste,
corona siendo á tu imperial cabeza,
el áureo resplandor de tu pureza.

Pureza digna, sublimada, santa,
electa, enaltecida y esplendente,
á cuyo influjo tu virgínea planta
de Satanás hollar debia la frente.
Pureza que á los Angeles encanta,
pureza que fulgurá en tu alba frente,
pureza en que Jehová se complacia,
pureza que se halló sólo en Maria.

Y así pasaba el tiempo venturoso
aquella bendecida criatura,
amante esposa de su amante esposo,
siendo toda candor, toda dulzura.

Pero ¡ay! que ya turbaban su reposo
varios lijeros tintes de amargura,
y era que aquel fragante y casto lirio
empezaba su senda de martirio.

VIII

Una tarde de otoño silenciosa
cuando el Sol á su ocaso descendia,
oraba la doncella fervorosa
en su estancia pacífica y sombria;
sintió cerca rumor; y cuidadosa
oyó una voz que la llamó Maria,
asió la puerta, abrióla en el momento,
y un sacerdote entró en el aposento.

Seguíale Ana triste y dolorida
revelando en su rostro desventura,
y dijo con su voz dulce y sentida
penetrando en la estancia con premura:
«De tu padre Joaquin fina la vida,
tu nombre tierno sin cesar murmura,
su muerte ofrece á Dios y verte espera;
vé á recibir su bendicion postrera.»

Un ¡ay! agudo, de profunda pena
lanzó Maria del corazon doliente:

la noticia fatal de pesar llena
su alma sencilla, cándida, inocente.
Tras de la anciana que su llanto enfrena
corre la hermosa Virgen diligente,
y llega de dolor transido el pecho
de su padre espirante junto al lecho.

Ella tendióle con afan sus brazos
y asióla el moribundo con anhelo;
de Maria el corazon se hizo pedazos,
el de Joaquin gozó dulce consuelo:
al estrecharla amante en sus abrazos
su alto destino contempló en el Cielo,
bendíjola feliz en santa calma,
y al seno de Abrahan voló su alma.

La Virgen de Sion lanzó gemidos
que patentizan lo que su alma siente,
y junto aquellos restos tan queridos
está su madre inmóvil y paciente.
Los hombres desgarraron sus vestidos,
las mujeres golpeáronse la frente,
las ventanas se abrieron muy á punto,
y se encendió una lámpara al difunto.

Amigos, tañedores, plañideras
y deudos que lloraban á raudales,

llevaron de Salem á las afueras
los del justo Joaquin, restos mortales.
Entonaron salmodias lastimeras
y halláronse en los tristes funerales,
la santa Virgen y su madre al lado
hasta que lo dejaron enterrado.

El duelo hebráico con rigor llevaron,
grosero camelote se vistieron,
cabeza y piés desnudos, ayunaron,
por el alma del muerto á Dios pidieron;
pasados siete dias se separaron,
amarguísimas lágrimas vertieron,
la anciana en su mansion quedó sombría,
y al Templo, triste se tornó Maria.

La muerte de Joaquin su padre amado,
fué la primera gota de amargura
en el pecho, vertida, delicado
de aquella predilecta criatura.
Su casto corazon fué traspasado
porque al anciano amaba con ternura,
y tan acerbos fueron sus enojos
que no enjugaba sus divinos ojos.

Ayunaba y oraba noche y dia
del Templo en su vivienda solitaria,

y el íntimo pesar que le afligia
mitiga con su férvida plegaria.
Al Dios de Sinaí fiel se ofrecia
del tierno amor esclava tributaria,
y la que humilde se juzgó en el suelo,
de soles coronada nos dió el cielo.

Al saludar las aves á la aurora
dejaba el casto lecho en el momento,
y al fuerte Elí que en los espacios mora
elevaba su ruego y pensamiento.
Once lunas pasadas hora á hora
no pudieron calmar su sentimiento;
pero debia cumplirse su destino,
y otra nueva desgracia á herirla vino.

Una noche cubierta con su velo
seguida de parienta muy cercana,
con paso raudo y con creciente anhelo
el Templo abandonó la hija de Ana:
en su rostro se pinta el desconsuelo,
pues muy enferma está su madre anciana,
y ansía y teme llegar al aposento
donde la espera un nuevo sentimiento.

Una lámpara grande y encendida
junto al lecho de Ana habia colgada,

á cuya luz su faz descolorida
parecia alguna vez más animada.
Maria pisó el umbral muy conmovida
y Ana fijando en ella una mirada,
se la recomendó con voz doliente
á sus deudos y al Dios Omnipotente.

Ya de la vida el último destello
brillaba de la anciana en la pupila,
la amante Virgen se lanzó á su cuello
y Ana besaba con la faz tranquila
aquel semblante celestial y bello,
que un torrente de lágrimas destila;
sonrió dichosa, la bendijo, y luego
cerró sus ojos eternal sosiego.

Un beso cariñoso y prolongado,
de los Hebreos postrera despedida,
en el semblante por la muerte helado
de aquella madre tierna y bendecida,
Maria estampó con filial cuidado;
y luego de pesar desvanecida,
alzando al Cielo sus hermosos ojos
del cadáver al pié cayó de hinojos.

El dolor de la Virgen fué callado,
profundo, agudo, noble, sostenido;

digno, sublime, grande, resignado
latia en su pecho el corazon herido.
De Ana la santa el cuerpo fué llevado
la tumba á compartir de su marido,
y Maria de paciencia dando ejemplo,
huérfana y sola, se acogió en el Templo.

IX

Ningun lazo á la tierra la ligaba,
el ruido mundanal su alma temia,
sólo en la providencia confiaba
y en sus brazos no mas vivir podia.
Pura, sincera, amante y fiel, juraba
que otro esposo que Dios no tomaria,
y en medio del mayor recojimiento
pronunciò tan sagrado juramento.

Y para Dios viviendo solamente
y en su Dios nada mas siempre pensando,
trabajaba en el Templo asíduamente
en oro, en viso, en flores y bordando.
A intérvalos tambien muy sabiamente
su claro entendimiento iba ilustrando,
y su brillante espíritu subia
engrandecido al Hacedor del dia.

En su décima quinta primavera
estaba ya la Virgen, y pensaron

que de darle un esposo tiempo era;
Sacerdotes y deudos lo trataron.
De Maria el alma se turbó sincera
cuando ancianos tutores la intimaron
se prestara á trocar respetuosa,
el velo virginal por el de esposa.

De la Virgen el rostro soberano
se cubrió de rubor y humildemente
por su amor escitada sobre-humano
dijo inclinando su divina frente:
Corazon y virtud, pureza y mano
al Eterno ofrecí solemnemente,
Virgen siempre he de ser y no os asombre,
mi amor es para Dios, no para el hombre.

Sacerdotes y deudos se admiraron,
tan santa abnegacion no comprendieron,
sus talentos y ciencias no alcanzaron
la sublime virtud de lo que oyeron.
Su negativa al punto desecharon,
de nuevo el matrimonio le impusieron,
y en vano ruega la sin par Maria;
su súplica no encuentra simpatia.

De tribu de Judá la Virgen era
vástago ilustre y su familia toda

con ansiedad piadosa, quizá espera
de Maria un hijo en la presunta boda.
Quién sabe, dicen, el Mesias se espera,
y ella que á todo humilde se acomoda,
sufre la turbacion de su reposo,
y al que le dan acepta por esposo.

No un magnate buscaron sus tutores,
ni de algun poderoso el heredero,
tampoco marineros posehedores
de perlas que arrancaron al mar fiero,
desecharon tambien agricultores
ricos en heredad, y un carpintero,
pobre trabajador oscurecido,
por permision de Dios fué el elegido.

No era en verdad José joven ni bello,
y una vez la eleccion ya decidida,
le dieron á Maria cuenta de ello
que la oyó ruborosa y conmovida.
Desposóse la Virgen, y un destello
notó de la pureza que escondida
abrigaba José dentro del alma,
y á su fiel corazon volvió la calma.

En una hermosa noche que brillaban
los tibios rayos de la blanca luna,

ricamente vestidas caminaban
bellísimas matronas que una á una
de Miriam á la mansion marchaban;
la esplendidez en su redor se aduna,
esclavos mil con hachas las seguian,
y su magnificencia descubrian.

Al aposento de Miriam llegaron,
allí estaba la santa desposada,
con muestras de placer la saludaron
y se vió con cariño agasajada.
Un porvenir dichoso le auguraron
por un esposo fiel siendo amparada,
y recibió los plácemes Maria,
humilde, digna, bondadosa y pia.

Su sencillez, su agrado y su dulzura,
complació á la escogida concurrencia
que el matrimonio de la Virgen pura
fueron á festejar con su presencia.
De Maria realzaba la hermosura
y adornaba su angélica presencia,
un vestido de boda no lujoso,
pero muy conveniente y decoroso.

Hecha la ceremonia de costumbre
segun el rito de Moisés mandaba,

al salon del festin la muchedumbre
henchida de placer se aproximaba.
Dijo á Maria José con mansedumbre
cuando trás de sus deudos caminaba:
Tú mi madre serás, casta doncella,
—Tú el altar de Jehová, replicó ella.

Aunque las bodas de Maria y su esposo
del mundano placer estaban lejos,
segun el uso antiguo y rigoroso,
aceptaron la pompa y los festejos.
Siete dias de fiesta y alborozo
disfrutaron los jóvenes y viejos,
más cuando la semana fuè cumplida
dispuso el matrimonio su partida.

X

Al despuntar la luz de la mañana
un dulce adios á la ciudad le dieron,
y eu una reducida carabana
los esposos castísimos partieron.
Los ojos de la Virgen soberana
trás de una larga marcha descubrieron
la aldea de Nazaret apetecida,
cuna infantil de su preciosa vida.

A sus queridos padres recordando
la doncella vertió llanto sincero,

creia de Joaquin estar mirando
el rostro franco y noble al par que austero;
de su madre amorosa el eco blando
en su oido sonaba lisonjero,
que sus amantes brazos les tendian
y que á Ella y á José los bendecian.

A la casa de Ana descendieron
José y su esposa al espirar el dia,
y las mujeres nazarenas fueron
á saludar á la sin par Maria:
los esposos afables recibieron
la felicitacion con simpatia,
y aquel lugar de santidad notoria
fué más tarde mansion de eterna gloria.

Y en aquella mujer casta y divina
suprema emanacion del pensamiento
del potente Jehová, luz matutina
que en el trono de Dios tiene su asiento,
astro de salvacion, flor peregrina
de cáliz puro y aromoso aliento;
la encarnacion del Verbo seria obrada
sin manchar su pureza inmaculada.

Y aquella candidísima Maria,
acostumbrada al Templo suntuoso,

á una vida precaria se avenia
y feliz era con su pobre esposo.
Afanosa su tiempo repartia
en trabajos caseros, y piadoso
alguno que otro libro repasaba
que purísimo pasto á su alma daba.

En su piedad contínua y fervorosa
pidió al Creador con eco dolorido,
que tendiera su mano poderosa
sobre su pueblo triste y desvalido.
Con verdadera fe la santa esposa
esperaba al Mesias prometido,
aun ignorando la gentil doncella,
que el Hijo de su Dios naceria en Ella.

Era el oscurecer, hora que inspira
casto placer y gratas emociones,
en que más dulcemente se respira
y se elevan los puros corazones;
la Virgen sacrosanta el cielo mira
á donde van sus votos y oraciones;
éxtasis celestial cerró sus ojos,
cruzó las manos y cayó de hinojos.

Ya el Supremo misterio cerca estaba,
los juicios de Dios lo dispusieron;

la redencion del mundo se acercaba,
los rebel les espíritus gimieron;
la obra grande de Elí se preparaba,
los angélicos coros sonrieron;
y el potente Jehová desde su trono,
«Gabriel,» gritó con imperioso tono.

Al vibrar del Eterno los acentos,
prosternóse Gabriel en su presencia:
—Vé, le dijo el Señor, hiende los vientos,
que en Nazaret me importa tu presencia.
En uno de sus pobres aposentos
hay una Virgen, templo de inocencia,
casada con José; esa es Maria:
dí que la elijo para Madre mia.

XI

Como un rayo de luz esplendente
entre nubes cruzando el espacio
con sus alas de azul y topacio
el arcángel del cielo bajó.
En su frente destella la aurora,
en sus ojos fulgor toma el dia,
que en su rostro de paz y alegria
la mirada de Dios se fijó.

A torrentes destellos lanzando
por los aires desciende ligero,

de venturas feliz mensajero
en la tierra su planta posò.
A su célica y pura mirada
huye fiero Azrael al infierno,
y en los antros del hórrido averno
impotente en su furia rugió.

Cual torrente que muje furioso
al bajar la pendiente montaña,
asi grita llamando con saña
á su tropa maldita Luzbel.
La legion infernal le rodea
de ansiedad y temor palpitante
y él les dice en acento vibrante:
—¡Ha bajado el Arcángel Gabriel!

Ronco un eco sonó tremebundo
de dolor, de sorpresa y de ira:
la falange satánica gira
en tropel por la negra region;
más de nuevo Azrael les convoca,
les alienta con loca esperanza,
y la turba rugiente se lanza
á luchar con el Dios de Sion.

Luzbel grita:—La tierra invadamos
y el pecado emponzoñe la vida:

que la raza de Adan maldecida
subyugada se postre ante mí.
¡Guerra al sér que Supremo se llama!
¡Guerra eterna al que el Orbe hace suyo
¡Guerra eterna al que abate mi orgullo!
¡Guerra eterna al que habló en Sinaí!

Y cual nube de gases preñada
que revienta en horrísono estruendo,
así fué la cohorte saliendo
de la inmunda mansion infernal.
Extendióse, y con hálito impuro
del mortal inficiona la mente:
iracundo, soberbio y rugiente
predispone á los hombres al mal.

Entre tanto el Arcángel divino
con su voz de celeste armonia,
presentaba á la Virgen Maria
del Eterno el mensage de paz,
y escuchaba la casta doncella
el supremo mandato de hinojos,
llanto dulce vertiendo sus ojos,
santo gozo radiando su faz.

—¿Cómo pues concebir en el seno
de esta humilde y mortal criatura

ese Hijo de eterna ventura,
si yo nunca varon conocí?
—Sucesion, el que todo lo puede,
á tu prima la estéril ha dado,
y El vendrá sin lesion de pecado
á tomar carne y sangre de tí.

—Soy su esclava; lo dicho se cumpla:
murmuraba la cándida esposa
y en sus tersas mejillas de rosa
asomaba el carmin del pudor.
Y el Arcángel tornando á su vuelo
dando al viento sus crenchas de oro,
fué á mezclarse en el fúlgido coro,
que se postra á los piés del Creador.

Más la ráuda ascension se detiene
porque el nuncio de Elí bendecido
escuchó de su hermano caido
una voz que sus fibras hirió.
—¿Qué me quieres? el Angel pregunta;
y Luzbel respondió en su coraje.
—No me aterra, Gabriel tu mensaje,
que entre Dios y entre el hombre estoy yo.

—Insensato, la frente prosterna,
tiembla y teme ante el Sér increado:

El es grande—Yo soy el pecado. (1)
—El es fuerte—Yo tengo poder.
—Hoy el hijo del Santo tres veces
baja el seno á habitar de Maria.
Tu cabeza, segun profecia,
con su planta hollará esta mujer.

—¡Maldicion! á tus voces mentidas
mi soberbia y rencor se subleva:
triunfaré, que los hijos de Eva
son mi herencia pues pecan por mi.
—¿Tuyos? Nunca: que el Sér prepotente
viene al mundo cual manso cordero,
y al morir en el tosco madero
á los hombres arranca de tí.

—De Maria y de Cristo el camino
sembraré de punzante maleza,
asechanza pondré á la pureza
de esa Vírgen de místico amor.
Heriré su humildad con mi orgullo,
mancharé con mi aliento su mente;
si á mi astucia no inclina la frente,
vencerá su constancia el dolor.

(1) Esta expresion no es propia.—*N. de la A.*

—Nada abate el espíritu amante
de esa Vírgen de paz bendecida,
pura, santa y piadosa, elegida
por el Sabio y potente Jehová.
Ya en su seno, sagrario escojido,
queda el Verbo divino encarnado,
su pureza confunde el pecado;
Dios lo quiere, lo ha dicho, y será.

Y siguiendo en su rápido vuelo
fué Gabriel ante el Trono de Gloria;
los querubes cantaban victoria
del Eterno en la sacra mansion.
Y del báratro el ángel impío
exhalando su aliento candente,
esclamaba con eco rugiente:
—Ella triunfa de mí! ¡Maldicion!!!

XII

María, tesoro inmenso de celestial riqueza,
Viril en donde alienta la Eterna Magestad,
paloma que al milano quebranta la cabeza,
fulgor que desvanece la negra tempestad.

La esposa del Espíritu de su divino Padre
que ante su escelso trono por siempre brillará,

la que el abismo cierra, la que los cielos abre,
la que al pecado vence, la que la gloria dá.

El más fragante nardo, la mística azucena
que al Redentor del mundo sin mancha concibió,
la misteriosa palma de santo fruto llena,
el ser inmaculado que á Satanás rindió.

¡Oh! tú, Virgen Maria, que al Universo encan-
la que entre las mujeres bendita sola fué, [tas,
la que piadosa y tierna al pecador levantas,
y enciendes en su alma la ya apagada fé!

¡Oh! tú, flor de los cielos, estrella matutina
que al náufrago das puerto calmando su afliccion
y en la tierra posaste, errante, peregrina,
para alcanzar al hombre su eterna salvacion!

Segura intercesora de todo ser humano
que en mísero pecado envuelta su alma está,
del crímen le separa tu protectora mano,
y gracia por tu medio alcanza de Jehová.

Tú eres la blanca rosa de espléndida belleza
que el Hacedor del mundo en el Eden creó,
para que con la esencia de tu sin par pureza
triunfaras del pecado que al mundo condenó.

Y que tu pura huella marcárase en la frente
que altivo levantaba el pérfido Luzbel,
y que orgulloso y fiero postrárase rugiente
bajo tu virgen planta, sirviendo de escabel.

Y ahogando su soberbia con su impotencia impia
hundido en lo profundo del báratro infernal,
mirase la pureza triunfante de Maria
borrando poderosa la culpa original.

Cumplióse del Eterno la prediccion sagrada;
una segunda Eva al mundo redimió,
los ángeles cantaron su gloria inmaculada,
y dentro de su tumba David se sonrió.

¡Oh! tú, nube de gracia, que al suelo descen-
profusa derramando la luz de la verdad, [diste
y Madre cariñosa tus brazos nos abriste,
y hallamos en tu pecho tesoros de bondad.

Inspírese mi alma en tu sin par belleza;
que en honra tuya vibre sonoro mi laud,
quiero cantar, Señora, la célica grandeza
con que al mortal perdonas su negra ingratitud.

Tu divinal mirada dirijeme un momento,
anima con tu aliento mi amante corazon,
envuelve con tu fuego mi ardiente pensamiento,
y dame ¡Oh Virgen pura! tu santa bendicion.

EL TRIUNFO DE MARIA

SEGUNDA PARTE

I

En la apacible y grata primavera
cuando el valle risueño se engalana
y descuellan gentil en la pradera
el lirio azul y la amapola grana,
y tiende la aromosa enredadera
sus largos brazos hácia el olmo ufana,
dándole en cambio de su apoyo flores
en la rica estacion de los amores;

Y cuando en el arroyo trasparente
más azulado se refleja el cielo,
y despliega el clavel rojo y naciente
sus hojas de rizado terciopelo,
y embalsaman las rosas el ambiente
y de verde tapiz se cubre el suelo;
de José Miriam se despedia,
y á ver á Elisabet feliz partia.

Con anuencia de su casto esposo
de Nazaret la Virgen Soberana,

el camino emprendió dificultoso
á la ciudad de Ain una mañana.
Mezclóse humilde con afan piadoso
en una no pequeña caravana,
y de entusiasmo religioso llena
fué á dar á Elisabet la enhorabuena.

Desde que el paraninfo mensajero
la noticia feliz dado le habia,
que el precursor del Cristo verdadero
de Isabel en el seno ya existia;
dar á la anciana con amor sincero
su grato parabien quiso Maria,
y atravesó con tan plausible idea
la hostil Samaria y casi la Judea.

Era el camino inculto y peligroso,
de encrespadas montañas erizado,
intransitable, hundido y pedregoso,
y de áridos desiertos rodeado.
Por el torrente ráudo y estruendoso
en mil partes y mil era cortado,
y con fatal caida amenazaba
doquiera que el viajante el pié posaba.

Cuando el dia á su término tocaba
y soñoliento el sol se recogia,

y la noche apacible adelantaba
y su manto de estrellas estendia;
la caravana en masa se paraba
y su movible tienda allí ponia,
dó en una estera sobre tierra dura
descansaba la Virgen Santa y pura.

Llegada á la ciudad dó el Aaronita
moraba con sus siervos y su esposa,
para no retardar más su visita
sin descansar, la Virgen presurosa
se hizo llevar á casa del Levita,
donde la madre del Bautista ansiosa,
pues por una sirvienta fué informada,
esperaba anhelante su llegada.

A su encuentro la anciana placentera
se adelantó amorosa, y diligente
quiso espresar la dicha verdadera
que al ver á Miriam su pecho siente.
La esposa de José fué la primera
en saludarla y dijo dulcemente
con eco blando y con acento amigo:
—Sea la paz del Señor siempre contigo.

Un paso Elisabet retrocediendo
y en Maria fijando su mirada,

la espresion de su rostro fué adquiriendo
un tinte de sorpresa desusada.
Conmocion y respeto al par sintiendo
y por divino espiritu inspirada,
exclamó fervorosa:—Sí; tú eres
la bendita entre todas las mujeres.

Y así es bendito de tu vientre el fruto,
casta paloma de sin par consuelo,
libre el hombre por tí de llanto y luto,
tú su egida serás en este suelo.
Tú le preservarás de ese tributo
que pagára á Luzbel, y tú del Cielo
le enseñarás la entrada portentosa;
Virgen de Nazaret, tú eres dichosa.

Y eres dichosa por haber creido;
¿pero de dónde á mí tanta ventura?
El hijo en mis entrañas he sentido
saltar alegre á tu presencia pura.
¡De mi Señor la madre á mí ha venido,
á mí fragil y humilde criatura!
¡Salve mil veces, celestial Maria,
que á honrar hoy vienes la vivienda mia!

El gran misterio que al precito enfrena
y eterna gloria dá, será cumplido;

y tú eres la purísima azucena
que para tanto bien Dios ha elegido.
El que invisible los espacios llena
sólo en tí Miriam se ha complacido,
¡Hija del Padre, del Eterno esposa,
dame tu sombra, palma victoriosa!

La Virgen de Sion tímidamente
murmuró con acento sin segundo:
—¡Dios de mis padres, Rey omnipotente,
Soberano Señor, Creador del mundo!
ante tu excelsa magestad mi frente
se inclina con respeto el más profundo.
¡Gloria á tí mi Señor! pues te acordaste
de esta tu humilde esclava y la elevaste.

A tu inmensa bondad será debido
el que me llamen bienaventurada,
Divino Salvador, pues has querido
gracia en mí hacer tan grande y encumbrada
Será por las edades bendecido
mi nombre; por doquier seré ensalzada;
pues tu misericordia, Dios piadoso,
le dá al pobre el lugar del poderoso.

Tres meses habitó la Virgen pia
en el suelo feliz del pueblo Etéo,

no muy léjos de Ain, donde tenia
Zacarias su casa de recreo
en el fondo de un valle. Allí Maria
profetisa tambien, fué su deseo
contemplar la feráz naturaleza,
que revela al Creador en su grandeza.

Y admiró las estrellas, la alborada,
y del bosque el rumor dulce y sonoro,
el arroyo, la fuente plateada,
y de las aves el acorde coro,
las montañas, las flores, la enramada
y el insecto sutil de alas de oro;
del vasto mar las olas que se alzaban
y en las playas de Siria se estrellaban.

—¡Cuán grande es mi Señor, cuán soberano!
esclamaba la Virgen conmovida.—
Desde ese Sol al mísero gusano,
todos á El deben luz, ambiente y vida.
Todo lo ordena su potente mano,
El sábio todo lo armoniza y cuida,
vela sobre el behemoth y el alimento
prodiga al cuervo cuando gira hambriento.

Del Sacerdote hebreo tras la morada
estendíase un jardin que entre los Persas

llamaban paraiso, dó extasiada
pasaba Miriam horas diversas.
Sobre aromosas plantas reclinada
de distintos matices y hojas tersas,
discurrian en plática sabrosa
de Juan la madre y de Jehová la esposa.

El persuasivo acento de Maria,
más dulce que de arpados ruiseñores
los blandos trinos que en la selva umbria
al viento dan cantando sus amores,
olvidar á Isabel del todo hacia
los serios y legítimos temores,
que al mirar su preñez adelantada
le causaba su edad tan avanzada.

¡Cuán hermoso era el verlas religiosas
con el rostro á los cielos levantado,
entonar sus plegarias fervorosas
al potente Señor de lo creado!
¡Cuán hermoso era verlas amorosas
prestarse mútuamente su cuidado,
la una rica de años y experiencia,
la otra jóven y llena de inocencia!

Bajo el fresco dosel de un emparrado
la servidumbre de Isabel servia

la comida, compuesta del pescado
que el sidoniense pescador cogia,
el cuarto de cabrito sazonado,
el tierno corderillo, la sandía
que el Egipto crió, dátil gustoso
de Jericó y alfónsigo sabroso.

Y de silvestre miel rubio panal,
de Armenia albaricoque, y rico vino
guardado por lo bueno y especial,
de piedra en cubas con acierto y tino.
Mas de Jesus la madre celestial,
jamás otro alimento se previno,
que fruta y lacticinios solamente
y el agua clara de la clara fuente.

El Pontífice hebreo que inadvertido
puso de un Angel la palabra en duda,
en lo íntimo del alma convencido,
de Miriam la castidad saluda.
Dudar un solo instante no ha podido
de la virginidad con que se escuda,
y ser verdad doquier defenderia,
la pureza sin mancha de Maria.

Si del Eterno, Obededon alcanza
mil bendiciones por haber tenido

guardada en su mansion de la alianza
el Arca sacrosanta, mas han sido
las complacencias, dichas y esperanza,
que al levita y los suyos le han cabido
los tres meses que estuvo en su morada,
del Redentor la Madre inmaculada.

Despues de bendecir al nuevo Elias,
su vuelta preparó la Virgen pura,
dejando á Elisabet y á Zacarias
con su partida llenos de tristura.
La que en su seno concibió al Mesias,
lentamente tornaba: quizá augura,
cual la borrasca el ave de los mares,
que iba á empezar su senda de pesares.

II

Llegada á Nazaret la santa esposa,
en la vida del pueblo entró ligera
sin esfuerzo ninguno y hacendosa
la jóven volvió á ser hábil casera,
activa, diligente y cuidadosa,
que por un breve espacio suspendiera
en casa de Isabel, pues es patente,
que el Sacerdote hebreo era pudiente.

En su maternidad se adelantaba
la purísima Virgen, y entreveia

que el instante supremo se acercaba
en que el Hijo de Dios nacer debia.
El santo Patriarca que ignoraba
que Jesus encarnado fué en Maria,
llenòse de dolor y de tristeza;
mas no pudo dudar de su pureza.

¿Cómo es posible, Dios omnipotente,
que esa fragante y mística azucena,
prodigio de candor, pura, inocente,
piadosa, honesta, humilde, santa y buena,
su honor haya olvidado y que mi frente
al suelo incline de verguenza llena?
¡Oh! nunca lo creeré! José decia,
y tornaba sus ojos á Maria.

Y esa idea fatal, del pensamiento
el castísimo esposo desechaba,
pues de la incertidumbre en el tormento
su recto corazon se torturaba.
De Maria el estado iba en aumento
y todo Nazaret ya lo notaba;
sus parientes del caso se alegraron,
y á José la verdad patentizaron.

—¿Qué hacer ¡Dios de Jacob! pensó angus-
el santo Patriarca. ¿Cómo habia (tiado

de tener en su casa y á su lado
la adúltera mujer? Eso seria
pecar contra la ley desatentado
y cubrirse de infamia; al par sabia
que en situacion tan grave repudiarla
á más del deshonor era matarla.

Entre tanto del Verbo soberano
murmuraba la madre venturosa:
—Feliz aquel instante en que mi mano
á tan justo varon le dí de esposa.
¡Hombre de bendicion, sublime anciano
cuyo amor paternal me hace dichosa,
cuán digna y estimable es su pobreza,
y cuánto en su virtud hay de grandeza

Y Maria purísima y sensible
su corazon ofrece de amor lleno,
á aquel divino sér aun invisible
que agitar siente en su virgíneo seno.
¿Qué dicha con su dicha es compatible?
Su carne y sangre toma del Dios bueno
el Hijo Salvador, solo á ella es dado
del Averno triunfar y del pecado.

Y el perfecto José resolvió en tanto
la desgracia arrostrar él solamente,

y del suelo natal con triste llanto
alejarse pensó rápidamente.
Transido de pesar en su quebranto
juzgó más oportuno, más prudente,
perder su buena fama y su ventura,
que llenar á su esposa de tristura.

Y el que en el cielo así como en la tierra
habíale Dios un puesto reservado,
en sus altos designios, solo encierra
dentro del pecho su mortal cuidado.
De su hogar y su pátria se destierra
y en estraño pais desventurado
irá el peso á sufrir de infausta suerte
donde le espera solitaria muerte.

Y del taller querido se despide
testigo de su vida santa y pura,
y el hondo abismo con espanto mide
que debe atravesar en su amargura....
Pero piensa en Maria, y se decide
la calificacion á aceptar dura
que en todo Nazaret le seria dada,
al dejar á su esposa abandonada.

Y de antemano comprendió el desprecio
con que iba en adelante á ser mirado;

pero á sacrificar dicha y aprecio
estaba ya José determinado.
Sólo salvar pudiera á tanto precio
el honor de Maria, y resignado
ya oir pensaba en dolorosa calma
llamarse hombre sin fe, padre sin alma.

Pero el Eterno que miraba atento
del hombre justo la terrible prueba,
quiso trocar su duro sufrimiento
en gozo celestial que el alma eleva.
A un Angel dijo: raudo como el viento
esta nueva feliz á José lleva:
dile, que como el Sol pura es Maria,
pues lo que existe en ella, es obra mia.

Y el Angel descendió cuando dormido
descansaba José, y misteriosa
del nuncio celestial vibró en su oido
argentina la voz y armoniosa.
—Ninguna mancha humana le ha cabido
á esa mujer que llámase tu esposa;
guárdala en tu poder, no temas nada:
proteje su inocencia inmaculada.

Que el Espíritu Santo en ella ha obrado
el misterio de paz, grande, profundo,

que ha de salvar al hombre del pecado
y ha de esparcir la gracia por el mundo.
El Divino Mesias es encarnado
en su seno purísimo y fecundo:
regocíjate y pon Jesus por nombre
á ese infinito Sér que es Dios y hombre.

Y José despertando sin enojos
inclinó su cabeza humildemente,
y cruzadas las manos y de hinojos,
preces à Dios le dirigió ferviente.
Brotó sincero llanto de sus ojos;
y en el santo placer que su alma siente,
esclama: de este honor indigno soy,
mas si es tu voluntad, propicio estoy.

Y acatando la sabia providencia
contempló á Miriam enagenado,
y admiró su candor y su inocencia,
y el misterio adoró que en Ella obrado
habia de Jehová la omnipotencia:
y solícito amante alborozado,
saludó henchido de ferviente anhelo
á la Reina sin par de tierra y Cielo.

III

El imperio entre tanto del romano
dominante sus águilas llevaba
de confin á confin con férrea mano,
y en su ambicion, el globo dominaba.
Todo el Oriente con orgullo insano
bajo su rudo cetro trituraba:
Siria, Egipto y Samaria suyas fueron
y tributaria al par la Judea vieron.

Dominaba la Galia y el Hispano
con el Picto rendíanle vasallaje,
subyugaba la Grecia y el Germano
como el copto prestábale homenaje.
Todo lo avasallaba soberano,
sin hallar muro que su rumbo ataje,
y region encontrarse no pudiera
que su bárbaro yugo no sintiera.

Roma con todo su esplendor mostraba
su omnímodo poder; pero llegado
era el tiempo que tanto se esperaba
y fué por Balaan vaticinado.
En el trono, brillante se asentaba
César Augusto, cuando fué mandado

por edicto, se hiciera escrupuloso
un empadronamiento minucioso.

El soberbio señor contar queria
á su placer la vasta muchedumbre
que á su régio capricho se rendia
como esclava y humilde servidumbre.
Su tiránica ley doquiera hacia
respetar con forzada mansedumbre,
hé aquí porque cuando el edicto oyeron,
á empadronarse todos acudieron.

Por los gobernadores fué activado
el mandato del César exigente,
siendo un trabajo al par que dilatado
en sí penoso por la mucha gente.
Como el rico magnate, el pobre honrado
á inscribir fué su nombre diligente,
y la orden imperial fué ejecutada
desde el palacio á la infeliz morada.

IV

Fieles á las costumbres
de sus antepasados,
los esposos amados
en quien la gracia está,

cuando el edicto oyeron,
pues de David descienden,
que deben ir comprenden
á Belen de Judá.

Aquel florido suelo
al poeta Rey dió cuna,
y era cosa oportuna
el irse alli á inscribir.
Y los que descendientes
de David se llamaban,
asi á Belen marchaban
el edicto á cumplir.

De sus bienes debian
espresar el estado,
pues tal lo habia ordenado
la imperial magestad;
y de apartadas tierras
magnates poderosos
en caballos briosos
iban á la ciudad.

El César impelido
por su soberbia impia
la santa profecia
cumplia sin saber;

y al obrar despiadado,
orgulloso y violento,
era ciego instrumento
del Infinito Sér.

Se agitaban los hombres;
mas Jehová los guiaba,
y ya cercano estaba
el dia de bendicion,
que espléndido en Oriente
cual nunca despuntara,
y fúlgida anunciara
al Dios de redencion.

Espiraba el otoño,
los torrentes bramaban;
y al par se despeñaban
por el monte erial;
y en el fondo del valle
corrian pedregosos,
raudos y cenagosos
con ímpetu infernal.

Del Norte se escuchaba
silbar furioso el viento
y á su empuje violento
veíanse cimbrar

los elevados brazos
de la esbelta palmera,
cual si altiva quisiera
los cielos escalar.

Y en la empinada copa
del viejo terebinto
con sonido distinto
mugía al aquilon,
y en el añoso cedro
desnudo de verdura,
en sus ramas murmura
con desacorde son.

Y el azulado cielo
velado en nube parda,
indica que no tarda
en dejarse sentir
la lluvia impetuosa,
que en aquellas regiones
y en ciertas estaciones,
es penoso sufrir.

Y la vecina nieve
llega devastadora,
y todo lo devora
su paso destructor;

y en la feraz campiña,
y en la fértil pradera
agosta traicionera
arbusto, fruto y flor.

V

Una mañana triste
nebulosa y sombria,
en Nazaret se via
activo preparar,
á un venerable anciano
de humilde aspecto traje,
para un largo viaje
su miserable ajuar.

No era la ocasion buena
para ponerse en marcha,
pues la aterida escarcha
dejábase sentir;
mas la presteza indica
conque de todo cuida,
que quizá la partida
no puede diferir.

José era el Nazareno
que caminar debia
con la sin par Maria

en tan cruda estacion.
Y el peligro aceptando
los divinos esposos,
aléjanse piadosos
de su dulce mansion.

Por las estrechas calles
bajaban diligentes,
y amigos y parientes
al mirarlos pasar:
—id en paz, buen viaje,
gritaban con esceso,
y que un feliz regreso
os torne á vuestro hogar.

Entre mil bendiciones
de Nazaret salieron
y humildes prosiguieron
su marcha con valor.
Y los que de los reyes
de Judá descendian,
el mandato cumplian
de un pagano traidor.

Ni un eco lastimero,
ni una queja inocente,
ni un suspiro doliente,

ni un ¡ay! del corazon,
lanzó la casta esposa,
por Dios predestinada,
la virgen consagrada,
la perla de Sion.

La palma misteriosa
de fruto bendecido,
sagrario enaltecido,
tesoro de virtud.
La estrella de los mares
que brilla en lotananza,
cual nuncio de esperanza
de gloria y de salud.

Muy avanzada estaba
en su bendito estado,
pero debia observado
el cruel edicto ser.
Y aunque era peligroso
viajar de aquella suerte,
mandar tocaba al fuerte,
y al pobre obedecer.

Mansa cabalgadura
llevaba á la Señora,
que luz le dió á la aurora

y fuego prestó al Sol,
y brillo á las estrellas,
y rayos á la luna,
y plata á la laguna
y al oriente arrebol.

¿Quién al mirarle humilde
cubierta con su manto,
diria que el Hijo santo,
del que habló en Sinaí,
sin manchar la pureza
de su virgíneo seno,
potente, sabio y bueno,
morada tenia allí?

Pendiente de la silla
dó Maria iba sentada,
mirábase colgada
una cesta, en la cual
sus pobres provisiones
los viajeros llevaban,
porque sóbrios, usaban
de alimento frugal.

En su encorvado palo
apoyábase el santo,
rodeóse con su manto,

y propicio cogió
de la cabalgadura
que montaba Maria
las riendas, y de guia
con esmero sirvió.

El digno patriarca
pensaba caminando,
que se iba ya acercando
el tiempo de verdad,
en que el Dios uno y trino
del cielo descendiera,
y á redimir viniera
la ingrata humanidad.

VI

Despues de cinco dias
de marcha, fatigosos,
los divinos esposos
llegaron á entrever
la ciudad de los reyes,
que augusta descollaba,
y risueña mostraba
bellezas por dó quier.

De bosques rodeada,
de olivos y de encinas,

situada entre colinas
ricas de fruta y flor,
guardada por viñedos
de frondoso ramaje,
presentaba un paisaje
ameno y seductor.

Sobre árabes caballos
con rapidez corrian
ginetes que venian
con lujo hácia Belen.
Y en tropa de camellos
mujeres distinguidas
de púrpura vestidas
caminaban tambien.

Y ancianos venerables
de profunda mirada,
de barba plateada
y magestuosa faz;
sobre nevadas yeguas
hácia Belen marchaban,
y gravemente hablaban
en dulce y santa paz.

Entre la muchedumbre
brillante de riqueza,

mezclaba su pobreza
la Madre del Creador,
y atento el patriarca
que á pié el camino hacía,
contemplaba á María
con respeto y amor.

Ya la ciudad estaba
llena de forasteros
que por do quier ligeros
veíanse llegar.
Y José procuraba
de la cabalgadura
dó iba la Virgen pura,
el paso apresurar.

Pero atrás los dejaba
la multitud dichosa,
que alegre y bulliciosa,
en confuso tropel,
pasaba por su lado
y con desden miraba
á la que en sí llevaba
al santo de Israel.

Blanquísimo edificio
de estructura cuadrada,

la indómita cabeza
de la serpiente holló,
y que más tarde mártir
con su dolor profundo,
al enemigo inmundo
por siempre encadenó;

Sufriendo silenciosa
su cansancio y fatiga,
una sonrisa amiga
dejaba discurrir
por su rosada boca,
con el deseo sincero
de hacer más llevadero
de su esposo el sentir.

Ya la noche cerraba
y albergue no tenían,
y tristes recorrian
la judaica ciudad,
por si algun belenita
de aquella suerte al verlos,
queria recogerlos
movido á caridad.

Quizá en cambio de oro
posada hallado hubieran;

mas como pobres eran,
tuvieron que sufrir
las groseras repulsas
de aquellos codiciosos,
que audaces y ambiciosos
les hicieron oir.

José de pesar lleno
tornábase á Maria,
y en su faz se veia
pintada la afliccion.
Pero la Virgen pura
dulcísima y paciente,
mostraba sonriente
santa resignacion.

No hubo un alma siquiera
que saliera al camino
del santo peregrino
su afan á consolar,
ni se halló compasivo
un corazon clemente,
que quisiera indulgente
su abandono amparar.

El viento de la noche
helado iba cayendo,

y al fin se iba sintiendo
Maria desfallecer.
Pero prudente y buena
su quebranto pasaba,
y amorosa ocultaba
su acerbo padecer.

Temblorosa, su manto
á su cuerpo ceñia,
y su boca perdia
su matiz divinal.
Triste fué su mirada,
su frente oscurecióse,
y su rostro cubrióse
de palidez mortal.

Pero sus labios yertos
ni una queja exhalaron,
y la ciudad dejaron
transidos de dolor.
Y andando á la ventura
sin saber donde irian,
de las fieras oian
el grito aterrador.

Por la fértil campiña
que envuelta en sombra estaba

vacilante guiaba
á Miriam José,
cuando al Sur y en la roca
hallaron por ventura
una caverna oscura
que escabada allí fué.

No distaba gran trecho
de Belen la inhumana,
de la ciudad tirana
que su amparo negó
á la que en sus entrañas
cual viril esplendente,
llevaba al Dios potente
que los mundos creó.

En aquel pobre establo
la Virgen soberana,
entró de buena gana
ansiando descansar,
y en el peñasco duro
sentóse agradecida
y tierna y conmovida
bendijo aquel lugar.

Sin duda los pastores
en noche tenebrosa

de tormenta horrorosa
preservárouse allí,
y aquel salvaje albergue
fué más digno y honrado,
que un palacio incrustado
en nacar y rubí.

José ferviente oraba
de hinojos en el suelo,
y pura subió al cielo
de Maria la oracion.
y el Eterno acogia
sus votos religiosos
y daba á los esposos
su santa bendicion.

VII

Era el tiempo dichoso llegado
que anunciára el profeta Isaias;
un Dios-Hombre, segun Zacarias,
venia al mundo esparciendo la luz.
Y en su tumba David conmovióse
porque al Verbo humanado miraba
que à salvar á su pueblo bajaba
aceptando amoroso la cruz.

El precito con rabia creciente
en Belen su mirada fijando,

del cocito en los antros bramando
exclamó con rugido infernal.
—He ahí cercano el temido momento;
de Jehová la promesa cumplida:
esa Virgen de gracia elegida
trae la paz en su seno al mortal.

De mi orgullo, poder y arrogancia
vencedora triunfó su pureza,
y á su piés mi indomable cabeza
subyugada sirviò de escabel.
¡Maldicion! el volcan de mi ira
brota fuego á tan negra memoria.
Virgen madre, tu excelsa victoria
ahogarás en torrentes de hiel!

Tu alma tierna, sencilla y amante
sentirá del pesar la tortura,
á tus lábios de inmensa amargura
lleno el cáliz fatal llevaràs.
Del dolor el punzante cuchillo
vá á clavarse en tu pecho, Maria,
y al impulso de horrible agonia
de los mártires Reina serás.

El averno dejad mis legiones
—Luzbel dijo en ronquísimo grito,—

por do quiera sembrad el delito;
idos pues.—Y la turba salió.
Solo entonces el angel rebelde,
—¡Ay si triunfo! soberbio decia,
peca, peca, de Adan raza impia:
y sus alas de sombra batió.

Del Creador ante el trono radiante
que mil soles coronan fulgentes
inclinaban sus nítidas frentes
el arcángel, el genio, el querub;
y entonaban con célico acento
melodioso y dulcísimo coro,
y plegaban sus alas de oro
con profunda y humilde actitud.

Del Eterno brilló en la mirada
destellante la llama creadora,
y escuchóse potente y sonora
de su voz el vibrante sonar.
—Es llegado el instante de gracia,
de inefable y supremo consuelo.
Y exclamaron los hijos del cielo:
—gloria eterna á la estrella del mar.

Cual traspasan del sol los fulgores
un cristal sin manchar su tersura,

así fué como el Dios de ventura
en la esposa nació de José.
En su seno de intacta pureza
encarnóse el autor de la vida,
y la Eva de Elí bendecida
siempre virgen purísima fué.

Al mediar silenciosa la noche
los oráculos fueron cumplidos,
y en Belen sus primeros bajidos
el Mesias prometido lanzó.
Las estrellas brillaban radiantes,
blanca luna su luz esparcia,
y extasiada la casta Maria,
sin dolores, el Cristo nos dió.

Al mirar reclinado entre paja
al Dios niño temblando de frio,
Miriam exclamaba: ¡Hijo mio!
y su frente inclinóse á besar.
—Sois mi dueño, mi bien, mi esperanza,
murmuraba la Madre inocente,
y José prosternado y ferviente
á Emmanuel bendecia sin cesar.

VIII

Un grito de ventura y alborozo
las falanges angélicas lanzaron,
sus purísimas alas desplegaron
y á la tierra bajaron en tropel.
Y sonaron las arpas celestiales
los espacios llenando de armonia,
mientras la rauda tropa descendia
para adorar al Santo de Israel.

Arcángeles y amantes serafines,
potestades, y genios y querubes,
en trasparentes y rosadas nubes
á saludar venian á su Creador.
Y en el mísero establo donde estaba
de los hombres la vida y el consuelo,
de los blancos espíritus del cielo
resonaban los cánticos de amor.

A la Reina sin par felicitaron,
justo homanaje á su virtud rindieron,
y sus alas de perlas estendieron
sobre la casta esposa de José.
Y bajo aquel dosel privilegiado
adoraba á Jesus la Virgen pia,

y radiante su frente se veia
de abnegacion, respeto, amor y fé.

Los astros aumentando sus fulgores
en la cerúlea bóveda brillaron,
los trinos de las aves se escucharon
en alabanza al Dios que las creó,
la atmósfera cual nunca se aspiraba
impregnada de célica ambrosía,
el arroyo más límpido corria
y más dulce la fuente murmuró.

El insondable mar claro y sereno
apenas lo rizaba el oleaje
y su alba espuma, cual nevado encaje,
iba humilde las playas á besar.
Cubriéronse los prados de esmeralda,
sus cálices las flores desplegaron
y sus perfumes á Belan llevaron
de la noche las auras al pasar.

El Orbe de placer estremecióse
y la rica y feraz naturaleza
saludaba radiante de belleza
al Sér divino que nació en Belen.
Y Maria y José lo contemplaban
y lloraban de gozo y sonreian,

y sus plegarias férvidas subian
al Trono excelso del Eterno bien.

Su rebaño guardando unos pastores
del portal bendecido no muy lejos,
de la plácida luna á los reflejos
esperaban del alba el resplandor;
pero al mirar la esplendorosa nube
que del cielo bajaba, se asombraron,
sus ojos con la luz se deslumbraron
y cubriéronse el rostro con temor.

Un Angel celestial tan puro y bello
como el albor primero de la aurora,
á ellos llegando, con su voz sonora
murmuró dulcemente: oid, y alzad.
De aquel acento al timbre cadencioso
los pastores sus rostros levantaron,
mas cuando el Angel del Señor miraron,
de hinojos demandáronle piedad.

—No teneis que temer, el Angel dijo,
nuevas vengo á traeros de ventura:
regocíjese entera la natura,
porque ha nacido el Cristo Salvador.
En Belen de Judá y en un pesebre,
sobre paja veréislo reclinado,

y con pobres pañales abrigado
de la cruda estacion sufre el rigor.

De una doncella en el virgíneo seno
ha venido á vosotros el Rey niño,
sin corona, sin púrpura ni armiño
el sólo dueño de los mundos es.
Su Madre de virtud rico tesoro,
más pura que la luz de la alborada,
será por el Eterno coronada
y el sol de alfombra servirá á sus pies.

Ella es de Nazaret el casto lirio
que perfuma la brisa bullidora,
entre Jehová y el hombre mediadora,
la que al rebelde espíritu venció.
Id á Belen pastores, la veréis
cuidar al Niño con amor prolijo,
y arrodillaos ante el Supremo Hijo,
que en sus entrañas puras encarnó.

El es de Malachias el prometido,
de Jacob el Schilo deseado,
el Mesias divino y esperado
que viene á redimir la humanidad.
— Y tendió el Angel sus lucientes alas,
y el aire hendiendo en luminoso vuelo:

Gloria, cantaba, al Hacedor del Cielo
y al hombre paz de buena voluntad.

IX

Conmovidos los pastores
en silencio contemplaron
al célico mensajero
elevarse en el espacio.

Cuando la mirada ansiosa
no percibió ningun rastro
del fulgor que iban sus alas
á el agitarse dejando;

Se reunieron los pastores
y juntos deliberaron,
que era lo que hacer debian
en tan sorprendente caso.

—Dejadme hablar, murmuró
uno de los más ancianos
que de discreto y prudente
muchas pruebas habia dado.

A su rededor atentos
todos fuéronse agrupando

para oir mejor, y pendientes
estaban ya de sus labios.

Entónces el pastor dijo:
en Belen y en un establo
de Dios el Hijo es nacido,
que el Angel habló bien claro.

Vamos á Belen pastores,
ni un sólo instante perdamos
á ver á ese niño Rey
y de hinojos á adorarlo.

Le llevarémos presentes
aunque sean pobres y escasos,
que él agradecerá solo
la fé con que se los damos.

Tambien dijo que su Madre
era un sér privilegiado,
y que su intacta pureza
brillaba como los astros.

A sus plantas llegarémos
y uno por todos hablando,
le dirá: Madre de Cristo
sé nuestro apoyo y amparo,

Y de ese recien nacido
que es el Santo de los santos,
de rodillas besarémos
de su ropa el tosco paño.

—¡Incomprensible misterio!
los pastores esclamaron,
¡sublime y grande portento!
el Autor de lo creado

Al mundo viene, de cuna
le sirve un mísero establo,
mientras que el tirano César
habita regios palacios.

—

Acordes los pastores,
gritaron: á Belen;
verémos al Mesias,
á Maria y á José.

Los grandes dejaron
y echaron á correr,
amorosos llevando
frutas, quesos y miel.

Y el blanco cabritillo,
y el cordero tambien,

y de la pura leche
lleno un cántaro fué.

Alegres caminaban
y de prisa porqué
ansiaban el momento
de ver al que Dios es.

Uno esclamó:—qué bello,
qué hermoso debe ser
ese divino niño,
¿no es verdad?—Ya se vé:

replicó un zagálejo
de rubicunda tez,
que lleno de alborozo
una adobada piel

iba á ofrecer al Niño,
y á su Madre y José
envuelto en verdes hojas
porque más fresco esté,

el rico requeson
que tan sabroso es;
y otros, pollos, palomas,
y flores á placer.

—

Cerca de Belen
vieron un portal,
y á el se dirigieron
casi sin pensar.

En su fondo habia
mucha claridad,
y allí un tierno niño
sobre paja está.

Del divino Infante
la divina faz,
la Virgen Maria
besa con afan.

San José bendito
algo más allá
se le vé de hinojos
con respeto orar.

Allí se encontraban
por casualidad
un buey y una mula,
que al Dios eternal

con su tibio aliento
calentando están.

Las célicas arpas
se oyen vibrar,

y armónicas voces
á los aires dan
sus ecos, y dicen:
«el Dios de bondad

gloria en las alturas
por siempre tendrá,
y al hombre en la tierra
le traerá paz.»

—

Este es el niño, claman los pastores,
hoy nacido en Belen que el angel dijo,
el que viene á salvar los pecadores
lleno de amor y caridad prolijo;
y esa Virgen de místicos amores,
es la elegida Madre del Dios Hijo
la que trajo en su seno casta y pia
la gloria de Israel y la alegria

Y todos de rodillas con fe pura,
humildes ofrecieron sus presentes—
y Maria radiante de ventura
de amor sus frases escuchó fervientes,

y con sonrisa de sin par dulzura
los dones fué acogiendo diferentes
mientras vertian ante Jesus de hinojos
de respeto y placer llanto sus ojos.

Cercano á despuntar estaba el dia
cuando el establo de Belen dejaron,
y con mil arrebatos de alegria
tan plausible noticia divulgaron.
Escuchábanlos todos á porfia,
más luego que del caso se enteraron,
corrian henchidos de ferviente anhelo
á adorar al Señor de tierra y cielo.

Más tarde en carabana numerosa
ostentando riqueza sorprendente,
guiados por la estrella esplendorosa
llamada de Jacob, desde el Oriente
tres sátrapas con marcha presurosa,
servidumbre trayendo conveniente,
á rendir homenaje habian venido
al Hijo de Maria, recien nacido.

Y ella tierna y amante, santa y buena,
en su Hijo fijando la mirada,
humilde recibió la enhorabuena
conque fué por los Magos saludada.

En su puro semblante de azucena,
la bondad de su alma reflejaba,
aceptando gustosa, dulce y pía,
la senda de dolor que ya entrevía.

X

Estrella de los mares de sin igual belleza,
que la soberbia indómita venciste de Luzbel
y en tu virgíneo seno, sagrario de pureza,
se hospedó soberano el Santo de Israel.

¡Oh tú, Madre amorosa que por salvar al hom-
de mártir la corona quisístes aceptar, [bre
y de él corredentora, sin que el pesar te asombre
sus duelos con tu amparo supiste disipar.

De tus divinos ojos los célicos fulgores
den á mi oscura mente sublime inspiracion
para que cantar pueda ¡oh Virgen! los dolores
que agudos traspasaron tu amante corazon.

Mi lengua purifica, dulcísima Maria,
ilumina mi alma con tu radiante luz,
para que expresar pueda la hondísima agonia
que al pié sufrió tu espíritu de la sangrienta cruz

Suprema intercesora, que en la celeste altura
espléndida corona te ciñe el Redentor,
en ese lugar santo de gloria y de ventura,
por Ti entra arrepentido el pobre pecador.

Desde este triste valle de pena y desconsuelo,
plegarias fervorosas elévanse hasta tí:
dà alivio á nuestras cuitas, á nuestro mal con-
y siempre ¡oh Madre mia! acuérdate de mí. [suelo

Para cantar tu triunfo ¡oh Reina bienhechora!
endulza de mi lira la dura vibracion,
de fe mi pecho inunda, universal señora,
y acójeme benigna bajo tu proteccion.

EL TRIUNFO DE MARIA

TERCERA PARTE

I

Del Evangelio el tiempo fué llegado,
la luz de la verdad brillar debia,
y el que á tan grande obra fué enviado
á su predicacion se disponia.
El Hijo del Eterno que encarnado
fué en las puras entrañas de Maria
debia, pacientísimo Cordero,
por el hombre sufrir suplicio fiero.

¡Cuán tristísima fué la despedida
de la Madre y el Hijo idolatrado!
Iba hacer ya Jesus pública vida,
sin recursos, espuesto, solo, aislado.
Maria con el alma entristecida
lo tenia en sus brazos estrechado,
amorosa diciéndole: «¡Hijo mio!
sin Tí mi corazon queda vacio.»

Preciso era partir; Jesus amante
de Nazaret salió: su Madre amada

con el materno pecho palpitante
pesarosa quedóse en su morada.
Del Jordan á la orilla refrescante
fué la planta del Verbo encaminada,
donde ansiaba llegar, pues que sabia
que allí Juan bautizaba noche y dia.

Cuando ya de los pasos el ruido
Miriam de Jesus no percibia
contemplaba con ánimo abatido
aquel santo lugar en donde habia
con su Hijo tiernísimo y querido,
pasado tantas horas de alegria;
y al recordar su maternal delirio
comprendió la extension del martirio,

Y la Virgen purísima miraba
con doloroso espanto, que el Cordero
sobre el mar borrascoso se lanzaba
del judaismo, que se alzaba fiero.
En su angustioso afán ya imajinaba
ver á Jesus pendiente del madero,
y exclamó de pesar desfallecida:
—«Sea de mi Dios la voluntad cumplida.»

No ignoraba la Reina Soberana
que el Hijo de Jehová fué concobido

solo para salvar la raza humana,
que inobediente Adan habia perdido.
El romperia la esclavitud tirana
en que al hombre Luzbel tenia sumido;
mas para reducir al delincuente,
toda su sangre verteria inocente.

Y con el alma llena de amargura
y con el corazon dilacerado,
la descendiente de David procura
la ausencia soportar del Hijo amado.
Teme á la Sinagoga torpe y dura,
de Herodes el orgullo ilimitado,
y el soberbio rencor del Fariseo
que ha de oprimir al justo Galileo.

Supo la Virgen que Jesus errante
en las montañas áridas estaba
cerca de Jericó, y que el instante
de la grandiosa obra se acercaba;
El encarnado Verbo, humilde, amante,
para la redencion se preparaba
con oracion y ayunos, pues sabia
la inmensa magnitud de su agonia.

Y de Ana la hija enaltecida,
Señora universal de tierra y cielo,

decia de contínuo conmovida
en su Jesus pensando con anhelo:
—¡Ay! si su pié resbala, en su caida
¿quién le ha de dar apoyo ni consuelo
si El está solo allí? ¡Hijo del alma,
ven y tus brazos me traerán la calma!

Cuando del ronco trueno el estampido
en el espacio lóhrego resuene,
y el rayo de las nubes desprendido
de pánico terror al mundo llene,
y bramador, pujante, enrarecido,
sus furias aquilon desencadene,
¿dónde hallará refugio el Hijo amado
que amoroso en mi seno se ha hospedado?

Y sin hallar idea consoladora
que calmara su hondisima agonia,
pasaba Miriam hora tras hora
que formaban un dia y otro dia.
Por su rostro más bello que la aurora
llanto abundoso sin cesar corria,
sintiendo amante con dolor prolijo
la ausencia larga de su dulce Hijo.

II

Tornó á Nazaret Jesus
y el semblante de Maria
brilló de santa alegria
con celestial resplandor.
Volvió la calma á su pecho
desterrando la amargura,
porque todo era ventura
junto al hijo de su amor.

En Caná de Galilea
unas bodas dispusieron
sus parientes, y tuvieron
Maria y Jesus que ir.
Eran los esposos pobres,
la concurrencia crecida,
y á mitad de la comida
se iba el vino á concluir.

Lo advirtió la Virgen pura
y por salvar de la afrenta
á sus deudos, muy atenta
dijo á Jesus: «pienso yo,
que no tienen vino»—Entonces
él volviendo la cabeza

replicó con entereza:
«—áun mi tiempo no llegó.»

Mas llena de confianza
á los siervos la Señora
les dijo: «Cumplid ahora
lo que mi Hijo os mande hacer.»
Y en seis vasijas de piedra
que de agua clara llenaron
por su orden, luego hallaron
rico vino con placer.

Así la divina Madre
del mansísimo Cordero,
de su milagro primero
las primicias alcanzó.
A su peticion piadosa
mostróse Jesus clemente
y de su Padre potente
los decretos ablandó.

Tan portentoso milagro
de otros muchos fué seguido·
y el Mesías bendecido
con dulzura y con bondad,
huellas de sus santos pasos
por donde quiera dejaba,

y pruebas patentes daba
de su amor y caridad.

Por El los mudos hablaron,
y clara vista halló el ciego,
y jamás desoyó el ruego
del contrito pecador.
Y los ángeles rebeldes
que la maldad difundian
á su voz potente huian
al averno con temor.

Todas las enfermedades
las curaba su presencia,
amparaba la inocencia,
predicaba la virtud.
Era su palabra santa
el bálsamo del consuelo,
su voz el eco del cielo,
su doctrina la salud.

De Sidon, Tiro y Arabia
buscando á Jesus venian,
porque todos oir querian
su discurso y su razon.
Y el pueblo unido á su paso
mostrábase enternecido,

pidiéndole de fe henchido,
de sus males curacion.

Y Jesus siempre amoroso
los dolores aplacaba,
las injurias perdonaba,
é incitaba á la piedad.
«Amad la pobreza, dijo,
y el trabajo, pues conviene;
y el que tenga, al que no tiene
déle su pan por mitad.»

«Por Dios dad vuestra limosna,
prestad al triste consuelo,
que al que bien siembra en el suelo,
nunca de él me olvidaré;
y cuando esté con mi Padre
sobre mi trono radiante
en Jerusalen triunfante
entrada yo le daré.

III

La Virgen escuchaba
con turbada alegria
lo que el pueblo decia
del Cristo Salvador,

porque los fariseos
y escribas murmuraban,
y ya á Jesus llamaban
visionario impostor.

El perdona pecados,
¡qué blasfemia y locura!
El en sábado cura,
¡qué notoria impiedad!
Olvidar las injurias
ordena ¡qué bajeza!
y humildad y pobreza
predica ¡qué maldad!

Y astutos esparcian
calumnia infamatoria,
para eclipsar la gloria
del que nació en Belen.
Y envidiosos y arteros,
con perfidia y engaño,
procurábanle daño
al que era todo bien.

Los saduceos dijeron:
—«es un loco, un perdido
y hereje, poseido
del mismo Belial.»

Y maestros y doctores
contra Jesus clamaban,
y á su verdad llamaban
mentira sin igual.

Y la divina Madre
de los castos amores,
la que por sus dolores
del averno triunfó;
la que entre acerbo llanto
y devorante pena
piadosa, dulce y buena
sus hijos nos llamó;

La más perfecta obra
del Todopoderoso,
el astro luminoso
de más fúlgida luz:
la nave protectora
que á salvacion nos lleva,
y que de amor en prueba
nos dió Cristo en la cruz;

Al saber los rumores
que infames divulgaban
los que al Justo anhelaban
un vil lazo tender;

tímida y temblorosa
de horror se estremecia,
y su rostro perdia
su bello rosicler.

Ya cercana miraba
la universal Señora,
¡ay! la tremenda hora
del martirio cruel
en que el hombre protervo
ciego de rabia impia,
en su alma verteria
el cáliz de la hiel.

Del Jordan en la orilla
fresca y embalsamada
por Jesus bautizada
fué la hija de Joaquin.
Y esta inocente tórtola
de seno candoroso,
á su divino esposo
acompañó hasta el fin.

Ella adoptó la senda
de su bendito Hijo
y con afan prolijo
dò quiera le siguió.

Ella le habia servido
un año y otro año;
por él á suelo estraño
presurosa marchó.

Por El habia llorado,
Por El habia sufrido,
por El habia sentido
alegria y pesar.
Siendo niño, en la cuna
acallaba su llanto,
hombre ya, su quebranto
justo era consolar.

Y en tanto á los hebreos
Cristo evangelizaba,
la Virgen ocultaba
su alarma y su temor.
Ella á Jesus amaba
cual no amó madre alguna,
y ella como ninguna
fué martir del dolor.

Ella paloma santa
de culpa preservada,
alma privilegiada,
mujer fuerte, sin par;

en todas ocasiones
sublime y comedida,
modelo fué su vida
de virtud ejemplar.

IV

Llevaba en su compaña
la esposa del Dios Padre,
á Maria Cleofás, madre
de Jaime y de José,
y además entre otras
que amantes la siguieron,
con solicitud fueron
Susana y Salomé.

Una jóven hermosa,
rica y noble judia,
cuidaba de Maria
con esquisito amor:
era la Magdalena,
la grande pecadora,
que sus delitos llora
con íntimo dolor.

Dejó por el Mesías
palacios y riqueza,

y adoptó la pobreza
del Dios de la verdad.
Movióla á penitencia
su palabra bendita,
y llorosa y contrita
le demandó piedad.

Oyó el sagrado Verbo
su ruego fervoroso,
y misericordioso
sus culpas perdonó;
y la divina madre
al verla arrepentida,
como á su hija querida
sus brazos le tendió.

Dió en limosna su oro
con mística alegria,
su rica pedreria
trocó por el sayal.
A mundanal afecto
su corazon cerróse,
y humilde consagróse
al Padre celestial.

En el sagrado seno
de la Virgen clemente,

la hermosa penitente
dejó el llanto correr.
Y la encumbrada Reina
de la tierra y el cielo,
inefable consuelo
le dió en su padecer.

Tierna, piadosa y buena,
la tierra cultivaba
que antes inculta estaba
por falta de labor.
Y al sabio y dulce influjo
de la voz de Maria,
donde abrojos habia
nació la blanca flor.

Despues de muchos dias
de sustos y pesares,
la Estrella de los mares
entró en Jerusalen.
Jesus delante iba
con el apostolado,
y el pueblo entusiasmado
le daba el parabien.

En Salem la deicida
á Cristo recibieron

con palmas y tendieron
sus capas al pasar.
Y mil gritos de triunfo
de mil bocas salian,
y todos bendecian
al Profeta sin par.

Las muestras de alborozo
inocentes y puras
de aquellas criaturas
Jesus las acogió;
pues misericordioso
y de virtudes lleno,
propicio siempre y bueno
al pecador oyó.

Mas ¡ay! la Virgen pura
cuando en Solima entraba
su vista se fijaba
hácia el nordeste, sí.
Allí estaba el calvario,
y trémula decia:
«Hijo del alma mia,
allí te veré, allí.»

El brillo de sus ojos
velóse con el llanto,

y á impulso del quebranto
latió su corazon.
Y pálida y doliente
y en sí reconcentrada
seguía su mirada
la misma dirección.

Triste la contemplaba
la jóven Magdalena,
y por calmar su pena
le dijo con afán:
—Los pasos del Cordero
sigamos, madre mia.
—Sigámoslos, Maria,
que contados están.

V

En Sion aun los écos sonaban
de ventura y feliz alborozo,
conque el niño, el anciano y el mozo
recibieron al justo Enmanuel,
y las palmas aún verdes estaban
conque el suelo á su paso cubrieron,
homenaje de amor que ofrecieron
al Eterno Señor de Israel.

Cuando súbita alarma se siente
que resuena en los montes y valles,

turbulento en las plazas y calles
ruge el pueblo en atroz confusion.
La ciudad conmovida en su base
un suceso prepara sangriento,
donde el hombre de instinto cruento
saciará su feroz corazon.

Fariseos y envidiosos doctores
con astucia satánica, impia,
acababan segun se decia
de prender á un culpable impostor.
Era un reo de graves delitos,
peligroso á la ley y al Estado,
sedicioso, blasfemo y osado
se nombra el Mesias Salvador.

Judas, Judas discípulo ingrato,
avariento, traidor y maldito,
el Cordero paciente y bendito
á los Jueces verdugos vendió.
Un puñado infamante de oro
le pagó su traicion miserable,
y su accion horrosa y culpable
del averno las puertas le abrió.

Tarde, tarde su mal conociendo
devolver las monedas queria:

tarde, tarde llorando decia:
—He mentido: el dinero tomad.
Ese justo que el pueblo atropella
por Satan en su furia impelido,
es, temblad, el Mesias prometido:
es el Hijo del Dios de verdad.

Todo inútil; los fieros doctores
que al apostol traidor escucharon,
con sonrisa fatal contestaron:
—Tarde es, Judas.—Y Judas marchó.
Y Luzbel torturando su alma
con su aliento infernal y candente,
á morir impulsó impenitente
al que ingrato á su Dios olvidó.

Mientras tanto entre inícuos sayones
á Jesus maniatado llevaban,
su humilde y paciencia insultaban
con sarcasmo grosero y cruel;
fieras turbas con saña creciente
maltrataban al Dios bendecido,
que humillado, negado y vendido,
apuraba del cáliz la hiel.

Y el que sólo á salvar vino al hombre,
fué juzgado con torpe malicia,

y Pilatos con negra injusticia
condenólo malvado á morir.
Sus verdugos con rabia cruenta
sin piedad al Cordero azotaron,
y su cárdeno cuerpo dejaron
tinto en sangre de tanto sufrir.

Multitud de punzantes espinas
traspasaron su hermosa cabeza,
con horrible maldad y fiereza
en sus hombros cargaron la cruz;
rudos golpes con manos impías
sus mejillas divinas hirieron,
con salivas inmundas cubrieron
su semblante de célica luz.

Y abrumando de oprobio y desprecio
fué Jesus por Salem conducido,
calumniado, arrastrado, oprimido,
comparado y pospuesto á un ladron.
Pero el Verbo encarnado en Maria
siempre dulce, sumiso y paciente,
á quien mas le atormenta inclemente,
èl le dá generoso perdon.

La mujer entre todas bendita,
la prudente, la santa, la buena,

quiere ver aunque muera de pena
de Jesus la sangrienta pasion.
Desalada en su busca se lanza
porque el alma su ausencia lacera,
y atraviesa con planta ligera
la deicida ciudad de Sion.

En los hombres Luzbel rencoroso
iracundo, ponzoña vertia,
y con rabia infernal impelía
contra Cristo del pueblo el furor.
— Que padezca tormentos crueles
la que supo triunfar del pecado;
la que pura mi frente ha humillado
dolor sufra cual no hubo dolor.

VI

Inmenso es el pesar grande es el duelo
de esa hermosa muger que en tristes ayes,
cruza plazas y calles
sin encontrar consuelo.
Manchas frescas y rojas vé en el suelo,
y cayendo de hinojos,
dice, elevando sus divinos ojos
que el llanto ha escandecido:
«llégate, Juan, discipulo querido;

llega, y mira la tierra enrojecida
con la sangre del Hijo de mi vida.

¡Hijo de mi querer, bien de mi alma,
estrella que me guia!
Grande como la tuya es mi agonia;
y te busco afanosa
por mirar otra vez tu faz hermosa.
Vamos, que el populacho ronca y grita,
y una turba feroz se precipita
con rabiosa locura,
por la calle fatal de la amargura.
Salgámosle al encuentro,
que sin duda á Jesus traen en su centro.

¡Ay! allí viene de dolor transido,
como un loco amarrado;
con los golpes y el polvo, ennegrecido
su rostro delicado;
injuriado, escupido,
y de espinas punzantes coronado.
¡Hijo del corazon! Su pié vacila,
y su barba destila
gota á gota la sangre inmaculada,
que mana de su frente taladrada:
su cabeza se inclina,
y bajo el peso de la cruz declina.

Mirale, Magdalena,
y abarca la estension de mi honda pena,
viendo al pueblo judio
que asi se ensaña con el Hijo mio.
Ya nos vió mi Jesus, y una mirada
nos dirije de amor y de ternura:
conoce de mi alma la tortura,
quiere darme consuelo,
y fuerzas para mi demanda al cielo.

¡Por fin ya te encontré, prenda adorada,
centro de mi alegria!
Sola y atribulada,
dulcísimo Jesus, sin tí gemia;
te he buscado anhelante;
en toda direccion por tí he corrido;
trémula y palpitante
tus huellas he seguido,
y ansiosa vuelvo á verte
humilde caminando hacia la muerte.

Ved cual lleva propicio
el paciente Cordero,
como Isaac, la leña al sacrificio.
Y ese rudo madero
que lacera su hombro,
ha de ser con asombro

ante la faz del universo entero,
enseña soberana
de redencion para la raza humana.

¡Templo de mis amores!
¡Hijo de mis dolores!
Su planta desgarrada, ya se apresta
para subir por la empinada cuesta
del áspero Calvario.
La turba, de gritar enronquecida,
brama furiosa en su tercer caida,
¡porque anhela impaciente
verle espirando de la cruz pendiente!

Juan, de Jesus los pasos seguiremos;
del Gólgota á la cumbre subiremos
entre los opresores
que ofende al amor de mis amores:
le tenderé mis brazos
al pié del árbol santo prosternada,
y con el corazon hecho pedazos,
acogeré su postrimer mirada.

¡Ay de mí! ¿quién dijera
que aquel niño querido,
que allá en Belen naciera,
y en mi amante regazo habia dormido,

el que á Jerusalen viniera un dia,
y fuera saludado
con gritos espontáneos de alegria,
y con palmas y oliva festejado;
hoy trocando el contento en saña fiera,
en ese mismo pueblo envilecido,
el Hijo santo de David se viera
sentenciado á morir escarnecido?

Ciega Jerusalen ¿no has penetrado
que ese con quien te muestras tan impía,
es el Verbo divino y humanado
que al mundo viene á dar paz y alegria?
¡Desgraciada Salem! ¿Has olvidado
al que dictando leyes,
con júbilo has llamado
Soberano Señor, Rey de los Reyes?

¡Dios de misericordia! ya ha sonado
un golpe y otro mas, seco y horrendo.
El momento de prueba ya es llegado,
y el alma desgarrada estoy sintiendo.
¡Hijo de mi ternura!
fuerzas para apurar tanta amargura;
que herido desfallece de agonia
el corazon amante de Maria!
¡Poderoso Jehová, clemente y pio!
¡dónde hay dolor que se parezca al mio!

¡Ay! ya en la cruz se eleva suspendido
el divino Cordero inmaculado,
que al hombre empedernido
con su sangre rescata del pecado.
Sed tiene el hijo mio;
y sus verdugos con audacia loca
y con escarnio impio,
hiel y vinagre ponen en su boca.
¡Ay mi prenda querida!
de verte padecer estoy sin vida.

Ya desfallece mi Jesus amante
y no exhala una queja;
ya se eclipsa la luz de su semblante,
y cuando vá á espirar entre dolores,
como una prueba de su amor me deja
por madre universal de pecadores.
¡Ea! raza delincuente,
que la sangre que el justo ha derramado,
no haya sido vertida inutilmente.
No más ingratitud, no más pecado;
por vosotros ha muerto un inocente.
¡Jesus os ha salvado!
¡Descendientes de Adan, venid, yo soy
amparo y Madre vuestra desde hoy!

Espíritu del mal, estás vencido:
al pecador el Justo ha redemido.

Humilla tu cabeza,
que una mujer enfrena tu fiereza;
y pues plugo al Eterno,
Yo triunfo del pecado y del averno.

VII

Astro que brillas
desde el cenit,
dulce Maria,
ruega por mí.

—

Divina madre
de los Dolores,
fuente de amores,
fúlgida luz;
flor de los Cielos,
tórtola triste,
¡cuánto sufriste
junto á la cruz!

—

Del mar Estrella,
radiante sol,
dulce Maria,
ruega por nos.

¡Cuánta amargura,
cuánta agonia,
¡ay! madre mia
te combatió,
y del martillo
al golpe fiero
punzante acero
tu pecho hirió!

—

Astro que brillas
desde el cenit,
dulce Maria,
ruega por mí.

—

¡Oh! Virgen pura,
consuelo y vida,
segura ejida,
dicha eternal,
Sol de esperanza
que al Cielo guia,
sálvanos pia
de todo mal.

—

Fragante rosa
de Jericó,

dulce Maria
ruega por nos.

—

Cuando espirante
á tu hijo viste,
madre te hicíste
del pecador,
y por nosotros,
Reina adorable,
incomparable
fué tu dolor.

—

Astro que brillas
desde el cenit,
dulce Maria,
ruega por mí.

—

De la serpiente
¡Oh! Virgen santa,
siempre tu planta
holló la sien,
y por tí iremos
¡oh madre amante!
á la triunfante
Jerusalen.

Casta azucena
de albo color,
dulce Maria
ruega por nos.

—

Viril sagrado,
vaso elegido,
por tí vencido
Luzbel quedó;
y al oir tu nombre,
bendito y tierno,
raudo al averno
temblando huyó.

—

Astro que brillas
desde el cenit,
dulce Maria,
ruega por mi.

—

Divina Madre
de los Dolores,
fuente de amores,
fúlgida luz,
flor de los cielos,
tórtola triste,

¡cuánto sufriste
junto á la cruz!

—

Templo en que el Verbo
se reclinó,
dulce Maria,
ruega por nos.

—

Cándido lirio
místico y puro,
puerto seguro
de salvacion.
Suprema Virgen,
célica aurora,
á quien adora
mi corazon.

—

Astro que brillas
desde el cenit,
dulce Maria,
ruega por mí.

—

Los pecadores
à tí llegamos,

de tí esperamos
eterno bien.
Calma benigna
nuestro quebranto,
por el que Santo
nació en Belen.

—

Llena de gracia
Dios te creó,
dulce Maria,
ruega por nos.

—

Sea para siempre
nuestro consuelo,
Reina del Cielo,
tu proteccion.
Sénos propicia
madre amorosa,
dános piadosa
tu bendicion.

—

Astro que brillas
desde el cenid,
dulce Maria.
llévame á tí.

Ana Maria Franco.

A LA MADRE DEL AMOR HERMOSO

en el

ULTIMO DIA DE MAYO

Adios, mes delicioso,
Adios florido Mayo,
Dedicado á la esposa
Del Espíritu Santo.
A la obra mas perfecta,
Al mas puro sagrario
Que el Hacedor formára
con su potenta mano:
A la que, santa y pura,
La respetó el pecado,
Y fué sin mancha Virgen
Despues y antes del parto:
La que de gracia llena
Nos brinda con su amparo,
Y sus brazos nos tiende
Amorosa llamándonos:
La que perdona dulce
El mal que le causamos,
Y nos prepara el cielo
A costa de su llanto:

La que es toda clemencia,
Y siempre está rogando
Por esa raza ingrata
de míseros humanos.
Ella es el casto lirio,
El mas fragante nardo
que en el jardin del cielo,
Sublime á descollado;
La palma victoriosa
Que en el desierto espacio,
Su sombra nos ofrece
Para eterno descanso:
La madre cariñosa
Que enjuga nuestro llanto
Consuela al desvalido.
Y á puerto lleva al náufrago;
La régia intercesora,
Mártir, al pié del lábaro,
La que regó con lágrimas
El sangriento Calvario:
La que de Juan en nombre,
Con maternal cuidado,
Nos adoptó por hijos
Y nos está esperando.

. . . . . .

¿Por qué nos detenemos,
Pecadores hermanos,

Y ante su imagen bella
Sumisos y postrados
Con corazon contrito,
Amantes, no llegamos?
A sus plantas volemos
Antes que espire Mayo
Y ofrezcámosla humildes,
Un oloroso ramo
De rosas y jazmines,
Violetas y geráneos,
Azucenas, claveles,
Jacintos y amarantos.
Y con rico cintillo
De perlas y topacios,
El ramo sujetemos
Para à sus piés dejarlo;
Pero no, que á sus ojos,
Será mucho más caro
En vez de pedreria
Nuestro sincero llanto.
El arrepentimiento
Será más de su agrado,
Que perlas y que flores:
Vamos, que espira Mayo,
Adios, mes delicioso,
Adios, hasta otro año,
Que vuelvas á ofrecernos,

Tus delicados ramos.
Adios, Virgen Macia,
Sé siempre nuestro amparo,
Y cúbrenos propicia,
Con tu divino manto.

Ana Maria Franco.

MARIA EN ESPAÑA.

I.

Maria, Hija de Dios.

Corria el año 734 de Roma.

Octavio Augusto era dueño y señor de los hombres y cosas de la tierra.

No habia pueblo ni nacion á donde su poder no alcanzase, á donde su yugo no se hiciese sentir.

El imperio de Roma habia llegado á su colmo: todo lo dominaba, todo era suyo.

Los hombres de todas partes inclinaban humillados la cabeza, y de manos de los señores de la ciudad de Rómulo recibian las leyes y ritos que habian de guardar, las tierras en que les era permitido vivir, y los reyes á quienes les era preciso obedecer.

¡Desgraciado del pueblo que no le pagaba y rendia tributo!

La sangre de sus hijos era entonces vertida

sobre los escombros humeantes de sus hogares y cabañas.

En las plazas públicas de la ciudad eterna, se vendian al mejor postor, aquellos que prisioneros antes de poder arrancarse la vida por sí mismos, eran enviados cargados de cadenas por sus generales pretores.

El mundo era romano.

Lo que no era romano, era sinónimo de esclavitud.

Gobernaba en este tiempo á Judea con el título de rey, Herodes.

Su poder dependia del poder de Roma. (1)

Sin embargo su orgullo no tenia igual, así como su tirania y sed de riquezas.

La ostentacion de que hacia alarde, sólo podia compararse con la que se engalanaban los mismos Césares de quienes era tributario.

Y los gastos que le imponia la satisfaccion de sus deseos, la vanidad, impureza y avaricia, como tambien las cuantiosas sumas que el Imperio le exijia, los sufragaban los pueblos de

(1) El rey de los judíos comprando á precio de oro una proteccion caprichosa, no era otra cosa que un esclavo coronado. —Orsini.—Libro XI, página 276.

que se llamaba señor, pagándole para ello las más onerosas exacciones. (1)

Las más santas y justas leyes eran violadas por el poderoso tirano de Judea.

Herodes fué digno secuaz de la impia dominadora del mundo. (2)

Principiaba el dia que se cuenta del mes de Tisri. (3)

La pequeña y pobre ciudad de Nazareth, asentada como blanca paloma en su nido, entre el

(1) Un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio formaba su corona tributaria, corona de siervo entretegida de espinas, y cada hoja de la cual habia sido pagada con montones de oro, arrebatado á las economias del rico y á la indigencia del pobre.—El abate Orsini en la Historia de Maria, Madre de Dios, libro XI, página 276.

(2) Era Herodes uno de los más crueles é inhumanos príncipes que ha habido jamás Antonio habia hecho que el Senado le nombrase rey de los judios. La ambicion y la sospecha eran sus pasiones dominantes; y la inhumanidad era el carácter que le distinguia. Habia hecho ahogar á Aristóbulo, su cuñado y sumo sacerdote; hizo matar á su abuelo Hircano, á Marianne su mujer, y á Alejandra madre de Marianne; hizo degollar á sus propios hijos; no perdonó á sus más caros amigos.—El P. Juan Croisset.

(3) Mes de Setiembre.

Tabor y el Carmelo, se hallaba alumbrada por el hermoso astro, fiel compañero de la noche.

El alba esparcia por el horizonte sus más bellos matices.

Las estrellas lanzaban de sí fúlgidos resplandores con que nunca alumbraron.

Mil ecos sonoros esparcidos en el espacio por las verdes enramadas, el Cison que fecundizaba las praderas y los lejanos mares, hacian á la brisa portadora de melodias misteriosas que embriagaban el espíritu.

La naturaleza en medio del silencio que reinaba en derredor, regocijábase en alabar á Jehová.

Sin duda los de Nazareth entregados al sueño se hallaban, cuando siquier desde las azoteas de sus moradas, no hacian disfrutar á los corazones de la alegria de que era partícipe la creacion toda.

Si así no fuese ¿cómo no admirar tanta majestad?

¿Cómo no adorar tanta belleza?

La aurora en todo su esplendor apareció en el horizonte revestida con un rico manto de carmin y oro.

Y la aldea de Nazareth entonces pareció cambiar de forma.

Asemejábase ahora á un lindísimo canastillo de blancas flores en que aspiraban sus perfumes brillantes luciérnagas.

Las aves más peregrinas y de todas las regiones unidas allí de consuno, daban al aire sus deliciosos gorgeos y cantares.

Y esta animacion de vida con que la aurora fué saludada, sin duda despertó á aquellos indolentes habitantes de su imperdonable soñolencia.

Las puertas de algunas casas fueron abiertas y de ellas destacáronse humildes mujeres y honrados labradores.

La humanidad daba ya señales de su existencia

Al poco tiempo oyéronse el cantar de la zagala que con su ánfora va por agua á la fuente cercana y los dulces sonidos de la flauta pastoril que se mezclan en confusion armónica con el balido del manso corderillo, el inseparable tin tin de la esquila que le guia y el rechinar de las ruedas del carro de bueyes.

En una de las casas que de más modesto aspecto se encontraban en una de las más tortuosas calles del lugar, notábase animacion distinta que en todas las demás.

Algunas mujeres de la vecindad solian entrar y salir frecuentemente por sus puertas.

En el interior de aquella casa tambien afluia el movimiento.

Aquellas solicitas mujeres tan pronto se hallaban cerca del hogar, tratando de avivar la lumbre á fin de conseguir la ebullicion del contenido en los diversos vasos que en círculo á ella estaban próximos, como al lado de una anciana que en una habitacion poco distante encontrábase sentada en modesto sitial de madera é inclinando su frente sobre cercano lecho.

Bellísimo é interesante era el rostro de la anciana. Su aspecto de bondad y mansedumbre realzaba la hermosura típica de sus facciones.

Todas aquellas que la cercaban, sin duda que poseian los dónes de la belleza y las gracias de la juventud; mas sin embargo á su lado estas dotes se oscurecian; pues en su belleza habia más dulzura y en sus años más gracias.

De su cabeza ornada ya de algunas hebras de plata, parecia fulgurar radiante luz.

Llamábase Ana y era hija de Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, y de Maria de la tribu de Judá. (2)

Hacia más de cuarenta años que sus padres

(1) Vida de Santa Ana.—El P. Croisset, dia 26 de Julio.

la dieron por esposo á Joaquin hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan (1)

Ambos esposos profesábanse ese amor puro y acendrado, que constituye la felicidad de los que á vivir unidos se obligan.

Habian nacido el uno para el otro.

En los dos se hallaban todas las virtudes: las mismas inclinaciones, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres, abrigaban sus corazones.

Su vida habia pasado hasta allí, solos en el retiro de su casa y dedicados á la oracion y la limosna.

Aunque descendientes de familia real, por la de David, y sacerdotal por la de Aaron, no poseian riquezas, viviendo de su trabajo.

Solo un deseo habia amargado por espacio de mucho tiempo á los dos felices esposos; pues siendo entre los hebreos infamante y oprobiosa la esterilidad, el Dios que adoraban no habia permitido concederles un hijo.

Las fervientes súplicas y oraciones de las almas virtuosas, siempre han sido atendidas por

(1) La Natividad de Nuestra Señora.—El P. Croisset, dia 18 de Setiembre.

el Señor de cielo y tierra; y así es, que habiendo llegado á las gradas de su esplendente trono, las que Joaquin y Ana incesantemente le elevaban en medio del incienso del sacrificio, fueron oidas.

El Señor Potente, que apareció á Moises envuelto en rayos de fuego, les hizo merced del precioso don que tanto ansiaran.

La gracia cayó sobre aquellos dos perfectos séres, y fueron privilegiados sobre la tierra.

Un enviado de la celeste esfera les diò el anuncio de su esperada dicha. (1)

Y habia pasado el tiempo marcado y la prediccion del Angel iba á ser cumplida.

Hé ahí porque la anciana hallábase rodeada de aquellas buenas mujeres, que gustosas habíanse prestado á asistirla en el trance dispuesto por la naturaleza.

Y hé aquí, porque el respetable y sencillo Joaquin en habitacion próxima se estaba muy contento y alegre, dando conclusion á un lecho de blanco mimbre.

---

(1) "La Santa Madre de la Virgen instruida, segun se dice, por un Angel del valor del rico presente que le hacia el cielo, dió solemnes gracias al Señor."—El abate Orsini.—Historia de Maria Madre de Dios.—Libro III, pág. 114.

A su lado tenia varias matas de aromático tomillo y oloroso romero, arrancadas por él mismo de campo cercano, y que habian de servir para templar las primeras ropas del deseado, no nacido, y ya amado bien.

El sol asomó brillante por oriente sin que por ello la aurora ocultase sus magníficos colores, la luna déjase de despedir su simpática claridad y las estrellas y luceros, luciesen su vívido resplandor.

Al contrario, todos los astros parecieron adquirir mayor intensidad, más luz.

Las corrientes del rio y arroyos que afluian al mismo, y los que de él partian canalizados para regar las plantas y arboledas de los huertos que rodeaban á Nazaret, asemejábanse á ricas cintas de plata movidas por la suave brisa, y en las que se reflejaba, formando mil cambiantes, el color de la aurora.

Y esas cintas de plata líquida, mecíanse y ondulaban en un lecho de verde alfombra, que por un prodigio de la naturaleza habia nacido al romper el dia, y en aquel instante, exhalando

mil aromas, de ese verde brotaron infinitas flores de distinta clase, distintas regiones y distinto colorido.

Y á estas flores como premio á los perfumes con que embalsamaban la pura atmósfera, el sol las enviaba sus vivificantes rayos, el rocío las regalaba perlas, las corrientes en su rápida marcha las saludaban con un beso de casto amor, depositando en sus hojas millares de diamantes, y las ligeras mariposas, enamoradas, guardaban en sus frescas corolas los más tiernos secretos, y como prueba de fraternal cariño ostentaban los matices de sus ropajes.

Y los pajarillos saludaban con trinos variados el portento que allí se obra, desde los frondosos ramajes de árboles y arbustos, que tambien se han adornado de lindos frutos los unos y de aromático azahar los otros.

Los hombres que conducen los rebaños, y los que han salido de su casa para dar principio á sus faenas diversas; las mujeres que á la fuente ó cisterna fueron y las que, hacendosas, madrugaron; al observar tanta maravilla, asombrados, y con temor y gozo á la vez, prosternáronse y adoraron al Dios, que para su admiracion tales grandezas obraba.

Y con efecto, la creacion toda tomaba en

aquel instante una vida y animacion sobrenatural.

El otoño y la primavera en union, presentáronse á porfia brotando encantos.

Se respiraba la dicha, el placer, el complemento de la felicidad.

Y en el momento aquel en que tanto prodigio tenia lugar, Ana habia dado á luz una hermosísima niña. (1)

Niña llena de gracias, de magestad, de esplendor.

Niña, que al ver la claridad del dia, sus ojos de paloma se fijaron en el cielo y en sus labios rojos destacó una inefable y angelical sonrisa.

Y aquella mirada, aquella sonrisa hubieron de penetrar en la bóveda celeste, puesto que rasgándose, dió salida á ráfaga luminosa que en línea recta descendió hasta inundar la modesta morada en que se hallaba.

Y de aquella ráfaga descendieron espíritus célicos, que la circuian, derramando sobre la infantil niña aromas deliciosos que embriagaban el ánima de inefables y puros sentimientos.

---

(1) Toda la naturaleza se desahoga en transportes de jubilo por el nacimiento de María.—S. Juan Damasceno.

Y tras aquellos espíritus descendian otros, que pulsando distintos instrumentos, vertian torrentes de armonia, que penetrando en el corazon impulsaban al arrobamiento.

Y otros, que en dulces y melodiosos cánticos repetian incesantemente: Dios te salve Maria, la elegida del Señor.

Y Ana y Joaquin dichosos, cual no otros padres, la miraban extasiados.

Y ambos luego, elevando la vista hácia donde se asienta Jehová, levantaron sus corazones en fervorosa plegaria.

Plegaria que concluyó sólo Ana con estas palabras:

—«Yo cantaré á mi Dios y Señor himnos de alabanza, porque me ha visitado; y porque, apartándome del oprobio de mis enemigos, me ha dado multiplicados frutos de su justicia.»

«¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana ha sido fecundada? Oid vosotras, tribus todas de Israel, oid: Ana ha concebido: Ana lacta ya á su hijo.»

Y las mujeres que la asistian, inclinadas como en oracion, la contestaron:

—Alabado, ensalzado y reverenciado sea el Dios de David, que tal prodigio obró en tí, Ana.

Bendito sea por todos los siglos de los siglos

el Dios que tal fruto de bendicion te concedió, Ana.

Dichosos seréis por una eternidad de eternidades, Joaquin y Ana; vosotros, padres del casto lirio de la Galilea, de la nítida y pura azucena de Judá, de la cándida y galana rosa de Jericò.

Y los coros célicos volvieron á repetir:

—Dios te salve, Maria, la elegida del Señor.

Dios te salve, estrella de los mares.

¿Quién era esa niña, que las flores presintieron, y al nacer la enviaron sus aromas?

Que las aves, las fuentes, los arroyos, los árboles, las plantas y la brisa, arrullaban con cadenciosa armonia?

Que saludaban el sol, la luna, los luceros, las estrellas y la alborada?

Que los Angeles llamaban Maria, la estrella de los mares?

Que el Dios de Sinaí, glorificaba con un rayo de su divinidad?

Aquella niña de que irradiaban resplandores de brillante luz;

Aquella niña que rodeaba luminosa gloria;

Aquella niña mecida al suave movimiento, impulsado por la mano de dos virtuosos y bondadosos ancianos, del lecho de blancos mimbres fabricado en forma de ovalada canastilla;

Aquella niña envuelta en toscos lienzos de lino;

Aquella niña nacida sin pompa y fausto mundano;

Aquella niña que vió la luz del dia en la tierra, no en un suntuoso, magnífico y dorado palacio, sinó en una humilde y modesta casa de la pobre aldea de Nazaret;

Aquella niña que no adornaban su estancia elegantes y costosas colgaduras, mágicos tapices, vistosas alfombras, lámparas de pórfido y oro y ricos pebeteros en que á la vez ardiesen los perfumes del oriente, cual se hallaban engalanadas las de los príncipes hebreos, sinó con rústico mueblaje, blancos pabellones y ramos de níveos jazmines, moradas violetas, carmíneos claveles, doradas campanillas y rosas nacaradas, flores todas arrancadas de sus tallos por la mano del más cariñoso de los padres:

Aquella niña, era la prometida por el mismo Dios, Criador del universo, al dirigir su palabra á la astuta serpiente incitadora del pecado que á Adan y á Eva desterrara del Paraiso en

que fueron colocados en un principio, diciéndola: «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los dias:»

«Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, y tu pondrás acechanzas á su carcañar.» (1)

La que los Profetas anunciaron como la regeneradora de la raza humana.

La segunda Eva.

La concebida sin mancha y nacida en la gracia.

La brillante aurora que habia de disipar las tinieblas en que por tantos siglos se hallaba envuelta la generacion de Adan.

La que convirtió en alegria la tristeza que causara en nosotros Eva, la primera mujer.

La que encerró en si un tesoro inmenso de virtudes, gracias y sabiduría.

La que hechura del Dios de Jacob, fué por El mismo elegida para ser esposa y madre.

La Reina de los Angeles.

---

(1) El Génesis.—Capítulo. III. v. 14 y 15.

El refugio y consuelo de los pecadores.

La tabla salvadora del naúfrago, perdido entre el oleage tempestuoso del mar de las pasiones.

El faro, la estrella refulgente que guia al descarriado en el camino incierto y espinoso de la vida, á puerto seguro de salvacion.

La alegria de los niños.

El consuelo de los ancianos.

El seno pudoroso donde se depositan todos los dolores, todas las lágrimas, y en el que aquellos reciben alivio, y estas son enjugadas.

La casta violeta que oculta entre su verde ramaje, solo es conocida por sus virtudes, que impregnan el ambiente del dulce aroma que exhalan.

La blanca paloma que solo presta sus amorosos arrullos al compañero que la providencia le depara y á sus tiernos hijos, que cubre bajo sus flexibles, níveas y amparadoras alas.

El fresco y puro nacimiento de donde brotan las aguas que formando gruesa corriente, luego cual arbol frondoso, dividiéndose en mil ramajes, se esparce caprichosamente en extension inmensa llevando tras sí la abundancia y la felicidad.

Aquella niña, era Maria la estrella de los mares.

II

Maria, Madre de Dios.

Algunos años han pasado desde que tuvo lugar el prodigioso nacimiento de Maria, hija de Joaquin y Ana.

Es el año 748 de Roma.

El emperador Augusto sigue siendo dueño y dominador de los hombres, los pueblos y las cosas.

Cansadas las naciones de las sangrientas luchas que por su independiencia habian sostenido derramando á torrentes la sangre de sus mas valientes hijos han deja lo sus armas y han apagado por un instante los impulsos de su amor pátrio.

Existe una paz inconcebible á la penetracion humana, entre la ciudad opresora y los pueblos oprimidos.

Herodes tambien vive y reina aun en la Judea.

Y como siempre fué, sigue siendo inhumano, impio y brutal, no pensando mas que en dar satisfaccion á sus deseos y apetitos desordenados.

En Belen hace dias se ha dado principio al

empadronamiento ordenado por el César tres años há, á fin de saber no solo el número de personas, sino tambien las riquezas territoriales que poseia cada uno de los pueblos de que se habia hecho dueño el imperio, y con ello hubiese una base fija y segura para exigirles despues los tribus de metálico y servidumbre.

Llevaba á cabo el empadronamiento Cyrino gobernador de Siria, que lo habia ya efectuado en la Fenicia y Cele-Siria durante el espacio de tiempo que media entre la fecha del decreto imperial, hasta la en que dá principio nuestro relato, que es el 25 de Diciembre de dicho año. (1)

Los descendientes de la tribu de David, habian acudido con profusion á dar cumplimiento al mandato que les ordenaba inscribir á sus nombres y fortunas en el padron general del mundo romano.

Todas las casas y posadas se veian ocupadas por viajeros y mercaderes, habiendo tenido los dueños de estas últimas que adoptar la medida de no admitir en ellas, mas que á las gentes de alguna posicion; así es, que mil familias que les

(1) El abate Orsini-Historia de Maria Madre de Dios, página 277.

era negada la hospitalidad en estas y no tenian en la ciudad amigos ni parientes que pudieran acojerles, se hallaban diseminadas por las calles y plazas, sin saber que partido tomar.

El frio iba aumentando conforme la noche avanzaba y los pobres, con sus ancianos, mugeres y niños: que no habian encontrado un hogar donde resguardarse y pasar la noche, unos iban tomando posesion de los umbrales de las casas, y otros se dirigian á las afueras de la poblacion.

Grupos admirables y llenos de una poesia singular, hubiese encontrado el artista pintor que quisiera trasladar á sus lienzos la espresion varia que un mismo motivo ó causa hace tomar al hombre en sus distintas posiciones y edades.

Veianse ancianos de luenga y blanca barba, que resignados con su dolor y su miseria, trataban de infundir un valor de que carecian, á tristes y desesperados jóvenes, que no pudiendo llevar con paciencia el tener que dejar espuestos á la intemperie de una noche de invierno y sin un sitio donde poder reclinar la cabeza de aquellos venerables, á quien daban el dulce nombre de padre, de sus queridas esposas y amados hijos, dejándose del carácter propio á la juventud, se desahogaban en mil denuestos contra los

habitantes de Belen, tan 'inhospitalarios y avarientos, y aun algunos trataron de procurarse albergue por la fuerza.

Tambien podian verse en los sitios mas resguardados del viento que del Norte soplaba, algunas parejas que esposos y padres deberian ser, puesto que, dejando casi en descubierto sus cuerpos de los mantos y capas que los abrigaban, hacian cubrir con ellos à porcion de niños de ambos sexos y de mas ó menos edad, que á su alrededor y en sus regazos se apiñaban, á fin de resguardarles del intenso frio que se hacia sentir.

Mugeres hermosas como siempre lo fueron las de raza hebrea, mústias y en silencio recorrian las tortuosas calles de Belen, trataron de implorar de puerta en puerta para sus familias, y un asilo, ya un poco de pan que saciara el hambre y apagara el llanto que de los ojos de los tiernos infantes que las acompañaban, brotaba en abundancia; pero los sentimientos de caridad estaban borrados de los corazones de los belemitas, tan duros como el del orgulloso estranjero, que para su ignominia y la de la Judea, les gobernaba con el falso título de rey, tributario del César.

Jóvenes recorrian tambien las calles y las plazas, que con el alma llena de ilusiones y sin tener en cuenta lo que por ellos y los suyos pasaba, se entregaban al placer de tañer armoniosos instrumentos y de hacer vibrar en el espacio sonoros cantares.

Jóvenes, que olvidados aun de sí mismos, requerian de amores á las que en su pecho habian encendido con sus miradas esa llama inestinguible y ardiente, de cuyo foco si bien se desprenden puntos de luz, que son el principio de toda las virtudes, tambien son causa de todos los males, si esa llama arde en los corazones embrutecidos por el vicio.

Niños que al pálido resplandor de la luna se ocupaban con la alegría que les es propia en mil juegos infantiles, sin temor y sin advertir que sus ropas eran humedecidas por el helado relente de la noche.

Y entre todas estas gentes y las que en las afueras habian tomado posesion de un sitio, ya bajo los deshojados árboles, ya bajo las paredes aun en pié de algunas ruinas, ó las de una cueva ó peña saliente, transitaban soldados con trages a la romana, vista airada y cara de fiera, que vigilantes, espiaban los movimientos y menores acciones de toda persona, creyendo en cada una ver el asesino de que, receloso, soñaba

verse amenazado siempre su señor el rey Herodes.

La ciudad de David, Belen, parecia hallarse de fiesta.

Cualquiera que á ella se hubiese acercado sin conocimiento de que aquellas gentes que pululaban por sus desiguales y sinuosas calles y afueras no tenian un albergue ó asilo donde guarecerse, hubiera creido dichosos á sus vecinos y que entusiastas de la poesía tierna y melancólica que inspira la blanca luna en serena noche, querian en aquella disfrutar de sus encantos.

Las estrellas marcaban la media noche.

Una muger que acompañada se hallaba de un hombre de alguna edad, en lo profundo de una oscura escavacion que al Mediodia y á pocos pasos de la ciudad se encuentra, acababa en aquel momento de dar á luz un hermoso niño, sin que el dolor hubiese contraido en lo mas mínimo sus delicados miembros y sin que asistencia ni ayuda alguna hubiese sido necesaria.

Aquel niño que nacimiento tan milagroso acababa de tener, despidió de sí flamante luz é inundó de una claridad brillante la cueva.

Recostado en un lecho de húmeda paja y sobre un pesebre que allí habia, pues sin duda aquel recinto estuvo ocupado antes por algun conductor de camellos, y envuelto en toscos pañales, aquel niño despues de haber acariciado con la vista á sus padres que arrodillados á su lado se veian como en adoracion, tendió la mirada poderosa que irradiaba de sus rasgados y pardos ojos, hácia la campiña que se presentaba desde la embocadura de la caverna, y al momento las nieves desaparecieron.

Las corrientes de los rios y arroyos adquirieron vida y movimiento.

Los árboles y las plantas brotaron, y dieron verdes hojas, olorosas y balsámicas flores, y vistosos frutos.

Las fieras y animales dañinos, representacion del espíritu del mal, huyeron despavoridas á ocultarse en lo mas profundo de su espantosas guaridas.

Las aves, despertando del sueño que las embargaba, dieron al viento sus mas melodiosos gorgeos.

La tierra despedia de sí hermosura y fragancia.

La brisa suspirante, mensagera fiel de las esencias terrenales, trasportó al cielo envueltas

con su trasparente é impalpable manto, las que la naturaleza exhaló en aquel mismo instante como débil tributo á la resplandeciente mirada que la engalanó de tanta lozanía.

Los hirvientes volcanes apagaron sus llamas y la lava destructora que tras sí arrojaran, quedó en estado de petrificacion formando vistosos golpes de vista.

Los mares, serenos, eran espejos donde se reflejaba la brillante bóveda celeste, y en sus superficies ostentaron sus ricas escamas de oro, plata, gualda y azul, millares de peces, que contentos celebraban la tranquilidad en que se hallaba el elemento de su vida, con juegos y saltos.

Las estrellas, siempre bellas, como deseosas de participar del contento universal, quisieron separarse de la ruta que Dios les impuso en un principio, y agitadas, ya que les estaba vedada su aproximacion á la tierra, la enviaron sus más vivos resplandores.

La luna magestuosa en medio de todos los astros que presidia, apareció hermosa como nunca. (1)

(1) Hauberto en sus Anales dice que en la noche del Nacimiento de Cristo, vióse en España la luna más resplandeciente

Meteoros luminosos cual soles de rosa, impregnaron el espacio el color de la reina de las flores.

Prodigios se notaron en el cielo.

Luceros errantes que anunciaron á los sabios magos que habitaban en Seleucia, el nacimiento del Mesias esperado y prometido por los patriarcas y los profetas.

Y nubes de trasparente gasa y brillo, alumbraron las naciones.

Y ángeles mil descendieron á la tierra.

E himnos de júbilo, alegria y placer, vertieron sus arpas célicas.

Himnos triunfales resonaron en el interior del establo en que se hallaba aquel niño que el cielo y la tierra saludaban con tanto amor.

Y la Madre, extasiada fija la vista en su divino hijo, y ocupada en un dulce arrobamiento,

que el sol, y al siguiente dia apareció este reproducido en tres veces. En la nota primera al libro IV de la Historia del P. Mariana, se dice tambien, que Morales al libro IX capítulo I refiriéndose á D. Lucas de Tuy y á la historia general, manifiesta se vió en España en la dicha noche, una nube muy clara resplandeciente que alumbraba como el sol, volviéndose la noche en claro dia.

adoraba aquel fruto de sus entrañas con una humildad afectuosa y profunda.

Y el anciano padre, reclinado sobre el pesebre, besaba con un cariño respetuoso los diminutos pies de aquel Supremo bien que Adonai le concediera, y lágrimas de ternura surcaban en sus tostadas megillas.

Y la Madre, llamábase Maria, y era aquella que al nacer tambien la naturaleza mostróse regocijada.

La que los Angeles saludaron con el dulce nombre de Estrella de los mares.

Como á la segunda Eva, regeneradora de la raza humana.

Prometida por sus venerables padres al Señor, pasó su juventud en el Templo de Jerusalen, en donde sólo tuvo el dolor causado por la muerte de aquellos.

Allí vivió tranquila y en contínua oracion, hasta que cumplieron los quince años, en que los Sacerdotes la impusieron el matrimonio y la manifestacion divina le señalase por esposo á Josef, hijo de Jacob, nieto de Matthan y descendiente de Zorobabel.

Cumplidas las ceremonias de su union y ofrecídola el virtuoso Josef conservarla en la virginidad en que habia vivido, con estas sublimes

palabras: *Tú serás como mi madre, y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová*, (1) emprendieron ambos su viaje á la Galilea y pueblo de Nazaret, donde el esposo ejercia el oficio de carpintero.

Doce meses fueron cumplidos cuando hallándose Maria en su modesta habitacion, vuelto el rostro hácia el Templo, y elevando al cielo ferviente oracion, se le presentó el Angel Gabriel, enviado del Eterno, y le dijo: «Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres.» (2)

Maria asombrada, no pudo esplicarse la presencia y salutacion del Angel; mas este continuó:

—«No temas, Maria, porque has hallado gracia delante de Dios:»

«Hé aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus.»

«Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino.»

«El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará

---

(1) El abate Orsini.—Historia de Maria Madre de Dios, libro VII, página 209.

(2) S. Lúcas.—Capítulo I, v. 28.

sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo, que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.» (1)

—«Soy la esclava del Señor:» contestó Maria, y el Angel voló al Empíreo.

Y desde aquel momento el Verbo encarnó en el virginal seno de Maria.

Y el tiempo avanzó, y José fué advertido del estado de Maria y dudó de su pureza.

Mas en un sueño, milagrosamente le fué revelado el secreto que guardara su esposa con tanto recato.

Y José alabó y reverenció la voluntad del Supremo Hacedor, y no se creyó digno de tanta honra.

Entrado hubo Maria en el noveno mes de su embarazo, cuando publicóse el edicto del Cèsar para que todos los ciudadanos de la Judea fuesen á inscribirse en el padron general, que por él mismo se mandara formar, y cumpliendo con lo ordenado y con la costumbre hebrea de figurar en estos actos por familias y tribus, se encaminaron á efectuarlo en el pueblo de Belen, ciudad nativa de David.

---

(1) S. Lúcas.—Capítulo I, v. 30, 31, 32, 33 y 35.

Llegado que hubieron, les fué negada como á pobres la hospitalidad, y entonces buscando un lugar donde descansar del penoso viaje, salieron á las afueras de la poblacion guiados sólo por la claridad del crepúsculo anunciador de la noche, saludada de cuando en cuando por el mahullido espantoso de los chacales, encontraron aquel lugar donde Maria acababa de dar á luz al Mesias prometido, al Hijo de Dios.

Hé aquí porque Maria y José, reverenciaban á aquel Niño.

Hé aquí porque Maria y José estaban en la incertidumbre de los cuidados, que debieran prestarle, pues á la vez veian en él á Dios hecho hombre, y á su propio hijo.

Hé aquí por qué la naturaleza se revistió de sus mas esplendorosas galas.

Y por qué los ejércitos celestiales descendieron sobre el establo de Belen y entonaron cánticos de alabanza.

Y los pastores que guardaban los rebaños en el fondo de los valles cercanos, acudieron presurosos á aquel lugar del que brotaban rayos de luz, y habiendo visto al que buscaban, le ofrecieron sencillos presentes, y el más anciano de entre ellos con acento tosco, pero afable, dirigió la palabra á Maria:

—Señora, la dijo, la noche llegaba á la mitad de su carrera y sentados al rededor de la lumbre en medio de la campiña nos hallábamos contándonos mútuamente las tradicciones é historias de nuestros abuelos, cuando una claridad inmensa deslumbrò nuestra vista y entorpeció por el pronto nuestros sentidos.

Vueltos del parasismo, divisamos con el mayor asombro, que aquella claridad partia de un hermoso mancebo, Angel habitador de la eterna gloria en que se encuentra el Trono del Dios de Israel.

«No temais, nos dijo, porque á traeros vengo una nueva que llenará de alegría á vuestro pueblo, y es que en la ciudad de David ha nacido vuestro Salvador que es el Cristo. Si quereis señales para hallarlo, os digo que encontraréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. (1)

Y dichas estas palabras volvió á remontarse en el espacio y unido á otros millares de espíritus celestes, dejaron oir una dulce cantinela que

(1) S. Lúcas.—Capítulo II, v. 10, 11 y 12.

decia: «*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* (1)

Visto el prodigio y oida la buena nueva, reunidos y de comun acuerdo, hemos corrido presurosos á ofrecer nuestras humildes primicias al Mesias que nuestros padres anunciaron habia de llegar para la salvacion de los hombres, y en verdad os decimos, que vuestro Hijo, es sin duda el Hijo de Dios, puesto que tal veneracion, cariño y respeto nos infunde, y el corazon quiere saltar del pecho por ofrecerse á El.

Bendita seas muger entre todas las mugeres, tú que has sido la elegida entre todas para ser madre del que reinará por siempre sobre la casa de Israel.

Bendito seas tú, tambien, bondadoso patriarca, que has sido el predestinado para representar al Padre en los primeros años del Hijo en la tierra.

Aquí concluyó el anciano pastor, y José con-

(1) S. Lúcas.—Capítulo II, v. 14.—"Segun opinion de autores graves tanto sagrados como profanos, la aparicion de los Angeles á los pastores no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi; que en Roma el templo de la Paz se desp omó súbitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre."—Orsini.—Nota 11, al Libro XI de la Historia de Maria, Madre de Dios.

vencido más y más del poder divino, admiró su omnipotencia.

Maria recogió en su seno aquellas palabras vertidas por unos labios rústicos y sencillos, y su alma tierna y sensible se conmovió.

Un presentimiento amargo cruzó tal vez por su mente.

Su vista iluminada por un rayo de la sabiduria eterna, tal vez alcanzaria á ver en lontananza el cumplimiento de las predicciones.

Los pastores se retiraron, y estendiéndose por los valles y las montañas, dieron cuenta como en una escavacion que cerca estaba de Belen, una mujer hermosa cual otra no existió jamás, habia dado á luz al Verbo anunciado por Isaias y todos los profetas.

Y la estrella que apareció en Oriente y que los sabios magos de Seleucia y Babilonia siguieron en su ruta, á los pocos dias fijóse sobre el establo donde naciera el Salvador del mundo, y los sabios inclinándose en su entrada y besando el polvo de su suelo, adoraron al niño Dios y le ofrecieron oro, incienso y mirra.

El tiempo de la redencion del hombre se iba acercando.

El que habia de lavar la mancha del género humano, estaba ya en la tierra.

El que habia de reinar sobre la casa de Israel, se encontraba ya posesionado de su reino.

Una mujer pura y sin mancilla, es su Madre.

Una Virgen creada por Dios al dejar libre el paraiso del hombre y su descendencia.

Su concepcion fué libre de toda culpa.

El ser madre, por obra fué del Grande Espíritu, y como el rayo del Sol traspasa el límpido cristal sin romperle, así dió á luz al Salvador sin que por ello perdiese su virginidad y pureza.

Maria, la estrella de los mares, ha dado al mundo á Jesus.

La esperanza, el áncora de salvacion.

La vida eterna.

La caridad, reverenciada por los humildes, los pastores.

La humildad, adorada por los grandes, los reyes.

La pobreza, ensalzada por los cielos, los ángeles.

El universo se reviste de alegria.

Dios está en la tierra y entre los hombres.

Maria fué la elegida para ser su Santísima Madre.

¡Gloria á Maria, la estrella de los mares!

III.

Maria, Madre de los hombres.

Lo que estaba escrito por el poderoso dedo de Dios, habia de cumplirse.

El tiempo de la redencion del hombre habia llegado.

Jesus, estaba en la tierra.

Y Jesus, era el Mesías prometido por los profetas.

El que habia de reinar sobre la casa de Judá por toda una eternidad de eternidades.

El que habia de cambiar la faz del mundo.

Y su vida como hombre y entre los hombres, fué sencilla y pura como flor nacida en el desierto.

Mas como la flor en el desierto, fué combatida por el simoun.

El simoun de las pasiones del orgullo humano.

Herodes, el infame é impio rey Herodes, apenas tuvo conocimiento de que el rey de los reyes habia nacido, y de las predicciones que en El habian de cumplirse, tuvo miedo de que su po-

der fuese derrocado, destruido, y ordenó á sus sayones la ejecucion del crimen más bárbaro, más inaudito, que en el mundo pueda haberse cometido.

La degollacion de todos los niños menores de dos años en Belen y toda su comarca.

Catorce mil fueron sacrificados por la tajante cuchilla de los sicarios del Ydumeo (1).

Catorce mil espíritus de inocencia, que volaron junto al trono del Señor.

Catorce mil espíritus, que son Angeles en el cielo.

Angeles, que figuran á la cabeza de todos los mártires.

Y Jesus fué libertado de aquella matanza.

Lo que estaba escrito habia de suceder.

Maria, la sin par Maria, á quien José dijo haber tenido revelacion, tomó en brazos á aquel Niño, que al darle á luz la hizo madre sin que por ello perdiese su virginidad, y huyó á Egipto.

El mundo estaba en tinieblas, apareció la luz, y la luz desde un principio fué rechazada por la maldad de los hombres.

Mas el Sol de justicia, la luz de la verdad, no

(1) El P. Croisset.—Dia 28 de Diciembre.

podia ser rechazada, y ella habia de iluminar el universo con sus refulgentes rayos.

Herodes murió con el alma carcomida por el orgullo y la impiedad, y su cuerpo por miles de insectos rastreros.

Sus dolores fueron agudos, infinitos.

Sucedióle Arquelao, su hijo.

Y Maria y José despues de esto volvieron á la Galilea, y habitaron en Nazareth, de donde el divino Niño habia de tomar el nombre de Nazareno.

Y allí vivió Jesus arrullado por las dulces y amantes caricias de Maria, la estrella de los mares, y del bondadoso y casto José, hasta que fueron llegados los tiempos en que la Verdad infinita habia de brotar de sus divinos labios.

Cumplidos los doce años, la sabiduria y la ciencia estaban en Jesus, y disputó con los doctores en la Sinagoga de Jerusalen á donde acudia con sus dichosos padres en los dias solemnes de la Pascua.

Llegado á los treinta despues de haber recibido el bautismo por mano de Juan su precursor, y bajado sobre El el espíritu del Padre, dió principio á la mision que por él mismo le habia sido confiada.

La luz se difundió por las tinieblas en que se

hallaba envuelta la humanidad, y cegó su vista y la repelieron y al que la traia porque de sí fulguraba quisieron precipitarlo á un profundo abismo.

Los de Nazareth, los que le vieron crecer en la niñez y se solazaron en sus juegos infantiles, y tuvieron lugar de admirar su recto juicio; los que le vieron prestar ayuda á su padre como hombre en el humilde ejercicio á que aquel se dedicó, y despues lloroso y acongojado, acompañar el féretro que encerraba los restos mortales de aquel mismo padre; (1) no creyeron en sus palabras pronunciadas en la Sinagoga, y llenos de saña y envidia, quisieron lanzarlo desde la altura de una montaña.

Mas Jesus pasó por medio de sus enemigos, y sus enemigos no le vieron: la obra de la redencion aun no habia llegado.

Y Maria como madre, no apartaba su vista de Jesus, su querido y amado hijo.

---

(1) San José murió al cumplir Jesucristo la edad de 29 años. —El abate Orsini en su Historia de María, Madre de Dios, al libro XV, página 375, dice hablando de los funerales de San José: "María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza de este sencillo duelo."

Iniciada en el gran misterio, presentia los dolores que habian de lacerar su corazon maternal.

Pero Jesus tenia que obedecer la voluntad del Altísimo, y siguió la senda trazada de antemano sin volver la cabeza atrás.

Y Jesus rodeado de algunos pescadores y otras gentes humildes, escogidas por El mismo y que más tarde habian de continuar enseñando á los pueblos las doctrinas de su Maestro, siguió dando á conocer la verdadera religion, la del Infinito, que era su mismo Padre.

Y dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.» (1)

(1) San Mateo, capítulo V, versículo 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.

«Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os quieren mal.

Bendecid á los que os maldicen y orad por los que os calumnian.» (1)

«Aprended de mi, que manso soy y humilde de corazon y hallaréis descanso para vuestras almas.

Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda.

Misericordia quiero, no sacrificio.

Habeis oido que fué dicho: *ojo por ojo, diente por diente*; mas yo os digo, que si alguno os hiriere en la mejilla derecha, le presenteis tambien la otra.

Perdonad á vuestros enemigos hasta setenta veces siete veces.

Dad al que os pidiere y al que os quiera pedir prestado no le volvais la espalda.

Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se

(1) San Lúcas, cap. VI, versículo 27 y 28.

le abrirá. Pues, si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan?» (1)

«El que tiene dos vestidos, dè al que no tiene; y el que tiene que comer, haga lo mismo.» (2)

«Todo el que diere de beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua por amor mio, en verdad os digo que no perderá su galardon.» (3).

«Amaos los unos á los otros como yo os he amado, este es mi precepto.

Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que yo os mando.

No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido de mi Padre.

Para deciros la verdad vine yo al mundo.» (4).

«A nadie llameis padre vuestro sobre la tierra: porque uno es vuestro padre que está en los cielos.

---

(1) San Mateo, capítulo XI, versículo 29.—V. 23 y 24.—XII, 7.—V, 38, 39 y 42.—VII, 7, 8 y 11.

(2) S. Lúcas.—Capítulo III, v. 11.

(3) San Mateo, cap. X, v. 42.

(4) San Juan, cap. XV, v. 12, 14 y 15.

Ni os llameis maestros: porque uno es vuestro maestro, el Cristo.

El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo.

Porque el que se ensalzare, será humillado: y el que se humillare será eusalzado.

Mirad, que no hagais vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos.

Que cuando hagais limosna no sepa vuestra izquierda lo que hace vuestra derecha.

No querais juzgar, para que no seais juzgados; pues con el juicio que juzgareis sereis juzgados, y con la medida con midiereis, os volverán á medir.

Mirad que el Hijo del hombre ha de venir á juzgar, y dirá á los que á su derecha estén: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedásteis; desnudo, y me cubristes; enfermo, y me visitásteis; estaba en la cárcel, y me venisteis á ver.» (1)

---

(1) San Mateo, Cap. XXIII, v. 9, 10, 11 y 12.—VI, 13.—VII 1 y 2.—XXV, 34, 35 y 36.

Y á estas palabras llenas de dulce y amorosa sublimidad que Jesus predicaba á los pueblos, iban unidos, como complemento del poder de que estaba revestido y de su inmenso amor por el hombre, prodigiosos milagros.

Resucita los muertos, dá la salud á los enfermos, vista á los ciegos, habla al mudo, endereza tullidos; los mancos á su voz hacen uso de sus brazos, y los cojos andan como si impedimento alguno no hubiesen tenido.

El espíritu del mal es desposeido de los cuerpos de que se apoderara.

Y su doctrina la más elevada, más pura y más verdadera, porque es la verdad misma y procede del mismo Dios; irritó la hipocresia y ambicion de los magnates, de los sacerdotes y de los Fariseos.

Porque los Fariseos, los sacerdotes y los magnates, vieron destruidos para siempre el imperio del vicio y la sin razon.

La religion que Jesus enseñaba, no podia convenir más que al justo para quien solo prometia venturas eternas.

En ellos no cabia el llamar á los demás hombres hermanos, porque en ellos no habia amor, ni en ellos podia existir, puesto que en ellos estaba el orgullo.

En ellos no cabia el dar el sobrante de sus casas al necesitado, ni su capa al desnudo; porque en ellos estaba la avaricia.

En ellos no cabia el perdonar á sus enemigos, porque en ellos estaba la ira.

En ellos no cabia el respeto á las doncellas y á la mujer agena, porque en ellos estaba la impureza.

En ellos no cabia la admiracion de lo sabio y lo bueno, porque en ellos estaba la envidia.

En ellos no cabia la sublimidad del trabajo, porque en ellos estaba la molicie.

En ellos no cabia la humildad y veneracion á la pobreza, porque en ellos estaba la soberbia.

Y por último y por consecuencia, en ellos no cabian las palabras de salud y bendicion, vertidas por Jesus á los hombres, porque al cumplimiento de ellas, les era preciso despojarse del poder que cada uno ejercia en perjuicio de los demás, y cuyo poder é hipocresia, les suministraba el goce y disfrute de sus impuros placeres, sus orgias y lupanares.

Y fueron enemigos de Cristo, porque preceptuaba la caridad y ensalzaba la pobreza.

Porque daba á conocer á un Dios de justicia, y le titulaba su Padre y Padre de todos los hombres.

Y llenos de furor contra el que podia exterminarlos para siempre, se reunieron y acordaron el ponerle asechanzas para prenderle.

Y valiéndose de uno de aquellos doce discípulos que le acompañaban y les llamaba apóstoles, en una noche en que con todos los demás se hallaba orando Jesus en el huerto de Getsemaní, se precipitaron los secuaces de los Príncipes de los sacerdotes y Fariseos sobre El y le prendieron.

Treinta dineros fué el premio que dieron por su traicion á Judas Iscariote, el mal apóstol.

Luzbel estaba con él y con él se fué cometiendo un nuevo crimen: se ahorcó.

Y llevaron á Jesus á casa del Príncipe de los Sacerdotes y allí Pedro, el primero de sus doce elegidos, le negó tres veces; más reconociendo luego su delito al canto de un gallo segun se lo anunciara su Maestro, se arrepintió y sus ojos lloraron.

Llegado el dia y reunidos en concilio los enemigos del verdadero Dios, le preguntaron: «¿Eres Tú el Cristo?»

—«Si os lo dijere no me creereis; más desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios,» les contestó.

—¿Luego, tú eres el Hijo de Dios?

—Vosotros decís, que Yo soy. (1)

Y el Presidente rasgando sus vestiduras con voz estentòrea dijo: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Hé aquí ahora acabais de oir la blasfemia: ¿qué os parece?

—«Reo es de muerte;» (2) replicaron todos en un solo eco.

Y le maltrararon, y le escupieron y se mofaron y se rieron de El.

El complemento de las virtudes humanas, fué escarnecido y vilipendiado por aquellos hombres sin fe.

Atado luego el Nazareno como el más infame criminal, fué llevado ante el Gobernador por el César de la Judea, y le pidieron su muerte, ya por ellos injustamente decretada.

Poncio Pilato, despues de examinar al Justo de los justos, reconoció su inocencia y comprendió, que sólo la envidia de l s Príncipes de los Sacerdotes, los Fariseos y los ancianos dél pueblo, era su delito.

Y les dijo: No encuentro causa para la muerte de este hombre: ¿queréis, puesto que en el

(1) S. Lùcas.—Capítulo XXII, v. 66, 67, 69 y 70.
(2) S. Mateo.—Capítulo XVI, v. 6 y 6.

dia de fiesta es costumbre dar libertad á un reo de muerte, que demos esa libertad á Jesus el de Galilea?

—No.

—En las prisiones se encuentra un hombre llamado Barrabás, y está sentenciado por sedicion y homicidio. (1) ¿A quién queréis que dejemos libre, á Jesus ó á Barrabás?

—A Barrabás. Contestó por segunda vez el pueblo todo, seducido ya por los que querian la muerte del Justo.

Pilatos aún duda; le duele pronunciar setencia contra el inocente.

Ordena sea azotado, y despues de sufrido este suplicio sin que en el rostro de Jesus se advierta la menor muestra de ira y rencor para sus enemigos, es presentado al pueblo desprovisto de ropas á no ser una capa de grana que cubre sus ensangrentadas espaldas, adornada su frente con una desgarradora corona de espinas y sus manos sujetas con cuerdas sosteniendo una caña.

—Aquí teneis de nuevo á este hombre; mirad,

(1) "Este habia sido puesto en la cárcel por cierta sedicion acaecida en la ciudad, y por homicidio."—San Lúcas, capítulo XXIII, v. 19.

que no hallo en él causa alguna: volvió á decir Pilatos.

—Crucifícale, crucifícale: le responden los Pontífices y los Ministros, aun no satisfechos con la sangre vertida del inmaculado Cordero.

Aun duda el gentil, el estrangero, el romano: aun vuelve á repetir el pueblo, por consejo de su mujer, no encuentra motivos para la muerte del Nazareno.

Mas por la centésima vez, tambien de aquellas masas que á sus piés se agitaba, la voz repetia: Crucifícale, crucifícale.

Pilatos es amenazado con el César.

Y Pilatos, teme al César y condena á Jesus.

Su cobardía y temor le hizo obrar de manera tan injusta.

Dueños de Jesus sus crueles enemigos, le pusieron al hombro la pesada cruz en que habia de llevarse á cabo la muerte del Santo de los Santos.

Y escarnecido, vilipendiado, maltratado y en medio de dos criminales que llevan tambien al suplicio, marcha sumiso y humilde hácia el lugar elegido.

El camino se halla cubierto de gentes.

La cohorte de soldados que le acompañan no es suficiente á contener su empuje.

Y el corazon del Mártir de los mártires, es

desgarrado y lleno de angustia á cada momento: aquel pueblo, aquellas gentes á quienes dió beneficios, ingratas y olvidadizas aumentaron sus dolores con el insulto, los golpes y las risas.

Donde quiera que tiende su mirada, no vé mas que rostros enemigos.

Y continua su marcha sin que una queja salga de sus lábios.

Y en medio de aquel bullicio, de aquel gentío, de aquella ruidosa griteria, un eco resuena en todos los oidos, un eco doloroso, lleno de una angustia, de una amargura indescriptible.

El eco de una madre que pregunta por su hijo.

—¿Dónde, donde está el hijo de mis entrañas?

Y á este grito de un alma lacerada, las gentes miraron hácia atrás.

Maria, la sin par Maria, es la que ha lanzado al espacio pregunta tan desgarradora.

Maria, que seguida de Juan el discípulo amado y de otras dos mujeres, (1) corre presurosa á dar el último adios á su Hijo, á su Hijo que va á morir.

Y aquellas gentes de corazon tan duro, res-

(1) Maria Cleofás, hermana de Santa Ana y Maria Magdalena.

petan el dolor de una madre y quieren darle paso; mas no pueden.

Una muralla viviente les rodea.

Muralla imposible de romper.

Maria desolada, impaciente, quiere apartar con su vista, con sus ruegos, á los que la impiden el llegar á Jesus.

¿Mas quién se aparta, quién detiene el empuje de aquel oleaje humano?

Sus lágrimas conmueven, mas no lo consiguen.

Sus pasos vacilantes é interrumpidos á cada uno, solo han llegado á colocarla desde donde le divisa.

Sus miradas se encuentran.

Mas ¡ay! que no puede bañar aquel bello rostro cárdeno y cubierto de sangre, con las lágrimas que á torrentes se desprenden de sus pupilas!

Mas ¡ay! que sus brazos se estienden inútilmente hácia el objeto de su cariño, porque con ellos no puede abrazarle, no puede estrecharle contra su pecho lleno de congoja.

¡Ay! que ni á sus oidos llegan las voces con que le llama: ¡Hijo! ¡Hijo mio! ¡Escucha! ¡atiende! ¡tu madre, tu madre es la que te implora!... Espera,....espera, hijo del alma!....Tu madre, quiere abrazarte!....

Y las fuerzas de Maria se aumentan al reparar que sus lamentos no pueden llegar á Jesus.

Sus súplicas crecen.

Un momento despues no la separaban de su hijo mas que las filas de los soldados que la rechazan bruscamente.

¡Nuevo martirio!

El nazareno, el Hijo de Dios, vé á Maria:

—¡Madre! le dice, y continúa el camino de la amargura, lleno de humildad y mansedumbre.

—¡Hijo! Repite Maria y queda fija, sin movimiento y como petrificada en aquel mismo sitio.

Vuelve en sí de aquel desmayo, y ya la separaba largo espacio del objeto de sus dolores, de sus lágrimas.

Y acompañada de Juan y Magdalena y siguiendo aquella ruta regada y por la preciosa sangre del Salvador de los hombres, llegaron á un lugar cercano al destinado para el cruento suplicio, y bajo un grupo de piedras salientes que formaban una pequeña cueva, esperó el cumplimiento de las profecias.

Y entretanto aquel corazon puro y sin mancha sufrió los dolores mas agudos, comparables solo á los que padecia en aquel mismo momento el adorado Jesus.

Allí la Magdalena tuvo que estrecharla sobre

su pecho á fin de apagar á sus oidos los golpes que los martillos daban al caer sobre los clavos, que traspasando las manos y piés del Creador, habian de fijarle en la Cruz.

Mas al traspasar aquellas manos, aquellos piés, fueron inútiles todas las precauciones, porque así mismo eran sus piés y sus manos las que hacian triturar y separar un hueso de otro, para dar cabida al punzante hierro.

Juan tuvo que sostenerse y buscar un punto de apoyo en la pared de aquel estrecho recinto. (1)

La Magdalena no pudo sujetar un grito.

Y Maria, Maria elevò la vista al Cielo, y estrechó con sus manos el corazon.

La Omnipotencia daba valor á aquella Madre para sufrir el martirio.

Y desde allí, vió elevarse la Cruz que sostenia el desnudo, desgarrado y sangriento cuerpo del Hijo amado.

Y desde allí, oyó los improperios, burlas é injurias que le dirigian los soldados y las gentes del pueblo.

Y desde allí, reparò que para mayor igno-

---

(1) El abate Orsini. — Historia de Maria, Madre de Dios lib. XVI, pág. 411

minia, se levantaron otros dos cadalsos que suspendian el cuerpo de dos conocidos criminales, dejando en medio al inocente, al que todo era bondad y misericordia, confundido, igualado con ellos.

Y que aquella túnica tegida por sus propias manos y que no se la conocia costura alguna, fué rifada, fué echada suerte sobre ella entre los soldados que le crucificaron y custodiaban el lugar del suplicio, (1) despues de haberse repartido las demés ropas.

Y de los hermosos ojos de Maria se desprenden á torrentes brillantes perlas, que cual gotas de rocio van á descansar en medio de las rosas nacaradas de sus pálidas mejillas.

Rosas de fuego nacidas al contacto hirviente de aquellas perlas, lágrimas del martirio.

La congoja, tiene oprimido su pecho, depósito sagrado de todas las virtudes.

La amargura de su pena no le permite ya desplegar los carmíneos labios ni aun para exhalar un suspiro.

Su dolor es grande, tan grande como intenso.

---

(1) "Y la hicieron cuatro partes, para cada soldado una."—S. Juan.—Cap. XIX, v. 23.

De pronto y guiada por la angustia mortal que su corazon siente, corre presurosa y se postra al pié de aquel madero, enseña santa que habia de infundir despues por todo el orbe la luz de la razon y la verdad, y rodeándole con los brazos, regó sus cimientos con lágrimas.

Luego levantando la vista hácia aquel objeto tan querido, tan amado y tan sublime, exclama:

—¡Hijo!

Mujer, le contesta el Cristo indicándole á Juan que le habia seguido hasta allí: *he ahí á tu hijo.*

Y aquella Madre, llorosa y con el corazon partido en pedazos mil, no se atrevió á volver á hablar.

Pero su vista seguia fija en el rostro del que tanto amaba.

Jesus vió toda la angustia que encerraba aquella mirada y quiso mitigar su dolor.

Jesus desplegó sus labios y dijo á Juan:

—*Hé ahí á tu Madre.*

Y Maria recibió un bálsamo consolador con aquellas palabras, que disminuyó algun tanto su afliccion, pues si bien comprendió por ellas no la era permitido el morir al par del Cordero inmaculado, lo es así que por ellas se la confiaba una sagrada y santa mision.

El arraigar en el corazon de los hombres, el amor infinito.

Ella desde entonces fué la Madre, los hombres todos sus hijos y éstos hermanos entre sí.

Jesus pidió agua, y los soldados que le guardaban le dieron hiel y vinagre.

Hasta el último momento quisieron amargar la vida del que les dejaba la paz y la concordia.

¡Qué ingratitud!

La hora suprema habia llegado.

Jesus clamó: *Consumado es*. Inclinó la cabeza hácia el Occidente y su espíritu voló en brazos del Padre.

Y en aquel mismo instante el sol se oscureció.

La tierra oscilaba horriblemente sobre sus ejes, y abriéndose entre mil grietas dejó entrever abismos insondables.

El rayo y la centella alumbraron de vez en cuando la oscuridad en que se hallaba envuelto el mundo, y el trueno aumentó el espanto y el terror con su estampido repetido por el espacio.

Los vientos se desencadenaron.

Los mares rugieron, y embravecidos quisieron elevarse al cielo.

El fuego interno brotó por mil bocas, y amenazó cubrir la tierra con sus llamas é hirvientes cenizas.

Los árboles, las flores y las plantas todas se agostaron.

Las aves dejaron de cantar y las fieras no encontrando guaridas seguras, huyeron despavoridas y sin ruta fija, llenando de temor á los pueblos.

Y al par de todo esto, las tumbas levantaron por sí solas sus tapas y los muertos que encerraban hacia muchos años, salieron de ellas con vida y salud.

Y sin que nadie les hablase, ellos dijeron: El Mesias ha muerto.

Porque estos habian sido justos y santos.

Y el velo del templo se rasgó en dos mitades.

Y los ídolos cayeron de sus pedestales y tronos é hiciéronse mil pedazos.

Y todos, todos los hombres temblaron.

Y hasta aquellos que guardaban el cuerpo del Hombre Dios, viendo tanto prodigio, temerosos, se arrojaron al suelo con su centurion al frente, pronunciando estas palabras:

—«Verdaderamente Hijo de Dios era este.» (1)

Y mientras, Maria, que habia exhalado un ¡ay! grande, profundo, inmensamente desgarra-

---

1) S. Mateo, capitulo XXVII, v. 54.

dor, inmoble al pié del árbol santo, muda y con el rostro escandecido por el llanto, de nada se apercibia; solo su Dios, su Hijo, llenaba la imaginacion de la Virgen de los castos amores.

Su espíritu parecia haber volado tambien al Empíreo.

Asemejábase á una estátua labrada en blanco marmol de Paros.

Era la imágen del dolor.

Por ello el mundo la llamó la Virgen de los Dolores.

Y en este estado Maria se halló, hasta que desprendido de la cruz el divanal cuerpo de Jesus, por José de Arimathea, le fué puesto en su regazo.

Lo estrechó á su amante pecho, y considerando el estado lastimoso en que se hallaba aquel fruto de sus entrañas, volvió á sufrir nuevos tormentos.

Aquel rostro que en la infancia le habia sonreido y tanta alegria habia encerrado; aquella frente de que fulguraran rayos de la sabiduria eterna; aquella mirada que viò en el porvenir; aquellos labios de que brotaron las virtudes; aquel pecho de que nació el amor infinito; aquellas espaldas propicias á llevar sobre sí la pena impuesta á la maldad de los hombres; aquellas

manos que tanto bien repartieron; aquellos piés que le guiaron donde el bien debia ejecutarse, y aquellas rodillas dispuestas siempre á inclinarse en súplica para alcanzar del Padre el perdon para el arrepentido; ahora le veia adornado todo con la palidez de la muerte, cárdeno, desgarrado, herido, sanguinolento, empolvado, escupido y traspasado por espinas, lanzas y hierros.

El rocío de perlas, que de los ojos de Maria era brotado, inundaron el cuerpo del Hijo como bálsamo oloroso y preservativo de la corrupcion.

Y fué preciso separarse: la tumba se hallaba ya abierta.

Qué ¡ay! tan inmensamente amargo y doloroso se oyó salir del pecho de aquella madre celestial!

La losa funeraria había cubierto á su vista el fruto bendito de sus purísimas entrañas.

Su angustia no tuvo ejemplo.

He aquí, por qué es llamada la Virgen de las Angustias.

Y sola despues, y sin que nada interrumpiese el giro de sus pensamientos, tornó á andar el camino regado con la sangre del Hijo de todo un Dios.

Y por esto, es conocida por la Virgen de la Soledad.

Luego, la estrella de los mares, la pura y sin par rosa de Jericò, recordando las palabras de Jesus al morir, tendió su mirada abarcando los cuatro vientos y vió que el mundo, que los hombres, quedaban sin amparo.

Y abrió su manto y con el sublime y armónico acento de la que era Reina y Señora de los Angeles, dijo: Venid á mí, que desde hoy soy vuestra Madre.

Y los hombres, sus hijos, la titularon: Madre de los desamparados.

Purísima Madre de los hombres.

¡Dios te salve, Madre del Salvador!

¡Dios te salve, Madre de los Mártires!

¡Dios te salve, castísima Virgen!

¡Dios te salve, refugio de los pecadores!

¡Dios te salve, estrella refulgente de los mares!

IV

El enviado de Jerusalen.

Desde que Nabucodonosor rey de Babilonia, por castigar el perjurio é infidelidad de Sedecias, (1) despues de dos años de sitio apoderárase de Jerusalen, reduciéndola solo á un monton de ruinas y escombros, entre los que se hallaban sepultados los cimientos del templo erigido por Salomon; (2)

Y que los de Jerusalen, cautivos de los Caldeos, sin pátria, sin riquezas ni hogar donde descansar la cabeza, tuvieron que seguir suje-

(1) El mismo Nabucodonosor que le puso al frente de los destinos de Judá, le dió el nombre de Sedecias, que quiere decir *Justicia de Dios;* pues su verdadero nombre era Matthanias, y le oxigió juramento de fidelidad y vasallaje.

(2) Isaias, Miqueas, Jeremías, Ezequiel y otros muchos profetas vaticinaron estos males acaecidos á Jerusalen.

tos al carro del triunfador despues de haberles depojado de su rey y muerto á sus príncipes y ministros; (1)

Y que cercada luego por el rey Babilónico la ciudad de Tiro, los de España corrieron presurosos á ayudar á sus hermanos, puesto que eran de un mismo origen y procedian de una misma pátria, y á los cuatro años de estar combatiendo sus murallas, tuviera que retirarse sin haber conseguido su toma;

Y que este mismo rey, despues de hacer suyos y apaciguar el Egipto y el Africa, recordase la ayuda prestada por los Fenicios habitantes en España á los de la ciudad de Tiro, y emprendiendo su vuelta se apoderase vengativo de muchos puertos, villas y lugares, y con más furor de Cádiz, cuyas gentes en particular fueron las que excitaron su empeño;

Y que cansado ó tal vez saciado de las riquezas de que se hizo dueño en esta rica península, volviese luego á tomar el rumbo de su pais; (1)

(1) Nabuco despues de hacer presenciar á Sedecias la muerte de sus hijos, mandó sacarle los ojos y llevó á Babilonia. Así mismo mandó dar muerte cuando le fueron presentados por Nabuzardan general de su ejercito, á Saraias y Sophonias, primero y segundo sacerdote, á Sopher inspector del ejército y á otros muchos, personas de consideracion y de la corte de Judá.

Desde entonces quedaron en España muchos hebreos de aquellos, que cautivos desde la destruccion de Jerusalen; los Caldeos á fin de esparcirlos y de que no volviesen á crear una nacion enemiga, iban dejando en los pueblos de su conquista.

Sin duda les fué muy grato el pais y les dió buena acogida, puesto que en él fundaron poblaciones y erigieron Templos de su rito en las prinsipales de toda la nacion Ibérica.

Entre los Templos que levantaron para la práctica de su religion, fué distinguido el de Toledo, que conservó siempre el título de Archisinagoga, cabeza y metrópoli de todas las demas sinagogas Ibéricas, y á ella se hallaban sugetas y aun obligadas á pagarle cierto tributo. (2)

Dicese que para la construccion de tan magnífico edificio, contribuyó con sus riquezas la nobleza toda de las tribus que se hallaban en

(1) Segun el P. Mariana tuvo lugar el 171 de la fundacion de Roma.

(2) Así lo espresa el Dean Orbaneja en su vida de S. Indaleeio, cap. 2, refiriéndose al cronicon de Juliano.

España y que los cimientos fueron asentados sobre tierra traida al efecto de Jerusalen.

Llegó á ser tanta su veneracion entre los Hebreos, que despues, cuando el rey Ciro se apoderó de Babilonia y les alzó la cautividad permitiéndoles volver á su patria, no quisieron abandonarle á pesar de las distintas escitaciones que de sus hermanos recibieron para volver á habitar aquel terreno que les viera nacer.

Y cuando en el reinado de Dario, hijo de Histaspes, les fué dado el acabar la reconstruccion del Templo de Salomon, el de Toledo recibió el nombre de segundo Templo.

Y entonces á imitacion de los demás que no quisieron volver á Jerusalen quedando avecindados en Babilonia y demás pueblos en que fueran dispersos, determinaron fundar en aquella ciudad una particular Sinagoga, donde residiese un procurador ó representante de ella y de todas las demás existentes ya en las provincias de España, que pudiese asistir en todos los casos graves que ocurriesen en la Primada.

Doctos, de juicio y saber fueron siempre los sacerdotes y rabinos que servian la Sinagoga Toledana, y como prueba de esto baste saber, que uno de los motivos que aducieron para no volver á la madre patria fué el tener entendido

ajustándose á las profecias conservadas entre ellos, que habian de cometer los de Jerusalen el delito de deicidio en el Mesías prometido y en justa pena volvería á ser destruido el Templo para jamás levantarse. (1)

En esta creencia vivieron sin que nunca hubiese pasado por sus mientes el abandonar los monumentos que la bondad de los gentiles, dueños del hermoso pais en que se asentaran, les habian permitido obrar en el espacio de tantos años.

Y vinieron tranquilos sin que las diferentes dominaciones para que se viera sujeto el territorio, alterase la práctica y marcha pogresiva de su religion que era la de Moises.

Y asi llegó el verano del año 35 de la nueva era.

En este tiempo y en un dia caluroso, en la ciudad de Toledo y en su Sinagoga, hallábase reunido el Sanedrin con asistencia de todo el pueblo procedente de las tribus de Judá.

Las gentes agolpábanse fuera y dentro de la Alhama, olvidándose casi del respeto debido á aquel lugar.

Su interés y esfuerzo por dominar con la vis-

(1) Vida de S. Indalecio—Orbaneja, Parte II, cap. 2.° s, I.

ta el sitio que ocupaban las sillas presidenciales era grande.

El Sanedrin hállabase reunido para recibir á un enviado ó embajador de Anás, Cayfás y demás judíos del Templo de Jerusalen.

Trascurrido algun tiempo y por medio de la multitud pasó éste grave y magestuoso, llegó al frente de los Sacerdotes y gefes de la Sinagoga, é inclinóse en señal de saludo.

Devuelta la reverencia, el Levi Archisinagogo le dijo con voz fuerte y sonora:

—¿Quién te manda?

—La Sinagoga primada, y en su nombre Anás y Cayfás príncipes de los Sacerdotes.

—Y tú, ¿quién eres?

—Samuel Canut.

—La paz sea contigo, Samuel Canut.

—Ella sea con vosotros, ilustres sacerdotes, sabios ancianos, gentes del pueblo.

—Dí tu mision ó embajada.

—Habeis de saber, que por la Judea apareció un hombre que quiso ser superior á todos los hombres, y que rodeado de algunos prosélitos de sus engaños é imposturas, á quienes daba nombre de apóstoles, predicaba una nueva doctrina y decia ser el Mesias anunciado por los profetas.

El pueblo escuchó las palabras que salian de sus labios é iba aficionándose á el tanto, que atreviéndose Jesus, que así se llamaba, á entrar en la ciudad como juez dispensador de la paz y la alianza montado en un asno, le salió á recibir en confusa muchedumbre con palmas y olivas, habiendo quien le estendiese las capas para que sobre ellas pasase en su camino.

Por donde quiera que sus pasos se dirigian, allí siempre le acompañaba una multitud de gentes á las que ya reunia en la Sinagoga, ya en las plazas, en las calles y en el campo, y allí las exhortaba al abandono de la religion de nuestros padres, á la sedicion del pobre contra el rico y al abandono de sus casas y familias para seguir al Hijo de Dios, que así se titulaba el mismo.

Valido sin duda de la amistad que con los espíritus del infierno tenia, (1) le acompañaban siempre los prodigios: á su vista, le obedecian,

---

(1) "Ellos los atribuyeron (hablando de los prodigios que tuvieron lugar en la muerte del Salvador) á la magia y sostuvieron que ese Jesus, que aplacaba con una señal los vientos y las olas, no era más que un hijo de Belial que habia fascinado al pueblo."—El Abate Orsini en el libro XVII del tomo I de la Historia de Maria Madre de Dios.

y dejaban libres los cuerpos de que se hallaban poseidos; los muertos respondian á su voz; los enfermos sanaban á su contacto; los panes y los peces se multiplicaban á su deseo, tanto que con dos de estos y cinco de aquellos, dió alimento á más de cinco mil personas; y á todos estos y muchos más prodigios, llamó milagros del Dios de Israel.

Y éste, que se decia enviado é Hijo del Eterno Padre, tambien propagó entre el pueblo que le escuchaba, ser el único, el verdadero rey de Judá.

Ancianos, sacerdotes, pueblo hermano, tanta avilantez no podia pasar desapercibida entre unas gentes que tenian leyes, príncipes y jueces: reunido el consejo y visto con detenimiento el proceder de Jesus, cuyas tendencias sólo se encaminaban á la sedicion del pueblo contra la justicia, acordó se le diese á prision y se le juzgase como á criminal.

Efectivamente fué preso, dictada sentencia (1) y luego crucificado.

---

(1) En la Real Academia de la Historia, se encuentra una copia de la sentencia de Jesucristo, que lo es de la literal hallada segun se dice en 1580 en Aquila (reino de Nápoles). Su contenido es el siguiente: "En el año XIX de Tiberio Cesar, emperador romano, de todo el mundo, monarca invencible, en la Olimpiada CXXI, y en la Eliada XXIIII y en la creacion del mundo segun el número y compartimento de los hebreos cuatro veces mil ciento ochenta y siete, y de la progenie del romano imperio el año LXXIII, y de la liberacion de la servidumbre de Babilonia el año MCCVII; siendo gobernador de Judea Quinto Serizo, so el regimiento y gobierno de la ciudad de Hierusalen, presidente gratísimo Poncio Pilato; regente de la baja Galilea, Herodes Antipa; pontífice del sumo sacerdocio, Caifhas; Alis Almael magni del templo: Roban Anchabel, Franchino Centaurio, cónsules romanos, y de la Ciudad de Hierusalen, Quinto Cornelio Sublimo y Sexto Pompilio Rusto; en el mes de Marzo, el dia 25 de él. Yo Poncio Pilato, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio de la archiresidencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley moisena, contrario al grande emperador Tiberio César. Determino y pronuncio por esta que su muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos, porque aquí congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de remover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, rey de Israel, con amenazarles la ruina de Hierusalem y del sacro

Mas al tercero dia, aquellos hombres á quienes llamó en su vida apóstoles y discípulos, sin duda despues de apoderarse de su cuerpo y de esconderle en algun lugar oculto, estendieron la noticia de que Jesus habia resucitado, y despues de haberles dado instrucciones habíase elevado á los cielos.

Estos hombres prosiguen como su maestro

alentando á los pueblos á la sedicion estendiéndose por todas las naciones.

Y teniendo noticias de que muchos se dirigen á la península Ibérica, Caifás y Anás, llenos de la más profunda indignacion á la vez que del más grande interés en favor de las instituciones sagradas del pueblo Hebreo, á vosotros me envian para que de voz os diga el peligro

---

templo, negando el tributo á César, habiendo tenido aún atrevimiento de entrar con ramos y triunfo, y con parte de la plebe dentro de la ciudad de Hierusalem y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Hierusalem á Jesucristo ligado, y azotado, y que sea vestido de púrpura y coronado de algunas espinas con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores; y con él quiero sean llevados dos ladrones homicidas, y saldrán por la puerta Jugarda, ahora Antoniana, y que se lleve á Jesús al público Monte de Justicia, llamado Calvario, donde él crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz como espectáculo á todos los malvados, y que sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebrea, griega y latina *Jesuz Nazarenus: Rex Judeorum.*—Mando asimismo que ninguno de cualquiera estado ó calidad se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mi mandada, administrada y ejecutada con todo rigor, segun los decretos y leyes romanas y hebreas, sopena de rebelion al imperio romano.—Testigos de la nuestra sentencia.—Por las doce tribus de Ysrael: Rabbaim Daniel, Rabbaim Joannin, Bonicar, Barbarsu, Labi, Petuculani.—Por los fariseos: Bulia, Simeon, Ronol, Rabbani, Mondaani, Boncuriossi.—Por los hebreos: Nitamberta.—Por el imperio y presidente de Roma: Lucio Sextilo, Amassio Chilio.»

que os amenaza, y en su vista no deis cabida en ninguna parte á esos hombres que por doquiera que van, llevan en pos de sí la sedicion y el escándalo.

Anás y Caifás á vosotros me envian, para que en su nombre os entregue estas cartas, que á lo mismo se dirigen y me dan á conocer.»

El Presidente tomó aquellas cartas que leyó en alta voz y en que como continuacion á lo relatado por el embajador, se pedia no se admitiesen de ningun modo en España á los discípulos de Cristo, y si alguno se hallase ya, se arrojaran de las ciudades porque eran engañadores y mentirosos. (1)

Despues aún habló el enviado con mil argumentos y razones sofísticas, á fin de convencer al consejo de que no debian consentir que entre las gentes hebreas se mezclase ningun discípulo de Jesucristo, y menos fuese oida la doctrina que predicaban.

El consejo guardó un profundo silencio mientras que aquel hablara.

Mas luego que terminó este de deliberar en

---

(1) Véase la vida de S. Indalecio, por Orbaneja, al cap. II de la segunda parte, pág. 29 y 30.

un corto espacio de tiempo, el sabio jefe de la Alhama tomó la palabra, y contestó al enviado de Jerusalen.

—Rabi Samuel Canut, escucha lo que por mi boca contesta á los príncipes de los sacerdotes á cuyo frente está Caifás, la Sinagoga y gentes hebreas de Toledo.

Antes que á tí te enviasen, diles, que llegaron á España cartas que noticiaron la verdad de los sucesos acaecidos con Jesus el justo (1)

Diles, que además de estos escritos, Eleazar nuestro representante en Jerusalen, nos remitió las suyas. (2)

---

(1) En el archivo de Niebla, pueblo de la provincia de Huelva, y en otros tiempos cabeza del condado de su mismo nombre, segun le fué asegurado al autor de esta leyenda hallándose en la capital espresada, parece ser existe una carta escrita en pergamino, en la cual se dá cuenta de la muerte del Salvador por un testigo de vista.

(2) El Dean Orbaneja, en la vida de San Indalecio copia esta carta, que dice inserta en sus *Adversarios* el Arcipreste de Santa Justa al núm. 475, y nosotros la trascribimos del primero aquí. Dice: *Eleäzar Archisinagogo, ó presidente de la Sinagoga, y gente de España en Jerusalen y los ancianos de su consejo, á Levi Archisinagogo Toledano, y á los ancianos Samuël y Joseph salud en el Dios de Israel.—Sabed hermanos mios, que predica en esta ciudad de Jerusalen un Varon justo, llamado* Jesus Nazareno, *el cual obra muchas maravillas, resucita muertos, sana leprosos, dá vista á ciegos, piès á cojos,*

Diles que como comprobantes á estas letras, llegaron tambien á esta península el Centurion Cayo Oppio, sus soldados y gentes de distintas clases y condiciones, que habiendo sido testigos de vista de la vida y muerte de Jesus, han podido poner en nuestro conocimiento la certeza de los hechos.

Diles, que en la Sinagoga de Toledo, primada de las de España, no hay ningun Fariseo; que la ley se conserva en ella intacta y pura; y que consultando los libros sagrados y los hechos del llamado Nazareno, ha visto en El al Mesias prometido.

---

libre uso de miembros á paralíticos, es Hombre bienhechor de todos, humilde, benigno, misericordioso, grave, y hermoso: de los hijos de los hombres en el agrado de sus palabras, en él poder, en sus obras es superior á los demás; venéranlo muchos por Mesias. Juan hijo de Zacarias, varon Santo, nos lo manifestó con el dedo, diciendo: Este es el Cordero de Dios. Nosotros no habemos querido consentir en su muerte, que le maquinaron Anás y Cayfás, y los Príncipes de los Sacerdotes: y así os intimamos, que ni vosotros, ni españoles algunos de las doce Tribus, que habitais en España, deis consentimientos á tan sacrílego intento. Acordaos, cuando Amân, no solo á nuestros antepasados, sino á otros muchos Hebreos, esparcidos por varias provincias, mandó quitar la vida en el afrentoso suplicio de la horca, y ordenó Dios él fuese colgado, en la que tenia preparada para nuestro padre Mardoqueo. Nuestros padres tuvieron cartas de Artajerjes, y por ellas luego al punto conocieron, que en breve se habian de cumplir las hebdómadas de

Diles, que por esto no dió su consentimiento, cuando por ellos se solicitó, á muerte tan injusta é impía. (1)

Diles, que la envidia aposentada en sus corazones por el espíritu del mal, es la que los ha hecho á ellos verter el veneno de la mentira y el engaño, en contra de la verdad eterna.

Que las profecias se cumplieron.

El Dios, redentor del hombre, con nosotros ha estado en la tierra.

Daniel: en que el Justo, ó habia sido muerto, ó muy en breve moriria. Haced tambien memoria, de que nuestros padres fueron avisados de Daniël, cuando estuvo en Babilonia, de donde por su órden y disposicion vinieron á España, y les profetizó la muerte del Justo, por cuya causa habia de ser desolado el Templo de Jerusalen, y que Jeremias y otros profetas, sienten mal de los Judios, que permanecian en Jerusalen no queriendo bajar á Egipto con el mismo Jeremias; pero de los Judios buenos, enviados de Dios á España, hablan bien. Finalmente os ruego, si llegaren cartas de los Judios de Jerusalen (que irán con brevedad para España) que no los recibais, y si acaso recibieredes, sea especialmente á Jacobo, hijo del Zebedeo, varon bueno, y discipulo de Cris o *crucificado, que como dicen los discipulos, ya ha resucitado. Recibidle con agrado, y á los demás discipulos de los Apòstoles. Dios os guarde. En Jerusalen á cinco dias de el mes de Nizan.*

(1) La Sinagoga de Toledo, no solo se opuso por cartas á la muerte del Salvador de los hombres, sino que tambien por medio de su legado en Jerusalen y de Atanasio y Josefo enviados al efecto, la contradijo.

Cumplió su mision y volvió al cielo.

Que teniendo ojos para ver no vieron.

Oidos para oir, y no oyeron.

Alma para sentir, y no sintieron.

Diles, que la Sinagoga de Toledo, rechaza sus cartas y palabras.

Que adopta la doctrina del Crucificado, en quien ha reconocido el que Isaias anunció á Achaz cuando dijo: *Hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, y este niño será llamado Emmanuel.* (1)

Que recibirá y aceptará á sus discípulos, que serán nuestros maestros y salvadores, porque ellos nos enseñarán y guiarán á donde está la luz de la verdad y la razon, que á ellos reveló el Justo de los justos, el Santo de los santos.

Que desde ahora no reconocemos en el Sanedrin del Templo de Jerusalen, superioridad alguna sobre nuestra Alhama.

Que le negamos, escúchalo bien, toda obediencia y reconocimiento.

Y por último, diles, que se preparen á ver destruido el Templo que los cobija para no levantarse jamás.

---

(1) Cap. VII, v. 14.

Que los oráculos han de cumplirse.

Errantes y proscriptos, recorrerán el mundo hasta la consumacion de los siglos.

«No hay paz para los impios, dice el Señor Dios.» (I)

¡Cruel castigo, pero justo, justísimo!

¿Cuál otro podia darse á los matadores del Hombre Dios?

Corred, marchad, idos, desalojad este recinto.

Rabí Samuel Canut, lo que habeis oido, decid; lo que habeis visto, contad.»

El enviado quiso hablar, mas el tumulto del pueblo no le dejó pronunciar una palabra.

Baja la cabeza y cruzados los brazos, abandonó silencioso la sala del consejo.

Poco tiempo despues, triste y macilento, tam bien salió de la ciudad.

(1) Isaias, cap. LVII, v. 21.

V

La embajada Toledana

Pocos dias habian transcurrido desde que el embajador de Jerusalen abandonara la ciudad, cuando por una de sus puertas y seguidos de una multitud de gentes, aparecieron dos hombres de traje hebreo, dispuestos como para emprender un largo viaje.

Eran Indalecio y Eufrasio, sujetos los más nobles y doctos de la Sinagoga.

Reunido en esta, otra vez el Sanedrin y dando en él entrada hasta á los mismos gentiles, acordaron todos el enviar á la ciudad deicida, dos legados que haciéndose presentes ante la excelsa Madre del Crucificado, y Pedro, Príncipe de los Apóstoles, solicitasen la concesion de que Jacobo el hijo del Zebedeo y de Maria Salomé, aportase á España y en ella difundiese la luz de la verdad.

Fueron acompañados por las gentes hasta una regular distancia fuera de la poblacion, y despues de recibir el abrazo de despedida con que les obsequiaron los ancianos y sabios de la

Sinagoga, los levitas y personas principales de la ciudad, emprendieron su viaje con direccion á un puerto de mar, desde donde pudiesen ser trasportados á otro cercano á Jerusalen.

Penoso y molesto fué por demás el camino.

Aridas montañas cubiertas de nieve primero.

Mares embravecidos por el furioso vendabal despues.

Mas todo fué soportado con grandeza de espíritu por Indalecio y Eufrasio.

La fe los guiaba.

Iban en busca de la luz, y la luz penetraba en ellos.

Los peligros aumentaron su valor y su constancia.

Ni les causaron temor la vista y ahullidos de las fieras, ni tampoco pudieron debilitar su propósito las montañas de agua que amenazaron sumergir la embarcacion que los llevaba.

Y así pasaron muchos dias.

Y estos dias hicieron meses.

Y al fin avistaron la ciudad de sus deseos.

Su mision iba á ser cumplida.

Jerusalem estaba delante de ellos.

Tierras de su dominio pisaban.

Tierras que daban testimonio de lo que allí pasado habia.

Grietas mil, simas profundas, interrumpian cada paso. Piedras que habian sido de una magnitud grande, veíanse divididas en mil pedazos.

El suelo seco y cubierto de un menudo polvo, al más suave impulso del viento hacia que la atmósfera que allí se aspiraba hiciese dificil la respiracion, ya agitada por la angustiosa tristeza que aquellos lugares imprimian.

Los rayos del sol reflejando sobre la ciudad y sus áridas cercanias, parecia hacerles brotar llamas de fuego.

Aquello pareció ser el anuncio de su próxima destruccion, que ya lloraron los Profetas.

Y allí cerca y á un lado divisaron del Gólgota la altura.

Y allí, en su cúspide, recordaron habíase llevado á cabo el sacrificio de Aquel por cuya doctrina iban.

Lágrimas derramaron, lágrimas de sentimiento, de dolor.

Sus almas, amigas del bien, iban impregnándose ya en el suave y puro aroma en que se halla envuelta la religion del Nazareno.

En el estado de inmovibilidad en que quedaron por mucho tiempo al contemplar el lugar santo en que fué derramada la preciosa sangre del Cordero inmaculado, sus rodillas se dobla-

ron cayendo de hinojos sobre aquel suelo abrasador.

Sus rostros se fijaron en el cielo y sus brazos se estendieron tambien hácia arriba en ademan de súplica.

Los lábios de aquellos dos hombres pronunciaron algunas palabras, que sin duda fueron dirigidas al que se asienta sobre todas las cosas.

Besaron luego la tierra, levantáronse, siguieron de nuevo su camino y entraron en la ciudad. (1)

Indalecio y Eufrasio, tomaron posada en una de las más modestas de la poblacion, y despues de sacudido el polvo del camino y de dar á sus cuerpos algun descanso, se dirigieron á la Sinagoga de España allí establecida como ya hemos dicho en el capítulo anterior.

Visitaron á su representante, y por él fueron enterados del lugar en que pudieran cumplir con el santo encargo de que eran portadores.

El les guió á casa de Maria, madre de Juan conocido por Marcos, en donde paraba la Madre del Salvador y en donde celebraba tambien sus consejos el Apostolado.

(1) A principios del año 36.

Allí se dirigieron.

Sus corazones palpitaban de alegria y temor.

De alegria, porque iban á tener la dicha, la ventura de admirar la belleza sin igual de la escogida por el Dios de Jacob, para ser madre del Hijo.

De temor, por considerarse muy pequeños para hallarse en presencia de tan excelsa Señora.

De alegria, porque iban á escuchar su dulce, delicada y armoniosa voz, más pura, más argentina aun que la de todos los coros celestiales.

De temor, porque su hablar torpe y brusco, no era digno fuese oido por la que todo era poesia y cándida sencillez.

Sus manos oprimieron el pecho antes de penetrar en la casa.

Una conmocion estraña pero agradable parecia embargar sus espíritus.

Querian retener los pasos, querian no penetrar tan pronto en aquel dichoso recinto, y sin embargo, ellos avanzaban, ellos penetraban en la morada de Maria, Madre de Jesus.

Una claridad radiante iluminaba la atmósfera.

Un aroma no conocido, ni en ninguna parte disfrutado, embalsamaba el ambiente, y teniendo una influencia activa en las almas, les hacia sentir las delicias del placer eterno.

Era, que allí estaba la estrella de los mares y que los rayos luminosos que la ornaban y de ella se desprendian, emanaban del Sol de la Justicia, de la luz de la verdad.

Llegaron al fin, y postráronse ante Maria.

Allí estaba tambien Pedro, el humilde pescador.

Sus lenguas la emocion dejó quietas.

Y el corazon les queria saltar del pecho.

Y sus ojos brotaron lágrimas.

Lágrimas que eran el rocio de un mundo de dichas desconocidas, de alegrias no disfrutadas, de placeres infinitos.

Maria y Pedro contemplaron un momento á Indalecio y Eufrasio, y advirtieron que la turbacion no les permitia el hacer uso del don de la palabra.

Maria, siempre bondadosa, quiso animarlos y les habló:

—Soy vuestra Madre; mi Hijo, el Hijo de Dios, lo ha dicho. Mis brazos siempre se hallarán abiertos para acoger, para proteger al que necesite del amparo de su cariñosa Madre. Yo os amo, hablad, hijos mios. ¿Qué queréis? ¿De mí qué necesitais?

—Vuestra proteccion: Exclamaron los dos enviados á la vez, y pusieron en manos de la ex-

celsa Reina de los Angeles y de Pedro, el sucesor de Cristo en la tierra, las cartas de que eran portadores.

Y fueron leidas por este.

Y luego, Indalecio y Eufrasio hablaron.

La afectuosa bondad de Maria infundió valor á los dos Hebreos toledanos.

La agradable, al par que respetuosa franqueza del anciano Príncipe de los Apóstoles, les dió confianza.

Y con voz clara é inteligible, ratificaron los deseos de la Sinagoga primada de las de España, expresados ya en los escritos.

Pedian á Maria su poderosa intercesion, y á Pedro les enviase uno de los santos varones que componian el Apostolado, á fin de que la fe y la verdadera doctrina se apoderasen por completo de la gente Ibérica.

Que hasta en España habia llegado á sentirse la expresion de regocijo con qué la naturaleza se revistió, el dia aquel en que el Dios Hombre vino al mundo.

Que hasta allí habian llegado las noticias y el conocimiento de las bondades y milagros que en favor de los hombres habia ejercitado.

Que hasta allí, habia llegado tambien, la conmocion de la tierra al ser muerto ignominiosa-

mente en un patíbulo el Justo de los justos, el mártir del Gólgota.

Que gentiles y hebreos habian reconocido á Jesus, en el Ser predestinado por Dios para salvar al hombre.

Los primeros, como á la suprema voluntad de todos los Dioses.

Los segundos, como al Mesias revelado á sus mayores.

Que todos, todos los españoles, aceptaban al Hijo de la purísima Virgen Maria, como al Hijo del Eterno.

Que sus corazones volaban á El.

Que sus bocas no paraban de pedir les fuese revelada la doctrina del Salvador.

Y que, finalmente, necesitaban una luz que alumbrase su entendimiento para poder entrar limpios de mancha en la senda de gloria trazada por Aquel, y ellos eran los encargados de solicitarla de la Soberana Señora de cielos y tierra y del Príncipe, gefe y cabeza de la nueva Iglesia.

La Virgen Madre y el sucesor de Cristo, atendieron con benignidad, agrado y alegria á los enviados de Toledo.

Ellos eran llevadores de una agradable nueva.

Una nacion grande y valerosa queria entrar

á ser partícipe de las dichas eternales prometidas por el Hijo.

Su gozo fué inmenso, sublime.

Maria dijo á Pedro: Reune tu colegio Apostólico, y que se cumpla la voluntad del Hijo de mi Dios; que Santiago parta á España. (1)

Y luego volviéndose á Eufrasio é Indalecio les habló tambien diciéndoles: Ya habeis oido, vuestra Madre soy, mi vista no se apartará jamás de vosotros. La España será feliz con mi amor: siempre recordaré que ella fué la primera nacion del mundo que solicitó y llamó á sí al verdadero y único Dios. Pedro cuidará de que seais instruidos en la gracia, y luego que así sea, partiréis con Santiago.

---

(1) El Dean Orbaneja, al cap. II párrafo 3.º de la segunda parte de su Vida de San Indalecio prueba con Dextro y el arcipreste de Santa Justa, Juliano, que los gentiles de que hace mencion el Evangelio de San Juan á su cap. XII, se presentaron á Felipe á que los llevase á presencia de Cristo para verle y hablarle, eran de nacion española y que con su centurion á la cabeza pidieron á Jesus con fervorosos deseos les enviase un discípulo suyo que les predicase su doctrina, y que Jesus intimó á Pedro para que despues de pasados dos años de su gloriosa resurreccion mandase á Jacobo á aquellas gentes.— Despues al cap. III de la misma parte, párrafo 2.º pág. 35, dice, que el arcipreste de Santa Justa testifica en sus *Adversarios* núm. 46, que antes de subir Cristo á los cielos, le mandó á Santiago que con especialidad viniese á las provincias de España.

Y Pedro añadió: la boca de los Apóstoles siempre estará abierta para los que quieran oir la Ley de gracia. Que mi Maestro, que á la diestra del Padre está sentado en los cielos, ilumine vuestro entendimiento y la paz esté siempre con vosotros.

Y los sabios hebreos toledanos despidiéronse.

Y en los umbrales de aquella santa casa, se abrazaron.

Y así unidos, sus rodillas besaron la tierra.

Y sus rostros eleváronse al cielo.

Y sus labios exclamaron:

—Eufrasio, esa es la Madre del Cristo.

—Esa es la Madre del Dios hombre, Indalecio.

—Bendita sea la hora en que vinimos.

—Bendita la hora en que llegamos.

—Eufrasio, yo soy cristiano.

—Indalecio, de Jesus es mi corazon.

—Maria, Madre de Dios, la escogida entre todas las mujeres, esencia pura de todas las virtudes, tú que con sólo hacer percibir el eco de tu argentina y dulce voz has hecho dos cristianos, ¡bendita seas!

—Maria, Madre de los pecadores, lucero resplandeciente, estrella de los mares, tú que con sólo dirigir tu bella y casta mirada, has encen-

dido en nuestro pecho el amor de los amores, ¡bendita seas!

—¡Bendita seas, esencia pura de todas las virtudes!

—¡Bendita seas, estrella de los mares!

Y los dos españoles partieron luego á su morada.

VI

La partida.

Habian pasado muchos dias desde aquel en que los embajadores de la ciudad de Toledo entrasen en la de Jerusalen.

Y en el trascurso de esos dias, Eufrasio é Indalecio tuvieron ocasion de ver y oir muchas cosas.

Su entendimiento fué despejándose de tinieblas.

Una aurora de felicidad sonrosaba su vida futura.

María les admitió á su presencia en varias ocasiones, y en todas ellas, tuvieron motivos de estarle mas agradecidos.

Su bondad no tenia límites.

La bondad de una madre tierna y cariñosa.

Ella, sobre quién recayó la gracia del Espíritu Santo en un grado superior á los Apóstoles, les instruyó muchas veces en los preceptos y sagrados misterios de la Santa Religion llamada ya cristiana.

Ella, fué el manantial puro y cristalino de

donde brotaron las aguas de la salud eterna, y en donde ellos apagaron la sed.

Ella, fué la antorcha de luz resplandeciente, que les guió á seguro puerto en medio de la oscuridad en que antes caminaban.

Ella, fué su vida, su salvacion.

El error huyò de ellos.

En sus corazones ardió la fé.

Y germinò la esperanza.

Y arraigó la caridad.

Y creyeron en Dios, uno y trino.

Y esperaron en otra vida.

Y llamaron á todos los hombres hermanos.

E iluminados asi de la gracia, recibieron el bautismo por mano del Apóstol Santiago, que les admitió luego como á discípulos.

Ellos presenciaron los milagros que en Jerusalen, obrára Pedro el Príncipe de los Apóstoles.

Ellos asistieron á las reuniones y concilios de estos.

Ellos, á sus predicaciones.

Pero había llegado la época prefijada para separarse de aquellos santos lugares.

Habia llegado el dia de partida.

Santiago reunió á todos sus discípulos:

—Vamos á España, les dijo, despedios de vuestros hermanos y amigos.

—Preparados para el viage nos tienes, le contestaron, guía y te seguirémos.

Y el Apóstol marchó adelante, y todos les siguieron.

Ante María se vió postrada poco despues toda aquella gente.

Iban á pedirle su santa bendicion.

Santiago besó aquellas purísimas manos que en otro tiempo sostuvieron y acariciaron al Hijo de Dios.

Aquellas manos que dispensaban la gracia.

Y lleno de sentimiento y con los ojos arrasados en lágrimas, habló de esta manera:

—Madre mia, Virgen pura, vamos á partir, los de España nos esperan. Del Dios-Hombre vamos á cumplir el mandato, dános tu licencia y bendicion.

Y luego dirigiéndose á Pedro, dijo:

—Príncipe de la Iglesia, ya lo has oido, á España vamos cumpliendo un precepto de nuestro Señor, precepto que es tambien de Maria y tuyo: dános tu licencia y sobre nosotros envia tu bendicion para que nuestro viaje sea próspero y feliz.

Y Maria contestó:

—*Vé, hijo, cumple el mandamiento de tu Maestro, y por El te ruego que en aquella ciudad de España en que mayor número de hombres conviertas á la fé, me edifiques una Iglesia á mi memoria, segun yo te lo manifestaré.* (1) Partid, la paz y mi bendicion, vá con vosotros.

—La paz y mi bendicion vá con vosotros, repitió el anciano Pedro, estendiendo sus brazos sobre los discípulos y compañeros del Apóstol y elevando la vista al cielo.

Levantáronse todos, y despues de abrazar y despedirse Santiago de su hermano Juan y de los demas Apóstoles, abandonaron aquel lugar perfumado por la esencia mística de todas las virtudes, y salieron de la ciudad.

Y al dejar su recinto, el Apóstol volvió la vista á los que le seguian.

Y vió que ademas de los doce discípulos por él elegidos á semejanza de su divino Maestro (2)

---

(1) Estas palabras están tomadas por el P. Juan Croisset de un código membranáceo que conserva en su archivo la santa Iglesia de Zaragoza.

(2) Ademas de los dos enviados de Toledo, acompañaron á Santiago sus discípulos Basilio, Pio Máximo, Crisógono, Teodoro, Cecilio, Tesifonte, Hissichio, Colocero, Torcuato, Segundo y otros, siendo de ellos, doce los elegidos.

con ellos se confundian, su padre el Zebedeo, conocido tambien por Aristóbulo.

Y su madre, Maria Salomé.

Y vió á Maria Cleophé.

Y á Maria Magdalena, aquella de que Jesus repelió siete espíritus malos.

Y á Joseph de Arimathea.

Y á Simon el Cirineo con sus dos hij s Rufo y Alejandro.

Y á Susana la adúltera, que desde su bautismo llamábase Claudia.

Y á Atanasio, aquel que con Joseph fué enviado de la Sinagoga de Toledo para contradecir la muerte del Salvador.

Y á Cayo Oppio Cornelio, el centurion que se halló al consumarse el cruento sacrificio. (1)

Y al verlos, el Apóstol les preguntó:

—¿A dónde vais, padre? ¿Cómo os encuentro de viaje, madre? ¿Y vosotros, amigos, hermanos mios, á dónde os dirigís? ¿Mis brazos os estrecharon en señal de despedida, y vosotros todos dijísteis, la paz vaya contigo?

(1) La venida á España con el Apóstol de todos estos santos personajes, la prueba con cita de muchos y buenos autores el Dean Orbaneja en la Segunda parte de la vida de S. Indalecio, párrafos 3.° y 5.° del cap.° 3.°

-Tus padres, quieren seguir á su hijo, contestó el Zebedeo, para ayudarle y cuidarle en su peregrinacion, y tus amigos y discípulos, no quieren separarse del maestro y del amigo. Si antes te dijeron todos la paz vaya contigo, ahora uniendo su voz á tu voz y á la voz de tus padres, repetirán: el Señor vaya con nosotros.

—Puesto que así lo quereis y en ellos servis al Dios Uno y Trino, seguid mis pasos, que en ellos tambien sereis servidos.

—Guía y te seguirémos.

—Que la voluntad del Señor sea cumplida.

Y Santiago llevando á su diestra á Salomé y á la siniestra al Zebedeo, emprendió el camino con direccion al puerto de Joppé, seguido de Indalecio, Eufrasio, los doce elegidos á imitacion de Cristo, sus discípulos y servidores.

Llegado que fueron á Joppé, una embarcacion los recibió á su bordo, que guiada sábia y milagrosamente, y cortando las aguas que á su paso eran de límpido cristal brotando perlas, les dirigió hácia las costas de España.

VII

El Apòstol Santiago en España

En las orillas del Mediterráneo que dan frente al Africa, y en el año 36 de nuestra era, existia un gran puerto.

Puerto que nada debia á la mano del hombre, porque ni su ingenio ni su industria lo habian formado.

Sólo la naturaleza le dió forma y lugar.

A la humanidad solo debió su nombre, que por su grandeza le llamó Puerto-magno. (1)

Por el lado en que aparece el astro rey, le sonreia el rico y elegante promontorio Caridemo (2).

Y por el que se oculta para que aparezca la noche, le saludaba como buena vecina la poblacion de Abdera. (3)

(1) Hoy Almeria.

(2) Este promontorio llamado tambien Cabo de Agatas por la abundancia de piedras que de este nombre allí se encontraban, por corrupcion hoy se titula Cabo de Gata.

(3) Adra.

Y en medio de ese puerto magnífico se asentaban unas cuantas casas y chozas, habitadas en su mayor parte por intrépidos marinos y valientes pescadores.

Y estas casas y chozas, presentaban desde una distancia regular, uno de los panoramas más deliciosos que puedan recrear la vista y los sentidos.

El mar azul, lamiendo constantemente sus cimientos, y regando las arenas que la circundan con blancas perlas.

La tierra, cubierta de una verde alfombra matizada con flores de cien colores, siempre generosa y esplendente, las cubria y daba sombra haciendo brotar y ostentando en su rededor, bellísimas arboledas con hojas de esmeralda y flores de rubí, nacar y coral.

Y en medio de aquellas arboledas, descollaban las elegantes y gallardas palmas con sus airosas y flexibles ramas, emblema de la pureza y del heroismo, y su sabroso fruto asemejándose á racimos de uvas de topacio.

Corrientes bullidoras regaban sus deliciosos campos.

Las brisas acariciaban blanda y constantemente aquellos lugares.

Los hombres felices allí, trabajaban con ar-

dor y sin descanso, uniendo á lo pintoresco del cuadro sus escenas de vida y movimiento.

En las aguas veíanseles dirigir sus ligeros buques, echar las redes, y sacarlas llenas de peces de plata.

En sus orillas, fabricar nuevas embarcaciones.

En los campos, recoger frutos y flores.

Y en los montes cabar la tierra en busca de escondidas riquezas.

Y los hombres de mar entonaban cadenciosos romances.

Y los de tierra alegres cantares.

Y todo se hallaba cubierto por un cielo puro y despejado, cielo de azul tan límpido que en ninguna otra parte que en la Bética se encuentra.

Es el mes de Junio.

Aun reina la primavera con todas sus galas y brillantez.

La pequeña poblacion asentada en las orillas de *Portus Magnus* y que aun no tiene nombre, vá á ser la primera que en España reciba la luz de gracia.

La humildad fué siempre preferida por la Religion del divino Jesus.

¡Alégrate, regocíjate, modesta poblacion!

Elévate convertida en alabanzas al Dios que reina en las Alturas.

De tí, cual otra Belen en la Judea, vá á estenderse y nacer la ventura y felicidad eterna por la España.

En tí está la gracia y la gracia saldrá de tí.

Así le plugo al Señor de lo creado.

Tú, pequeña y humilde, serás ensalzada.

¡Alégrate y regocíjate, modesta poblacion!

A tus orillas ha llegado una embarcacion de otro país.

Ha echado el áncora, y sus velas han sido recojidas.

Hombres y mujeres de ella han pasado á tierra firme.

Y esos hombres y esas mujeres al pisar tus playas, han doblado la rodilla y besado sus arenas.

Solo uno, uno solo de todos aquellos, es el que ha quedado en pié y no ha hincado la rodilla.

Pero sus ojos y sus brazos se han alzado al cielo.

Su voz, ha dejado oir estas palabras:

—Gracias Señor: al permitiros señalarme este magnífico puerto, creado solo por vuestra voluntad, para mi desembarque; al permitiros traerme á este pintoresco y bello lugar, rico y feraz

por naturaleza; he visto en lotananza crecida y fructificada la semilla santa que Vos, Padre y Señor mio, habéisme ordenado esparcir por el continente Español. Dichoso yo que he sido por Vos elegido para tan segura empresa: dichoso yo, que por boca de Maria, purísima Madre de Jesus, mi Maestro y vuestro sacratísimo Hijo, que sois Vos mismo, Hacedor de Maria, dichoso yo, que escuché de sus divinales labios Tu mandato y sus deseso: dichoso yo, que de Pedro, Tu representante en la tierra, oí la señal de partida. ¡Dichoso yo mil veces, Señor! ¡Dichosos vosotros, hermanos y amigos, que habeis seguido mis pasos hasta este privilegiado suelo! ¡Bendito seas Señor!

—¡Bendito seas Señor! contestaron todos.

Y una aureola de claridad diáfana pareció envolver la majestuosa cabeza de aquel que hablara.

Levantáronse luego los demás y siguiéronle.

Las gentes del pueblo rodearon pronto á las gentes estrangeras.

La curiosidad les impulsó á acercarse á ellos.

Primero, les llamó la atencion los trajes que vestian.

Luego, su magestuoso continente á la par que su humildad.

Pero subió de punto su admiracion, cuando oyeron al que entre ellos hacia cabeza, dirigirles la palabra en su lengua natal.

—Hermanos, amigos, hijos mios, les dijo, id y decid á los rabinos y sábios de la Sinagoga asentada en este lugar, que Santiago el discípulo de Jesus, está en España. Decidles que á mi se alleguen pronto, si escuchar quieren la palabra que predicó el Redentor de los hombres. Andad, y venid vosotros tambien, que yo os aseguro, que en vuestros corazones reinará despues la paz y la ventura.

Y obedecieron á Santiago.

Y los rabinos, y los sábios, y las gentes del pueblo, escucharon la ley de gracia por boca del Apóstol.

¡Alégrate, regocíjate modesta poblacion!

En tí está la dicha, la felicidad, la alegria.

Ya eres cristiana.

Los rayos luminosos de la verdad eterna, en tí se han aposentado.

De tí, saldrán para estenderse por los demás pueblos y lugares de tu nacion.

Tu has sido la privilegiada.

Tú la preferida.

Tú la primera que tuviste el placer de recoger la palabra del Apóstol querido.

La palabra del Señor.

La doctrina del Salvador de los hombres.

La verdad.

La justicia.

Acudid, hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños, acudid todos, que de los labios de Jacobo brota la salud.

Acudid vosotros tambien, gentiles y hebreos, acudid, que de sus lábios oiréis quién es el Dios único á quien solo deberéis adorar!

Y no temais acercaros á él, que el Dios que os enseñará, no es un Dios terrible que de sus manos lance rayos de destruccion sobre vosotros, no:

El Dios, que os dará á conocer, es un Dios grande, inmenso, el verdadero.

Un Dios lleno de amor, como El infinito.

Un Dios lleno de caridad, como El imperecedera.

Un Dios lleno de Justicia, como El única, sin igual.

Un Dios, que os llama hijos y que por vuestra ventura, baja á la tierra, nace como vosotros y entre vosotros, y os llama hermanos.

Un Dios, que por redimiros del pecado que pesa sobre vosotros, ha permitido que su divina sangre sea vertida en un afrentoso patíbulo.

Un Dios, que al separarse de vosotros como hombre, os deja un amparo, un regazo maternal en donde podais depositar vuestras lágrimas, donde podais encontrar el consuelo á todas vuestras penas, á todos vuestros dolores.

Os deja una Madre pura y sin mancha, una Virgen.

Su misma Madre.

Os deja á la divinal Maria.

A la estrella de los mares.

Acercaos, acercaos hombres y mujeres, ancianos y niños, acercaos, á Jacobo, que él os enseñará á adorar el verdarero Dios, Uno y Trino.

Y los de Portus Magnus se acercaron á Santiago.

Y Santiago les habló.

Y los de Portus Magnus, fueron cristianos.

El Apóstol vió allí ya cumplida su mision: la fé habia hechado profundas raices en el primer lugar de España en que pusiera sus plantas.

Era preciso caminar adelante.

Los demás pueblos necesitaban de su presencia.

La aurora de felicidad debia iluminar toda la region Ibérica.

Y emprendió de nuevo su viaje.

La ciudad de Urci le abrió sus puertas.

Ya le esperaba.

Asentada á las orillas del rio que fecundizaba sus campos, era la ciudad de Urci un bello nido de blancos cisnes formado en el hueco de una esplendente corona de flores. (1)

Una hora de camino distaba de Portus Magnus.

Podria llamársele en aquel tiempo dueña y señora de este, puesto que entonces rica y feraz, á ella se debia su establecimiento.

Sus riquezas y productos necesitaban un lugar de salida.

(1) Urci, hoy Pechina, en tiempo de la dominacion Arabe fué insensiblemente abandonada por sus habitantes que se trasladaron á Puerto Magno como lugar mas á propósito para enriquecerse, quedando reducida la poblacion sólo á la iglesia que conservaba las reliquias de su primer obispo S. Indalecio y de algunas casas que la rodeaban habitadas solo por los buenos cristianos y devotos del santo. De aquí se infiere que á Puerto Magno se la titula a luego Urci, puesto que puede decirse, fué esta poblacion trasplantada en una de sus hijuelas quedándole á ella el epiteto de Pequina, (por corrupcion de echina) que es lo mismo que pequeña.—Dice el Dean Orbaneja al principio del cap. 6° de la primera parte de la vida de San Indalecio: "Fué la poblacion de Puerto Magno acrecentada de las ruinas de la antigua Urci, y de ella tomó el nombre, por haber sucedido en sus derechos y acciones, y todo lo demás anexo y dependiente.„

Y allí estableció sus almacenes.

Y allí envió á sus agentes.

Y allí hubo artes.

Y allí vinieron marinos.

Y allí hubo comercio.

La ciudad de Urci acogió á Santiago y á sus discípulos como antes le acogieran sus hermanos

Los de Urci creyeron en sus palabras.

Le oyeron con admiracion.

En ellos reinó la fé, y fueron cristianos.

Santiago quiso recompensar á los de Urci y Portus Magnus su propia conversion, y les nombró un pastor que supiese guardar aquel rebaño que tan bien dispuesto dejaba.

Encargó el gobierno de la Iglesia de Urci á Indalecio, uno de los enviados de Toledo y ya su discípulo.

Hecho esto, emprendió de nuevo su viaje.

España iba á reconocer al verdadero Dios.

Los ídolos de sus antiguos habitadores y los mil introducidos por el imperio romano, habian de ser destruidos, olvidados para siempre.

¡España, alégrate, regocíjate!

En tu seno tienes al enviado por tu Dios para que veas, oigas y creas.

El te trae la luz, la palabra santa; la fé.

Sé cristiana.

VIII

Maria, Madre de Dios y de los hombres, en España.

Santiago, acompañado de sus discípulos, amigos y parientes, se dirigió de Urci á la ciudad Accitana, (1) y de aquí á Granada donde estuvo muchos dias.

De Granada, siguió su predicacion á Antequera, Málaga, Cádiz, Sevilla, Còrdoba y Toledo.

En Toledo, tambien detúvose algun tiempo, y aquí, en recompensa del deseo de su venida y legacia mandada por su Sinagoga para ello á Jerusalen, obró muchos prodigios y maravillas y fundó y consagró una Iglesia, segun se dice á la primera, nombrando para su cuidado á Elpidio.

Despues, visitó á Zamora, Braga, Tuy é Iria-Flavia, ciudad entonces muy populosa y en la que el Apóstol asistió mas dias que en ninguna otra poblacion efectuando muchos milagros, y

(1) Hoy Guadix.

pasando luego á Lugo, Brictonia, Valeria y Arcabrica.

Y en todos estos puntos su predicacion fué saludable é hizo multitud de cristianos.

De Arcabrica pasó á Cesar-Augusta.

Detengámonos aquí.

En la noche del 2 de Enero del año 40, alumbrada por los refulgentes y tímidos rayos de la luna, y cubierta por un manto de claro azul sembrado de bellísimas estrellas, se hallaba entregada al descanso la magnífica ciudad tarraconense llamada César-Augusta y poco hacia Salduba.

El simpático y melancólico astro compañero de la noche, al esparcir su poética claridad sobre la poblacion y sus contornos, dábale á todo un colorido brillante, grandioso.

Y es, que reflejando sobre la límpida blancura de la nieve que cubria el campo y la ciudad, los árboles y las torres, las cabañas y las casas, imprimia en ella sus radiantes, esplendentes y luminosas ráfagas.

La claridad de la noche hacia distinguir, apareciendo como blancos fantasmas, las cordilleras

de las Sierras de Jaca, que á la vista resultaban brotar de los lejanos montes de Castilla.

El Ebro, fiel trovador de las glorias de la ciudad Augusta, susurraba en cadenciosa armonia mágicos cantares, eglogas de las historias de aquel dia.

La luna y las estrellas en sus aguas y en su fondo hallábanse retratadas; porque penetrando en su corazon eran partícipes de sus misterios.

De los misterios que encerraban los murmurios de sus poéticos cantares.

De los misterios que sus corrientes llevaban ligeras á depositar en el ancho mar, poderoso defensor, fiel guardador, á quien solo él hace depositario de los secretos de un dia y otro dia.

De los misterios, que cantan una vez sola.

De los misterios, que sólo Dios y él, por la misma voluntad del mismo Dios, comprenden.

Los hombres nacen y mueren, sus obras como obras de ellos mismos tambien son perecederas, mas las obras de Dios, que pertenecen á un órden natural, llevan el sello de la estabilidad.

Esas obras son las que canta y alaba el Ebro.

Esas obras son las obras que deposita en el centro general de las aguas.

La historia de las generaciones.

La historia de la humanidad.

La historia de los que á sus orillas habitan.

Historia que solo el Ebro sabe y canta.

Historia que bien conservada no perecerá nunca.

Es la verdad.

En ella no hay opipion.

Solo lo justo, la razon.

No está escrita; está reflejada por la poderosa mano del destino, en el indestructible corazon de los tiempos pasados.

Es la noche del 2 de Enero del año 40.

Silenciosa está la nueva poblacion romana.

Duerme, y la providencia cuida de su sueño.

Hála cubierto de una blanquísima sábana.

Nada interrumpe su silencio.

La noche avanza en su carrera.

Los astros marcan la media noche.

En la ribera del Ebro y sobre algunas pajas secas, se encuentran recostados algunos hombres.

Su sueño es tranquilo.

Entre estos hay uno que está despierto, que

no duerme: pero su inmovilidad le hace parecer estátua de piedra.

Está de rodillas y su vista levantada al cielo.

Ora.

Es Santiago, los otros sus discípulos.

A fin de evitar las molestias producidas por la persecucion de los gentiles, despues de hablarles del verdadero Dios en el tiempo que alumbra el sol, retirábanse durante el que lo es por la luna, á las afueras de la poblacion donde luego de orar entregábanse al descanso.

Mucho tiempo hace que Santiago, el hijo del Zebedeo, guarda la misma postura y que sus discípulos duermen.

Pudiera decirse que su alma no estaba en el cuerpo, que habíase elevado á las alturas ante de quien procediera.

Tal era su inmovilidad.

Entre tanto, la naturaleza parece cambiar de aspecto: hay más luz, más claridad.

En el horizonte y dando frente al rostro de Jacobo, apareció un nuevo astro.

Un astro no color de oro como los demás, sinó rosado.

Es una bella rosa de Jericó desprendida del jardin del Cielo, para prestar ambrosía, luz y colorido á la tierra.

A ella se aproximaba.

Y al aproximarse, el cielo y la tierra eran rosados.

Si las gentes de la ciudad Augusta hubiesen estado despiertas, le hubieran llamado aurora boreal.

Mas el Apóstol, único ser que en aquel momento era partícipe de tanta ventura, le llamó prodigio de Dios.

Y tuvo razon en llamarle prodigio de Dios, puesto que prodigio de Dios era.

Aquel astro, que como una púdica rosa se presentara en un principio, como la reina de las flores fué abriendo su corola y de ella brotó como por encanto, un resplandor más brillante, más refulgente que el que de sí despidiera.

E iba acercándose más á la tierra.

Y una celestial armonia dejábase sentir.

La brisa mensagera de aquel portento, traia tras sí á la par que suavísimos perfumes, dulces sonidos lanzados por instrumentos no escuchados nunca por los mortales.

Cantos del cielo.

Cantos y armonias que pronto se distinguieron.

Y al hacerse perceptibles, vióse de donde provenian.

Aquel foco de luz, aquella hermosura brillante, apareció á la vista de Jacobo en su verdadera forma, que la distancia antes le quitara.

Aquella luciente aurora traia en su centro á la Aurora de paz, consuelo y ventura para los hombres.

Traia á la estrella del mar.

A la casta y límpida azucena del jardin del Paraiso.

A Maria, la Virgen pura y sin tacha.

Blanca era su túnica, azul su manto, colores entonces del cielo y la tierra.

El cielo y la tierra vestian los colores, símbolos de pureza y castidad, de su Reina y Señora.

De su Reina y Señora, que mostrábase rodeada de esplendente gloria. (1)

Que ensalzaba y alababa un coro de miles de Angeles y Querubines, que la acompañaban formando en su derredor hermosa y magnífica aureola de gracias y encantos.

De estos espíritus del cielo brotaba la armonia deliciosa que dejábase sentir.

---

(1) La gran Reina de los Angeles, cuando se apareció en Zaragoza, tenia la edad de 54 años, 3 meses y 24 dias.—Sor Maria de Jesus, abadesa de Agreda.

De estos espíritus celestes que pulsaban liras y entonaban melodiosos cantares.

—*Ave, Maria, gratia plena*, repetia el coro una y otra vez.

—*Ave, Maria, gratia plena*, repetia el eco de las montañas.

Y los pájaros cantaron.

Y las flores despojándose del manto que las cubria convirtiéndole en rocio de brillantes, alzaron sus corolas y dieron á las brisas sus perfumes.

Y la atmósfera se impregnó de suavísima fragancia y deliciosa ambrosia.

—Hijos de Dios, despertad y levantaos, que vuestra Madre á vosotros ha venido. Despertad y arrodillaos ante la magestuosa presencia de la Reina de los Angeles. Dijo Santiago á los discípulos que con él estaban.

Y los discipulos que aún no habian observado la presencia en el cielo del globo de luz rosada, incorporándose y notando el prodigio, quedaron en éxtasis profundo.

A ellos llegó la armonia de la música y los cantares; pero no percibieron del astro luciente

que tan cerca se les aproximara, mas que sus rayos y su fragancia.

Mas sin embargo, su maestro les habia dicho, que aquel astro era la Madre del Salvador, y lo creyeron, y postrándose oraron en favor de los hombres á Maria.

Ellos estaban adornados de la virtud más santa y más grande, la fe.

Por eso eran cristianos, por eso eran discípulos de Santiago.

Comprendieron que en ellos aún no habia suficientes méritos para dicha tan especial, y se dijeron así mismos: gracia infinita es para nosotros el que lleguemos á percibir la sombra de tu gloria, Madre mia.

Y unieron sus alabanzas á las alabanzas celestiales.

Y sus pechos fueron depósito de inefables goces.

Su felicidad completa.

Lágrimas de alegria vertieron sus ojos,

Férvidas plegarias pronunciaron sus labios.

Santiago postróse de nuevo, y esperó.

Maria, cerca ya de él y en un trono de esplendente gloria, no dado á los mortales el descri-

birle porque estaba por cima de todo lo que el pensamiento humano puede concebir de grande y maravilloso, le saludó como á antiguo amigo.

—*Jacobo, siervo del Altisimo, bendito seais de su diestra, él os lleve y manifieste la alegria de su Divino Rostro.* (1)

Y las cortes celestiales que la acompañaban, contestaron: *Asi sea.*

—¡Gracias, Madre mia, gracias!

—Acércate, hijo amado, mi gracia posa sobre esta tierra y ella será feliz.

Alhagüeña me fué desde aquel dia, en que ella acordara el enviarte á llamar para de tu boca oir las palabras de tu Maestro, que sentado está á la diestra del Señor de lo creado; y alhagüeña será desde hoy su estancia, alhagüeños sus campos, y los tiempos pasarán sin que en ella puedan dejar rastro de desventura.

Ella será venturosa, porque yo estaré en ella.

Esto vengo á decirte, Jacobo, por esto he venido á tí desde Jerusalen antes de abandonarla para ir á Efeso.

Mi Dios y mi Hijo, hanme trasportado á este

---

(1). Sor Maria de Jesus en la "Mística Ciudad de Dios„ al fólio 149.

lugar por medio de los espíritus angélicos que en las Alturas siempre le alaban.

Héme aquí á tu presencia llena de gozo, porque mis súplicas han sido escuchadas por el Dios de bondad, y me ha permitido y concedido la proteccion y amparo de esta noble y bella ciudad.

Y para memoria y fiel monumento que recuerde á las venideras generaciones mi predileccion y amor á los hijos de España; has de levantar un Templo en que puedan celebrarse los ritos de la nueva Iglesia.

«Hé aquí, Santiago, hijo, el lugar señalado y »destinado para mi honor, en el cual por tu in»dustria se ha de construir una iglesia á mi me»moria: mira bien este pilar en que estoy sen»tada, el cual mi Hijo, y maestro tuyo, le trajo »de lo alto por mano de los Angeles, al rededor »del que colocarás el altar de la capilla. En »este lugar obrará la virtud del Altísimo por»tentos y maravillas de mi intercesion con aque»llos que en sus necesidades imploren mi patro»cinio; y este pilar permanecerá en este sitio »hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en »esta ciudad verdaderos cristianos.» (1)

(1) De un código que conserva, segun el P. Croisset, el archivo de la santa iglesia de Zaragoza.

—¡Gracias, Madre mia, gracias!

Los melodiosos ecos de las alabanzas gloriosas, volvieron á resonar en el espacio.

La Virgen, protectora de la ciudad que constantemente besan las puras aguas del Ebro, fué levantada de la tierra en su esplendente trono de trasparentes y brillantes nubes de gualda, zafir y rosa.

Y sobre el sitio en que posara, quedó en pié una columna de blanco jaspe, y sobre ésta, la imágen pudorosa de la Madre del Salvador.

—Jacobo, hijo, volvió á decir la Inmaculada ya en elevacion, vuelvo á Jerusalen, y como prenda inequívoca de mi amor y lo grato que me es estar impresa en los nobles pechos de los nobles habitantes de la ciudad Augusta, les hago el don de mi Imágen; con ellos así, estaré siempre.

Ahí queda sobre el pilar, donde ha sido colocada por manos celestiales, segun mi mandato: que ella sea el lazo que una mi amor y el amor de mis hijos; el cáliz místico de la blanca azucena, donde sea depositado, como ofrenda, el rocio de sus virtudes; la rica panacea, alivio de todos los dolores, consuelo de todas las penas: la alegria del hogar doméstico, la esperanza de la pátria, la dicha, la felicidad.

—¡Gracias, Madre mia, gracias!

—Lo que á esa mi Imágen se diga, á mí se dirá: que á ella acudan en sus aflicciones, en sus penas, en sus dolores, que todas sus plegarias por mí serán oidas; y siendo su intercesora ante el Dios Poderoso, que creó el Universo con sólo decir, *Hágase*, por su bondad infinita las aflicciones serán consoladas, las penas dulcificadas y los dolores aliviados.

Mi vista, no se apartará de esta ciudad y sus habitantes: la España es á mi corazon querida, y Cesar Augusta, de su territorio, el preferido.

Mi manto siempre cubrirá á los que á mí se alleguen, y mis lábios en su favor se hallarán siempre abiertos para con el Dios misericordioso, en demanda de perdon y consuelo para mis hijos.

Adios, Jacobo, cumple mi encargo dando *desde luego principio á esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio partireis á Jerusalen, donde mi Hijo Santísimo quiere, que le ofrezcais el sacrificio de vuestra vida, en el mismo lugar en que dió la suya para la redencion humana.* (1)

(1) Sor Maria de Jesus, abadesa del convento de la Concepcion de la villa de Agreda, en la 3.ª parte de su "Mistica Ciudad de Dios."

—¡Gracias, Madre mia, gracias! ¡Bendita y alabada seas por siempre en el cielo y en la tierra! Dijo Santiago.

—¡Bendita y alabada seas por siempre en el cielo y en la tierra! Cantaron los Angeles y Querubines.

—¡Bendita y alabada seas por siempre en el cielo y en la tierra! Repitieron fervorosos los discípulos del Apóstol.

Y Maria, la Madre de Dios y de los hombres, fué llevada en alas de la gracia por los espíritus puros, sus servidores, entonando melodiosos himnos de contento y alegria, á la casa que habitara en la ciudad de Sion.

Y perdióse de vista.

El Apóstol de Jesus, aún estuvo despues mucho tiempo con la mirada fija en el horizonte.

En la contemplacion en que quedara, parecíale aún admirar á la Reina de los Angeles orlada de divinos resplandores.

La luna desapareció luego tambien ocultándose tras las alturas, y entonces que, la falta de este astro se hizo notar, no quedando más luz que la distante prestada por las estrellas, Santiago volvió de su insimismamiento.

Enfrente de sí vió no más que el precioso

dón que la Virgen de los castos amores legara á los dichosos hijos de la más feliz de las ciudades de Iberia.

Vió sobre la columna de jaspe traida del cielo, la hermosa imágen de Maria sosteniendo entre sus divinos brazos la del que, siendo virgen, llamó su adorado Hijo Jesus, y el cual aprisiona con la mano izquierda un lindo pajarillo.

Y entónces, el privilegiado hijo de Betsaida lleno de una alegria y placer sin límites, corriendo hácia sus discípulos, que halló aun prosternados y en oracion, les llamò diciéndoles:

—Venid, venid vosotros, amados del Señor; nuestra dicha es completa: la Madre bendita del que á la tierra bajara para redimirnos del pecado, trasportada á este lugar por miles de espíritus angélicos, á mí, su más humilde siervo, se ha dignado dirigir la grata melodia de sus benéficas y dulces palabras.

Venid, venid, que, yo os las diré: la Virgen pura, quiere y es su deseo, que aqui, en este mismo sitio, se levante un Templo á su memoria.

La religion predicada por mi Hijo y tu Maestro, en la casa que vais á eregir, me ha dicho, será reverenciada eternamente; cristianos habrá hasta la consumacion de los siglos que en ella adoren al verdadero y único Dios.

Yo estaré siempre entre vosotros, y vuestras súplicas siempre por mi serán atendidas, mis queridos y amados hijos los de la antigua Salduba, ha repetido al separar de nuevo su lábios rojos, cual desplega sus hojas el purpúreo clavel, al exhalar por vez primera la esencia pura de sus perfumes.

Y al elevarse para partir con las brisas, ya dueñas del aliento oloroso de la rosa y el jazmin, de la violeta y el azahar, del nardo y la azucena, á la ciudad de Jerusalen, y entre los acordes unísonos de las voces y arpas célicas, su grata voz, dulce cual la esperanza, dejóse de nuevo oir: Yo os amo, y como prenda de mi amor, os hago donacion de mi Imágen. A ella acudid en vuestras necesidades.

Venid, venid mis hermanos, venid, y vereis la hermosa Imágen de Maria.

Miradla, vedla que bella es. Esa, esa es la Imágen de aquella que fué concebida libre de toda mancha, esa es la Pura y limpia Concepcion.

Esa, esa es la Imágen de aquella que entre todas las mujeres fué la escogida para ser de Dios, Esposa y Madre.

Esa, la Imágen de aquella blanca rosa que brotara en Nazaret.

De la púdica violeta que diera sus perfumes al Templo de Salem.

De la castísima azucena, que en sus pétalos, encerrara el beso de su Dios.

Del fragante nardo, que en Belen, desplegase su nítido capullo para estender por el àmbito la esencia de las esencias, la virtud de las virtudes, el espíritu del Señor.

Del triste y solitario lirio, que allá en la cumbre del Gólgota, solo quedara con su dolor y su quebranto.

De aquella flor linda y preciosa, que en sí grabada tiene la vida de su pasion, la vida de su amor.

Venid, sí, y arrodillaos ante su escelsa presencia: sí, eso es, prosternaos.

¡Bendita seas, Maria, Reina de los Angeles, Madre de los hombres!

—¡Bendita seas, Maria, Reina de los Angeles, Madre de los hombres!

Los albores del nuevo dia aparecieron ya en el horizonte, y ante la sagrada Imágen de Maria arrodillado y en oracion aún se hallaba Santiago con sus discípulos Indalecio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Tesifon, Torcuato é Hiscio.

Poco despues, y cuando el astro rey asomara por Oriente su espléndida cabellera, aquellos mismos hombres con Atanasio y Teodoro, ostentaban en sus diestras la azada y la piqueta.

Un templo iba á ser alzado.

Los que el dia anterior habian enseñado al pueblo la Verdad eterna, hoy eran artífices.

Su maestro les habia marcado los límites de la nueva casa del Señor, dándole diez y seis pasos de longitud por ocho de latitud, y ellos llenos de un placer y alegria sin igual, dieron principio á la obra abriendo sus cimientos.

El Templo fué erigido en breves dias.

La sagrada piedra en forma de columna, ocupó en él, el lugar más preferente, y en ella con la solemnidad debida y por mano del Apóstol querido, la Imágen preciosa de la que desde entónces ha sido, es y será, la vida y dulzura, consuelo y esperanza de la heróica y cristiana Nacion Española.

Y Jacobo, dando luego por terminada su mision en César-Augusta, despidióse de ella para proseguir esparciendo la luz, en los pueblos de España donde aún no habia llegado su voz, dejando como sosten y guardador de la primera

Iglesia erigida y consagrada á Maria, á su discípulo Atanasio.

Un año despues, Santiago aumentó el número de los mártires.

Jerusalen presenció el dia que se contaba veinte y cinco del mes que hoy llamamos Marzo y año 41 de la era cristiana, como la espada del verdugo, por mandato y sentencia de Herodes Agripa, rey de Judea, separó del tronco su cabeza.

Sigilosamente sus discípulos diéronle luego honrosa sepultura al lado de la en que se halló depositado el Divino Cuerpo de Jesus, sustrayéndolo así de que fuese devorado por las ñeras, á cuyo fin dejáronle abandonado sus verdugos.

Pasado algun tiempo, estos mismos discípulos, abriendo el sepulcro de su maestro, sacaron el cuerpo, lo encerraron en rica caja, la embarcaron en el puerto de Joppé y escoltándola y orando en su derredor, arribaron en España, donde, segun se dice, espresó antes de morir era su deseo descansase su cuerpo, y en Iria-Flavia, lugar de Galicia, diéronle nueva sepultura.

España cristiana, le reconoció como á su particular patrono.

Maria, la Virgen de las Virgenes, la Madre del Salvador de los hombres, viendo que la semilla del cristianismo habia hechado profundas raices, que la predicacion del Apostolado habia estendido la ley de gracia por todo el mundo, que la Iglesia del Señor podia vivir por su propia vida, deseó volver al lado de su divino Hijo.

Y su deseo llegó al Trono del Omnipotente.

Y Gabriel, el arcángel que le anunciara iba á ser madre, bajó á anunciarla el dia de su muerte.

Maria, participò este anuncio á Juan, el querido discípulo de Jesus, al mismo tiempo que le espresó queria visitar los lugares santos que recordaran la vida y pasion de su adorado y misericordioso Hijo.

Y Maria volvió á Jerusalen.

Y visitó aquellos lugares donde se llevó á cabo la redencion del hombre.

Y despues retiróse á la casa que un dia fué santificada por la bajada del Espíritu Santo.

Y llegado el momento prefijado para su muerte, acostada sobre un blando y perfumado lecho de rosas y rodeada de los Apóstoles que allí ha-

bíanse reunido milagrosamente, habló á estos prometiéndoles su favor en el cielo, en cuya escelsa Altura jamás olvidaria á sus queridos hijos los hombres.

Y elevando su vista al firmamento, y tomando sus mejillas el tinte de la rosa, su Alma Purísima fué recogida en el seno del Hijo, que á ello descendiera del Trono del Padre. (1)

La Gloria de Dios inundó la cámara mortuoria.

Los Apóstoles vertieron lágrimas y se consideraron huérfanos.

Y cumplido el ceremonial de costumbre, dieron sepultura con suntuosa magnificencia, al cuerpo de Aquella, que aun despues de muerta, podia llamarse la más hermosa, la más perfecta de todas las mujeres.

Y estuvieron guardando su sepultura durante tres dias y tres noches.

Y durante tres dias y tres noches, sus acentos se alzaron al cielo, mezclados con los de los Angeles.

---

(1) Segun Hipólito de Tebas, la santa Virgen, murió once años despues de Jesucristo, y San Dionisio, testigo ocular de su muerte, afirma que en esta época adelantada de su vida era todavia una belleza admirable.

Mas llegó Tomás, único de los Apóstoles, existentes, que no se habia encontrado en el glorioso tránsito de la Virgen Maria, y suplicó le fuese concedido ver á la Divina Madre del Cristo por última vez.

Le fué concedido: la losa del sepulcro fué alzada.

Y Tomás, como el sediento que vé un arroyo de agua cristalina, avanza su cabeza al hueco del sepulcro, su vista al fondo, y esclama: ¡Ma...

—¡Madre mia! ¿Por qué no concluyes Tomás? Le dicen sus compañeros.

—Porque no está.

—¿Que no está?

Y todos, rápidos, fijaron sus miradas á donde la fijara Tomás.

Y solo vieron un blanco sudario de lino de Egipto y el lecho de flores, que aún exhalaban suaves aromas.

Maria no estaba.

El Cordero Inmaculado habia llamado á sí, como á su divino espíritu, su precioso cuerpo.

Los Apóstoles se prosternaron y á coro, dijeron:

—¡Tú eres la Reina de los Angeles, Madre del Señor! ¡Maria, Virgen pura, protégenos!

IX.

La Reina de los Angeles, la Madre de Dios, vino á España en carne mortal, cuando aún vivia, cuando aún estaba en Efeso.

César-Augusta, hoy Zaragoza, fué de España, la ciudad privilegiada: en ella se dignó la Pura Virgen, Madre del Verbo, fijar su planta.

En Zaragoza, fué erigido por su mandato el primer Templo cristiano dedicado á su veneracion.

¡Dios te salve, César-Augusta!

Y desde entonces la España toda es feliz, porque en Maria, la rosa mística de Jericó, lo espera todo.

Es su esperanza, su vida, su amor.

En sus victorias, la España, vé á Maria.

En sus desgracias, la España, busca á Maria.

Es la Madre de los Españoles.

Ellos fueron los primeros en reconocer y levantar altares á la inmaculada Concepcion.

Y á la Inmaculada Concepcion titulan Patrona de las Españas.

¡Oh, tú, poderosa Virgen Maria! Tú, que estás en las alturas coronada por la Santísima Trinidad como á Emperatriz de cielos y tierra.

¡Oh, tú, á quien los cielos y la tierra alaban!

¡Oh, tú, Madre mesericordiosa de los pecadores!

Perdona, perdona, Madre de Dios, sí conociendo mi poco valer, me he atravido, yo un humilde pecador, á dejar correr mi pluma para trazar tus excelencias y virtudes, debido solo á aquellos, que iluminados por tu gracia, además del don de la sabiduria, poseen el don de la santidad.

Los labios que te pronuncien deben ser puros, estár libres del pecado.

Pero á tí acuden los pecadores y te llaman la Virgen de las Misericordias, y tú les consigues el perdon.

A tí acudo, Madre mia, con mi alma, mi vida, y mi corazon en demanda de favor.

Y tú, Virgen de las Misericordias, me oyes, y tu mediacion poderosa me alcanza la gracia de tu divino Hijo.

¡Bendita seas, Maria!

Ya mis letras si mal combinadas por mí, tu bondad hará conocer á los que las leyeren, la fé y buena intencion con que han sido escritas.

Ricardo Gomez Montero.

EXCELENCIAS

DE LA

Madre de Dios y de los hombres

POR UNA SOCIEDAD LITERARIA

SEGUNDA EDICION

LÉRIDA

IMPRENTA MARIANA

1897